

GUZMÁN SENTENCIADO: EL NACIMIENTO DE LA PICARESCA Y LA RETÓRICA  
LEGAL EN TIEMPOS DE FELIPE II

By

León Guerrero Ayala

Dissertation

Submitted to the Faculty of the  
Graduate School of Vanderbilt University  
in partial fulfillment of the requirements  
for the degree of

DOCTOR OF PHILOSOPHY

in

Spanish

December, 2016

Nashville, Tennessee

Approved:

Edward H. Friedman, Ph.D.

José Cárdenas Bunsen, Ph.D.

Jane Landers, Ph.D.

Benigno Trigo, Ph.D.

Copyright © 2016 by León Guerrero Ayala  
All Rights Reserved

Dedicada, con el amor que aún alberga mi corazón, a la memoria de Yoya y a mi hermana Fabiola.

## AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, tengo que expresar mi agradecimiento—de manera nunca suficiente—al Dr. Edward H. Friedman. Su generosidad intelectual me ofreció la posibilidad de adentrarme en la maravillosa y laberíntica obra maestra de Mateo Alemán. Sin aquella atinada e iluminadora sugerencia esta tesis no hubiera sido siquiera planteada. Mención especial tengo que hacer a su inagotable paciencia, que mi impericia puso constantemente a prueba.

Al Dr. José Cárdenas Bunsen, a las largas horas de charla sobre el concepto de *estado* durante el Siglo de Oro, a sus oportunos consejos, a su amistad y al ejemplo que su quehacer incansable representa para mí.

A la Dra. Jane Landers, por iluminar mi formación intelectual con la luz maravillosa de la Historia. Sus clases sobre la historia comparada de la esclavitud fueron fundamentales para el planteamiento inicial de este trabajo. Por otro lado, su generosidad y cariño a lo largo de los años del doctorado representaron para mí el madero al que, en medio de la mar embravecida, se aferra el náufrago.

Al Dr. Benigno Trigo, por su permanente e invaluable apoyo durante todos los años de mi paso por el departamento de Español y Portugués. A su comprensión y empatía debo el llevar a buen puerto mis estudios doctorales.

Al Dr. Héctor Brioso Santos, a su incombustible amistad y cariño, pero principalmente a las charlas sobre la narrativa del Siglo de Oro durante largas tardes veraniegas en Madrid. Además, durante sus clases en la Universidad de Alcalá, leí por primera vez la historia del pícaro, hecho que torna impagable mi deuda para con él.

A mis amigos del departamento de Español y Portugués: Alexandra Rodríguez, Steven Wenz y Boston Woolfolk, cuyo cariño, ayuda y compañía arrojaron un halo de luz sobre la penumbra de los días aciagos. A mi queridísimo amigo José Eugenio Sánchez, que desde la lejanía regiomontana soportó mis peroratas sobre las vicisitudes del hombre en la sociedad del Barroco. A mi familia, a los que están—mi hermana, mi cuñado, mi madre y Luis René—y a los que ya se fueron, a mi padre y a Yoya.

A Maru, por todos aquellos años juntos.

## INDICE

	Page
DEDICATORIA .....	iii
AGRADECIMIENTOS .....	iv
ÍNDICE .....	vi
Capítulo	
Introducción.....	1
I. La fortuna muda el estado del pícaro: El mundo, su ordenación social y el pícaro.....	6
II. El estado del pícaro, las buenas obras, las leyes y el honor.....	61
III. El galeote y las galeras: La guerra, el crimen y la condena.....	124
Conclusión .....	184
OBRAS CITADAS .....	187

## INTRODUCCIÓN

En esta tesis, analizo el concepto de *estado* en el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán (1599, 1604). El término *estado* encierra un denso entramado de energías sociales en el que se construye de manera simbólica la estructura de sociedad estamental. Asimismo, se establecen las líneas de conducta del individuo y las consecuencias y castigos que conllevan el desacato de las obligaciones estamentales. En los tres capítulos siguientes, pongo en conversación diversos aspectos filosóficos, teológicos y literarios con la falsa autobiografía del galeote sevillano.

En España, a partir del siglo XVI, la estructura tripartita estamental comienza a sufrir cambios estructurales considerables; las crisis sociales, políticas y económicas ocurridas durante el reinado de Felipe II conllevan un cambio en la percepción del lugar del individuo dentro del cuerpo de la república. Aquella inestabilidad estamental está presente en el periplo del pícaro sevillano; además de ser el *Guzmán de Alfarache* un catálogo de marginados, se eleva aquí la figura del galeote—criminal condenado a trabajos forzados—al estatus de personaje principal y narrador de la fábula.

La riqueza simbólica que Robert ter Horst encuentra en el *Guzmán de Alfarache* alcanza su punto más significativo en el empleo de la metáfora náutica (51). No solo es de destacar la figura del forzado a galeras, además hay que tomar en cuenta que la galera es el escenario desde el cual se concibe y narra la historia. Es, según ter Horst, durante el último periodo de agonía del pícaro—su pena en galeras—donde confluyen los pesares de los demás marginados de la novela, llámense moriscos, cautivos, ladrones, tercerones o alcahuetas (83).

La aportación de mi tesis al campo de los estudios literarios se deriva precisamente de presentar, desde una perspectiva historiográfica y literaria, el conflicto que enfrenta al personaje-narrador

con las reglas estamentales y el consecuente castigo que acarrea el desacato de las leyes. He señalado en algunas obras emblemáticas de la tradición literaria hispánica la representación de los conceptos filosóficos, morales y teológicos en los que se sustenta el funcionamiento de la sociedad estamental. En el *Guzmán de Alfarache*, esos mismos conceptos (estado, honor, salvación y crimen) se representan en medio de una sociedad que está ya evidentemente desgastada y deteriorada. En la misma dirección, mi tesis ahonda en aspectos poco o nada estudiados por la crítica en la novela de Mateo Alemán; por ejemplo, analizo el papel que tuvo la guerra en el Mediterráneo como detonante de una serie de decretos legales que condenaron injustamente a numerosos súbditos de la corona a la horrible pena de galeras. La crítica literaria muy pocas veces había centrado su atención en la figura histórica del galeote. El marginado de la sociedad comienza a ascender como protagonista en la literatura hispánica. El pícaro, en todas sus connotaciones se convierte muy pronto en un personaje estereotípico en la literatura ficcional en España y el resto de Europa.

En el primer capítulo, se analiza cómo el tema de la fortuna le proporciona a Mateo Alemán la herramienta ideal para lanzar a su personaje-narrador en una larga serie de transformaciones estamentales. La acción de la diosa Fortuna hace al pícaro partícipe de repetidas aventuras que lo enfrentan con personajes extraídos de prácticamente todos los estamentos de la sociedad española del siglo XVI.

El relato de la vida de Guzmán de Alfarache y sus avatares no hubiese sido posible sin el mecanismo que la rueda de la fortuna proporciona. Desde las entrañas de una galera de la Armada de Felipe II, Guzmán de Alfarache cuenta en episodios la historia de su vida al mismo tiempo que emite sus opiniones sobre el funcionamiento deficiente de la sociedad en la que está inmerso. El galeote hace un recorrido desde su niñez regalada, pasa atentamente revista por su



juventud llena de aventuras, sinsabores, crímenes y pecados, y termina ya viejo, a bordo de una galera, esperando la cédula real que le devuelva su libertad. Solo la mudanza de estados—aquella a la que hace referencia Juan de Mena en su *Laberinto de fortuna*—permite el extenso recorrido vital e ideológico del pícaro. La fortuna está encargada de transportar por los cielos a Nuño—narrador del *Laberinto*—para contemplar la conformación estamental de la sociedad en tiempos del rey Juan II de Castilla. De manera muy parecida, la fortuna lanza a Guzmán en un viaje a través de una sociedad que se representa tan desesperanzada y conflictiva como aquella bajo el reinado de Felipe II. Los tres estamentos que aparecen en el laberinto están presentes en la falsa autobiografía del galeote. Sin embargo, en la fábula del galeote, los individuos de dichos estamentos se enfrentan de manera conflictiva unos con otros, desafían y confrontan las leyes que fundamentan la sociedad.

En el segundo capítulo, se analiza el papel del individuo en la sociedad y la necesidad de obediencia al conjunto de reglas estamentales. Cuando Guzmán de Alfarache reniega contra la falta de honradez de jueces y notarios, está atacando la falta de compromiso tan necesaria para el bien de la república. En estos encendidos lamentos se refleja la evolución que ha sufrido la relación del individuo con sus estados. El infante don Juan Manuel enfatizó en el *Libro de los estados* la importancia de relaciones familiares como esenciales para el sostenimiento de la sociedad estamental. Durante el recorrido del pícaro a través de la sociedad estamental, se ilustra y cuestiona precisamente la ausencia del padre y los fracasos matrimoniales del pícaro.

Guzmán, en sus largas y densas digresiones, reflexiona y critica el deficiente desempeño del individuo en la sociedad. El galeote reflexiona, cuestiona y ataca la validez y la utilidad del cúmulo de reglas y compromisos que le dan la oportunidad al súbdito de conservar e incrementar su estado dentro del cuerpo místico de la república. De esta larga serie de diatribas en contra de

todos los oficios, surge la importancia que cobran términos como *conversión* y *salvación* a lo largo de la poética historia del pícaro sevillano. La confesión del galeote sevillano— a la manera de San Agustín— adquiere una doble naturaleza, por un lado es el acto de habla por el cual Guzmán da cuenta de sus aventuras, por otro, es el canal por el que el condenado expía sus pecados y sus crímenes.

En el último capítulo, se resalta la figura del condenado a galeras en la literatura ficcional hispana y la importancia que cobra como personaje principal en el *Guzmán de Alfarache*. En el libro de Mateo Alemán, se cuestionan las bases sobre las que se construye la sociedad estamental. A lo largo de la narración de la vida del pícaro se resalta la importancia de los lazos familiares y lo fundamental que es para la sociedad el estado del matrimonio, Guzmán también exalta el valor de la verdadera virtud, aquella que se obtiene cuando el hombre ejerce con honestidad su oficio. A pesar de haber elaborado largos y densos discursos sobre la conveniencia de seguir las reglas, Guzmán toma con sus acciones la dirección contraria: como hijo, se aleja de los padres; como mercader, estafa; como ciudadano, compra y vende la justicia; como marido, prostituye a su esposa. La sentencia de por vida a remar en galeras es la consecuencia lógica de la vida de Guzmán, también es una característica más del decoro narrativo con la que Mateo alemán construyó su libro.

El escenario en el que se concibe y concreta la falsa autobiografía del pícaro sevillano es una galera que navega rumbo a alguna indefinida batalla en las aguas del Mediterráneo. El conflicto bélico contra los enemigos turco-berberiscos obligó a la administración hispana a modificar leyes que enviaron multitudes a remar y morir encadenados en los barcos de guerra. En la última parte de la tesis se hace un sucinto recorrido por la historia de la legendaria

embarcación marítima y de las circunstancias que modificaron constantemente la legislación penal en la España de Felipe II.

En las páginas de la falsa autobiografía del galeote sevillano se retrata una sociedad desequilibrada y conflictiva que muestra un claro paralelo con aquella en la que vivió Mateo Alemán, tan llena de cambios, tan sujeta a las epidemias de peste y a la continuada guerra. Además, el *Guzmán de Alfarache* se erige como una obra sin precedentes, los lectores y escritores se vuelcan sobre ella y las reacciones son abundantes y disimiles. Aquí sería útil recordar los tres puntos que Edmond Cros subraya sobre el surgimiento de la novela en el siglo XIX. Cros distingue una mayor complejidad, en términos económicos y políticos, entre la sociedad que vio nacer la novela respecto a épocas anteriores. El cambio social se refleja en una fuerte conciencia que cuestiona el papel del sujeto en el mundo. Ese conflicto, esa ruptura— como la llama Cros—es donde surge la novela (“*Guzmán de Alfarache* y los orígenes” 168).

Esta tesis parte de la premisa de que hay una similitud entre aquella conciencia del desfase estructural del mundo del siglo XIX y el desorden estamental en la sociedad bajo el reinado de Felipe II. Esa relación conflictiva entre el individuo y la sociedad conforma la visión del mundo del escritor sevillano. El *Guzmán de Alfarache* es parte de la copiosa y abigarrada producción ficcional de principios del siglo XVII. Esta variedad e ímpetu en la literatura de entretenimiento está inmersa y responde al mismo tiempo a las turbulencias que aquejan a una España que se aleja para siempre del pensamiento utópico propio del Renacimiento y se instala lenta, pero definitivamente, en el desencanto y el desengaño del Barroco.

## CAPÍTULO 1

### LA FORTUNA MUDA EL ESTADO DEL PÍCARO: EL MUNDO, SU ORDENACIÓN SOCIAL Y EL PÍCARO

El primer tomo del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán se publicó en 1599, aunque el privilegio de impresión fue otorgado mucho tiempo atrás. El manuscrito de la biografía falsa del pícaro-galeote muy probablemente había sido leído con fruición antes de su publicación el año de la muerte de Felipe II. La publicación de este libro resultó en un extraordinario éxito de ventas. La falsa autobiografía de un galeote arrepentido recrea en la mente de los lectores otro libro publicado algunas décadas antes que narra las andanzas de un humilde hijo de molinero: el *Lazarillo de Tormes*. La obra de Mateo Alemán, hasta ese momento un desconocido en los círculos intelectuales literarios de la España de Felipe II, comienza rápidamente a traducirse en otros países de Europa y se reedita repetidamente en España.

A grandes rasgos, el argumento de las dos partes del *Guzmán de Alfarache* se puede resumir como la autobiografía de un ladrón que cuenta con lujo de detalles sus delitos (y sus pecados) encadenado a la banca de una galera. En el libro, Guzmán hace especial hincapié en la intención de contar su vida desde el “primer principio”, lo cual abarca la historia de sus progenitores. Este artificio tiene, como demostraremos, una especial injerencia en el desarrollo argumental, filosófico e ideológico de la autobiografía. Una vez huérfano de padre, Guzmán decide voluntariamente abandonar el hogar familiar. A partir de ahí, un tono de amargura y culpabilidad se va desarrollando a lo largo de la historia de la niñez de Guzmán. Es fácil identificar el germen de los conflictos que llevarán a Guzmán a galeras comienzan forjándose en esta etapa de la niñez. Apenas salir del hogar familiar, Guzmán comienza a asimilar los golpes de

la vida de la calle. En una venta, cuando hambriento pide de comer, a Guzmán le sirven una tortilla de huevos empollados. El joven tiene tanta hambre pasa por alto la inusual textura de sus alimentos. Cuando continúa su camino los estertores del vómito lo asaltan. Acostumbrado a la disolución y las comodidades, su entrada en el mundo se convierte en un evento traumático. Las venteras, los viajeros y los mesoneros son los primeros maestros que tiene Guzmán en el arte de la mentira y la sobrevivencia. En la venta, haciendo de aprendiz de comerciante, es cuando comienza a aprender los pormenores del engaño y la estafa. En la gran ciudad, también comienza Guzmanillo a percatarse de que en el mundo que lo rodea todos mienten y nadie cumple con su deber.

El joven pícaro dirige sus pasos a la corte. Es en Madrid donde piensa Guzmán que puede enderezar el desafortunado inicio de sus aventuras y comenzar a medrar. Pero es en la capital del reino donde Guzmán abandona todas las intenciones de aprender un oficio honrado. Es la primera vez que ve la oportunidad de robarle una buena cantidad de dinero a un mercader de especias. Este robo de poca monta lanza a Guzmán en un periplo de constantes huidas. A partir de ahora, el pícaro se sentirá constantemente asechado, perseguido.

En su huida abandona Madrid y se refugia en Toledo, donde toma la decisión de unirse al ejército. En este punto donde se inicia la relación entre Guzmán y las galeras. Con el propósito de conocer a sus parientes genoveses, Guzmán se acerca al capitán de la flota de galeras que se encuentra asentado en Almagro. Dispuesto a agradar al militar, el joven despilfarra todo el dinero que aún le queda del robo en Toledo. Después de haber servido al capitán de las galeras, y de hasta realizar pequeñas estafas para tenerlo satisfecho, Guzmán se ve abandonado a sus suerte una vez que llega a vez en Italia. En Génova, el pícaro busca y encuentra a los parientes paternos, quienes lo desconocen, lo desprecian y maltratan. Guzmán comienza a mendigar por

las calles de Roma, ahí aprende del arte bribiático. En Roma, el joven pícaro sirve al cardenal, donde tiene la oportunidad de estudiar y prepararse. Poco tiempo después, Guzmanillo sale despedido de la casa del Cardenal y comienza a servir al embajador de Francia en Roma. Al servicio del embajador, lo mismo se dedica a hacer de bufón mientras se educa en los menesteres de la vida cortesana. Durante algún tiempo, Guzmán logra estudiar y servir diligentemente al embajador, pero lo dispuesto por la divina providencia lo hace cambiar definitivamente de rumbo. Al ejercer de alcahuete para su amo el embajador, un penoso incidente con un cerdo perdido por las calles lo convierte en el blanco de las burlas de toda la ciudad. La vergüenza es tan grande que se decide a dejar la casa del embajador, y de Roma, para siempre. En la segunda parte de la vida del pícaro (1604), cuando Guzmán se aparta del oficio de paje del embajador, se establece un paralelo entre el episodio de la primera parte donde, después de morir el padre, se aleja del hogar familiar para siempre. Mientras prepara todas sus pertenencias para mudarse a Florencia, conoce a un paisano, al sevillano Sayavedra. Es este un pintoresco personaje parecidísimo a Guzmán en muchos aspectos. Valiéndose de estafas muy similares a las que Guzmán ha utilizado para esquilmar a otros, Sayavedra le roba todos sus baúles. La justicia logra atrapar al ladrón y desterrarlo. En su camino hacia Florencia, Guzmán se encuentra al exiliado, este se arrepiente y le ofrece a Guzmán su vida y servicios como resarcimiento. Juntos se dedican a perpetrar algunos robos y estafas.

En compañía de Sayavedra aborda la galera para huir, pero llega solo a España. Su compañero y sirviente sufre los delirios ocasionados por una tormenta en altamar y se tira por la borda. En España, aunque rico, el pícaro se encuentra cada vez más decepcionado de la sociedad en general, de las mujeres en particular: “lo que son las mujeres, que, si por mal, son malas; y si por bien, peores” (743). Arremete el pícaro nuevamente contra la honra y las leyes, ahora en

forma de un satírico arancel para necios en el que, hasta por orinar en la calle formando figuras, te mandan a la cárcel (745).

Guzmán por fin puede establecerse en el estado del matrimonio con la hija de un mercader, pero enviuda al poco tiempo, quedando otra vez sin dinero ya que tiene que devolverle a su suegro parte de la dote. Debido a su fracaso en los intentos por permanecer casado decide iniciar estudios de teología en la Universidad de Alcalá. Guzmán se propone, de nuevo, establecerse de manera permanente en un estado, ahora en el religioso. Sus estudios van por buen camino, pero conoce a Gracia y se enamora. Abandona los estudios después de unos años y se vuelve a casar. El pícaro se acostumbra demasiado pronto a las bondades de la vida regalada. Cuando el suegro muere, no encuentra otra salida más que aprovecharse de la gran belleza de su esposa, y prostituirla. La fama de la bella Gracia los mueve a mudarse a la capital, de ahí a Sevilla donde la madre de Guzmán aprovecha la oportunidad de regentear a su nuera. Gracia finalmente se harta y escapa de Sevilla con un capitán de galeras. Deja a Guzmán sin dinero ni joyas. El pícaro decide volver a robar. Su madre lo denuncia, la policía lo encarcela, intenta escapar, lo cogen y lo sentencian de por vida a remar en las galeras. En altamar, rumbo a una batalla no nombrada, la tripulación de la galera se amotina. Guzmán encuentra en este hecho relevante la ocasión de salvar su alma y su propia vida, y denuncia la conspiración.

Desde hace ya algunas décadas que la crítica literaria se ha dado a la tarea de estudiar los textos más conocidos de la narrativa española del siglo XVII haciendo énfasis en la perspectiva de la historia intelectual. Un caso encomiable es el que se ha hecho sobre el ámbito intelectual que rodea al autor del *Guzmán de Alfarache*. Ya en *Spanish Picaresque Fiction: A New Literary History*, Peter N. Dunn reflexiona sobre la visión del mundo en la que se adscribe Mateo Alemán. Dunn toma como punto de partida la famosa monografía en la que Enrique Moreno

Báez defiende una indisoluble alianza entre intención aleccionadora y libro de entretenimiento como núcleo narrativo en el *Guzmán de Alfarache*. Dunn resalta lo que Moreno Báez describe la misión del libro como un espejo de la depravación humana, con el objetivo de que los lectores tomaran conciencia de la doctrina del pecado original. La novela se compone entorno a una paradoja: "si bien la trama se origina y sostiene por la idea de la divina providencia, el pesimismo del autor es altamente eficaz en la descripción de un mundo oscuro y corrupto" (135). Para ilustrar esta paradoja, Moreno Báez recuerda la palabras del pícaro en la primera parte del *Guzmán*: "procura ser usufructuario de tu vida, que, usando bien de ella, salvarte puedes en cualquier estado" (cit. en Dunn 136).

En el panorama crítico de la literatura española, la novela picaresca ocupa un lugar preponderante. Desde el debate (siempre puesto al día) en torno a su naturaleza genérica, la novela picaresca se ha mantenido a lo largo de los años como uno de los géneros más beneficiados de la atención de los estudiosos alrededor del mundo. Las posturas teóricas con las que se ha interpretado el *Guzmán de Alfarache* son diversas y en ocasiones contrapuestas. Esta disertación propone un análisis de la novela de Mateo Alemán como consecuencia de la circulación de fuerzas sociales y políticas en la España de los siglos XVI y XVII. Mi opinión resalta que el mayor conflicto de la novela de Alemán es el que enfrenta al individuo con la sociedad estamental. De esta confrontación surge la necesidad de mostrar en la tradición literaria hispánica los constantes cuestionamientos del individuo con respecto a su posición en el mundo, de los movimientos de estado que ocasiona la fortuna. Desde las *Siete partidas* del Rey Alfonso X, se nota en los escritores hispanos la preocupación de organizar por escrito la sociedad y asignarle a cada miembro sus derechos y obligaciones. El *Guzmán de Alfarache* es también heredero de esta tradición. Aun siendo una obra de ficción, la novela del pícaro sevillano



persigue los fines de la época de recrear edificando. En sus páginas se reconstruye una sociedad caótica e inmersa desde la perspectiva de un narrador embebido en un fuerte espíritu crítico y reformador. En medio de una sociedad desesperanzada, el galeote atestigua con azoro el desfile del resto de marginados que transitan sin orden ni concierto por los estamentos de la sociedad española de finales del siglo XVI.

Guzmán es esencialmente un galeote, un forzado a la pena de galeras. Los sentenciados a esta pena son, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, una consecuencia tangible de las imposiciones del poder monárquico.<sup>1</sup> Durante años, fueron implementadas y ejecutadas leyes penales con el propósito de proveer a las galeras mediterráneas de brazos que las impulsaran sin tener que agregar carga al ya desfalleciente sistema económico español (Pike 3). Dichas decisiones, propias de un régimen que supuestamente adecuaba sus decisiones a la mejor conveniencia del reino, ocasionan las respuestas de los intelectuales. Un grupo de reformadores conocidos como tacitistas, entre los que se encontraban Luis Valle de la Cerda, Luis Ortiz, Martínez de Cellorigo, Tomás de Mercado y Pedro Fernández de Navarrete, reflexionan sobre los cambios que la sociedad española demandaba. Asegura José Antonio Maravall que las graves experiencias del periodo hacen comprender a los escritores que el angustiante estado de la

---

<sup>1</sup> Ruth MacKay afirma que el concepto de absolutismo, en el caso del estado español durante los siglos XVI y XVII, ha sido constantemente malinterpretado. Según la historiadora, el poder de los monarcas en España estaba lejos de ser absoluto, ya que tenía una esencia de flexibilidad. Esta característica permitía que los súbditos y los gobernantes crearan un espacio de mutua negociación. En este universo de relaciones era permitido al súbdito resistir a la opresión por medio del lenguaje sin representar una amenaza real a la estabilidad gubernamental (*The Limits of Royal Authority* 3-4)

república no es espontáneo. Al contrario, los intelectuales se dan cuenta que, tras el embate de las duras crisis, el aparato estamental se ha transformado y en ciertos sectores ha sufrido un crecimiento desmedido. Asegura Maravall que el tema preferido de la literatura política durante los últimos años del siglo XVI son los cambios, las transformaciones, mutaciones y revoluciones de los estados (*Estado moderno* 46).

En la novela del sevillano se exponen una serie de transformaciones y revoluciones de estado a nivel individual, este movimiento constante del individuo en la sociedad se explicaba simbólicamente con la rueda que manejaba la diosa Fortuna. La fortuna, sus desordenados e implacables designios, le permiten relatar al galeote-narrador sus aventuras y lo van insertando en un complejo entramado que abarca el pensamiento legislativo, un considerable número de convenciones literarias y muchas referencias políticas. De este crisol estético e ideológico se desprende el nacimiento de un nuevo personaje de ficción. El nacimiento y popularidad del pícaro viene de la mano de una revolución en el arte del quehacer narrativo. Si atendemos a lo que Francisco Rico afirma, el *Guzmán* y el impacto en los escritores de la época sientan las bases para el posterior desarrollo de la novela moderna (*La novela picaresca* 140).

Después del periplo vital que ha llevado a Guzmán hasta las galeras, la providencia le dará la oportunidad de redimirse, de “alzando la mano, alcanzar el cielo” (889). Aun así que todo se desarrolle bajo los designios de la divina providencia, esta no abandona al final al personaje, le otorga la elección al arrepentido y maltratado galeote de la elección: el infierno o la salvación. En este capítulo, mi análisis parte de la premisa de la existencia de una relación estructural entre la divina providencia—la salvación del condenado—y los mecanismos por los que la fortuna hace caer, de manera repetitiva y sistemática, al protagonista. Detrás de esta doble relación se encuentra asentada la visión del mundo de Mateo Alemán. Cuando Alemán se percata de la crisis

social en la España de un desfalleciente Felipe II,<sup>2</sup> decide reutilizar el tópico de la inestable y el desordenada fortuna para elaborar el entramado narrativo que anima a su personaje-narrador y lo mantiene en un constante vaivén.

Echando mano a numerosos tópicos, símbolos, temas y estructuras literarias propias del Barroco, Mateo Alemán logra crear un discurso figurativo que incorpora referentes históricos y políticos que denotan la situación de desequilibrio y caos en el que se encuentra la república en vísperas del nuevo siglo. Podemos aventurar que el revuelo editorial, e intelectual, de la primera parte del *Guzmán* está relacionado con esta convivencia de referentes sociales y una clara intención de adecuarse al mercado literario; o desde la perspectiva de los críticos, podemos decir que el mayor acierto de Mateo Alemán fue encontrar un público lector pendiente de la problemática social y ávido de innovaciones en el terreno literario (Márquez Villanueva, “Sobre el lanzamiento” 550). La explicación del éxito de *Guzmán de Alfarache* se encuentra, según Francisco Márquez Villanueva, en la elección sociológica que hace Mateo Alemán de sus lectores, quienes reaccionan creando el ambiente adecuado para que se desarrolle el germen de una nueva forma de novelar (“La interacción” 242). Esa atinada elección—a cuatro siglos de

---

<sup>2</sup> En el capítulo que le dedica al *Guzmán de Alfarache*, Maurice Molho afirma que la sociedad española está, en el momento en el que Mateo Alemán escribe su libro, atravesando por una “grave crisis”, las causas aducidas son: la epidemia de peste y principalmente un desajuste en los precios de los alimentos básicos, léase el trigo, cuyo precio se incrementa de 430 maravedís en 1595, a 908 en 1598. Además, señala Molho, el flujo de metales preciosos no benefició la economía hispana; al contrario, el oro y la plata terminaron en manos de los banqueros alemanes y obligaron a que en la península se acuñara moneda en metales mucho más ordinarios, como el cobre (65-66).

distancia—le ha permitido a la crítica esbozar un panorama de las preocupaciones del autor y sus coetáneos acerca de los problemas de la república. Aunque valdría la pena recordar, que como bien señala Joseph Pérez en “El tiempo del *Guzmán de Alfarache*” (29-30), la literatura no es un documento de la realidad, sino más bien un eco de la sociedad en que se concibe.

En la introducción a la más reciente edición crítica del *Guzmán de Alfarache*, Luis Gómez Canseco considera *Las Confesiones* de San Agustín como la piedra angular para la construcción narrativa de la historia del galeote sevillano. Sin embargo, remarca el profesor sevillano, existen otras confesiones de índole más profana que alimentan estructuralmente la construcción de este nuevo novelar. En este caso, el profesor Gómez Canseco destaca la esencial importancia de las confesiones de los condenados (Canseco x). A este respecto cabe recordar que durante los años ochenta del siglo XVI, Mateo Alemán presencié, e hizo registrar ante notario, las confesiones que varios galeotes hicieron en las minas de Almadén. Germán Bleiberg recoge la transcripción de estas declaraciones en su libro *El informe secreto de Mateo Alemán* (1977), además de hacer un excelente introducción histórica donde nos explica los motivos y los resultados de aquel episodio en la vida del novelista sevillano.

La creación del *Guzmán de Alfarache* se debe de ubicar en un entramado de energías sociales, políticas, históricas y legales con el fin de entender mejor una obra usualmente descrita como un rompecabezas. La falsa autobiografía del pícaro sevillano, en palabra de algunos estudiosos, también carga sobre sus espaldas la responsabilidad de haber iniciado un nuevo paradigma novelístico (Canseco x). El principal objetivo de esta disertación no es profundizar en la historia militar, política y legal de la España del siglo de oro. Esta es antes que nada una tesis sobre una obra literaria, pero apoyada en la interdisciplinariedad enriquece el ejercicio de la crítica literaria. De los historiadores podemos aprender los elementos indispensables que arrojen

luz sobre las mediaciones histórico políticas que crearon las condiciones en las que se concibió el “gran olvidado de la historia de la novela” (Piñero 13).

En algunas de las biografías de Mateo Alemán se señala que durante su infancia y su juventud estuvo familiarizado con las vicisitudes de la vida carcelaria.<sup>3</sup> De niño, debido a las obligaciones médicas de su padre, convivió de cerca con muchos prisioneros de la cárcel real de Sevilla. En su juventud, Mateo Alemán estudió derecho y medicina en las Universidades de Salamanca y Alcalá de Henares. Como adulto desempeñó cargos administrativos y judiciales para la corona española, en el ejercicio de los cuales dio con su persona en la cárcel en más de una ocasión. Alemán sirvió como juez visitador durante unos años antes de comenzar a escribir su novela. Cuando desempeñaba este cargo, la corona lo envió comisionado a las minas de Mercurio en Almadén. El sevillano tenía asignada la tarea de averiguar sobre el destino de 30 galeotes a los que se les había permutado la pena del remo por la de servicio en las minas. En 1593, Mateo Alemán mandó transcribir las confesiones de varios condenados para confirmar la sospecha de que la familia de banqueros alemanes Fucar había violado el contrato pactado con la corona. En ese contrato, los banqueros alemanes se comprometían a utilizar un máximo de 25 galeotes y a tratarlos humanamente y con dignidad mientras durara su condena. Esto significaba que los Fucar se comprometía a curarlos en caso de enfermedad, a darles vestido, comida y proporcionarles buen descanso (v. Bleiberg 9-32).

Mateo Alemán entrevista a Miguel del Aldea confirma que los Fúcar tenían más galeotes que los que la corona había otorgado. Por si fuera poco, otro entrevistado, Miguel Brete, confirmó los malos tratos a los que eran constantemente sometidos la mayoría de los galeotes.

---

<sup>3</sup> Para profundizar en los datos biográficos del novelista sevillano, ver McGrady, *Mateo Alemán*, y Cros, *Mateo Alemán, Introducción a su vida y su obra*.

Del Aldea finalmente testificó que muchos galeotes habían muerto por falta de asistencia médica. Las jornadas de trabajo se extendían, de acuerdo a los entrevistados, del alba hasta la media noche con solo una hora de descanso, además, la más mínima desviación de las reglas de conducta traía como consecuencia la extensión de la jornada de trabajo. Los cadáveres de los galeotes eran desechados sin honor y sin cristiana sepultura.

La documentación procedente de los archivos históricos españoles ha sido usada tradicionalmente para la descripción del funcionamiento de las estructuras dominantes de poder. Sin embargo, en muchos documentos, en muchas confesiones, peticiones de clemencia y aplazamiento de sentencias judiciales podemos escuchar las voces de la gente común y corriente que no tuvo la oportunidad de expresar aquel sentimiento de persecución del que tanto y tan bien ha hablado Robert ter Horst (53). Pero esas voces resonaron en las obras de algunos escritores que durante la época llevaban a cabo una crítica velada del mal funcionamiento del aparato de gobierno. Desde los registros notariales permea un lenguaje de franca oposición—o por lo menos se intentaba oponer—hacia las imposiciones del aparato gubernamental. En el *Guzmán de Alfarache*, este lenguaje se articula y se organiza en forma de una “retórica de la defensa” como muy bien la ha descrito Anthony Cascardi.

La novela de Mateo Alemán es para Cascardi un artefacto literario que tiene una conexión directa y abierta con el mundo histórico (380). Dentro de los dos prólogos, descubre el crítico una intención retórica común, la de la defensa. Esta retórica defensiva es instrumental en el desarrollo del resto de la fábula y esencial para conformar la unidad de toda la novela (381). Cuando se trata de la dedicatoria al vulgo, se está defendiendo el narrador de un mundo exterior abiertamente hostil. En el prólogo dedicado al “discreto lector”, vuelve el galeote a pedir cobijo ante la hostilidad del vulgo: “a su defensa me encomiendo”. Sendas maneras de defensa se

originan como método de confrontar el mundo exterior: ante los embates violentos de la vida, al pícaro solo le queda moralizar para defenderse. Hasta el último momento, cuando el pícaro se convierte en un galeote arrepentido y condenado, cambia su estrategia de defensa. Una vez inmóvil, encadenado al banco y al remo, el pícaro deja de actuar, pero se defiende reflexionando y escribiendo (381). En el último capítulo de la novela, la enamorada del pícaro le pide encarecidamente que se defienda. La retórica de la defensa, asegura Cascardi, se extiende más allá de los prólogos y las aventuras-digresiones del pícaro, también los personajes de las cuatro novelas intercaladas siguen el patrón retórico defensivo (383).

Los trámites burocráticos para solicitar clemencia también se representan a lo largo de los últimos capítulos de la novela alemaniana. La amante del pícaro sabe que Guzmán está ya preso y sentenciado a “doscientos azotes y diez años de galeras”. La esclava de la mujer a la que robó Guzmán escribe una emotiva carta suplicándole al preso que apele inmediatamente ante la justicia: “Apele veinte veces y más, las que te pareciere, y no se te dé nada, que todo se remediará con el favor de Dios” (870). La novia de Guzmán no solo es consciente de las vejaciones y sobornos a los que ha sido sometido su prisionero. Una esclava que es conocedora—gracias a la sabiduría popular—de los mecanismos que permiten la absolución o la postergación de la condena a galeras: “Díceme Juliana que te diga que apeles luego” (870). Las sentencias a galeras, durante los últimos años del siglo XVI, infundieron en el imaginario español la sensación de vigilancia y persecución permanente. Miedo magistralmente representado en el emblema que antecede la historia del pícaro, donde la ponzoñosa araña pende sobre la virtud de la serpiente.

La primera parte del *Guzmán de Alfarache* se publica en 1599, un año después de la muerte de Felipe II. La aparición del libro y su éxito inmediato nacen en el seno de una serie de

turbulencias históricas que transforman la historia de España. La crisis monetaria, el abandono de las tierras de cultivo, la reciente epidemia de peste y la confrontación bélica—especialmente con el Imperio Otomano—representan algunas de las preocupaciones de la monarquía al momento de morir Felipe II (Pérez 39). Esta época de tránsito y conciencia general de crisis es la que moldea la escritura de la falsa autobiografía del pícaro;<sup>4</sup> para algunos críticos modernos el *Guzmán* es considerada incluso: “la expresión simbólica degradada de una sociedad en crisis” (Cavillac, *pícaros y mercaderes* 110). La transición de reinados está rodeada de una serie de percances que desestabilizan el funcionamiento de la sociedad en todos sus estamentos; las convulsiones socio-políticas resultan una mediación entre el escritor, su obra y el público que las consume. Un complejo entramado de razonamientos y reflexiones en el terreno de la política, las leyes y la literatura conforman la visión del mundo del sevillano Mateo Alemán.

El peso específico que cobra la naturaleza conflictiva de la sociedad en el quehacer literario es definitivo. José Antonio Maravall afirma que la figura literaria del pícaro no hubiera sido posible sin que los escritores de la época estuviesen plenamente conscientes de la crisis social a la que se enfrentaban. El historiador recalca que una estructura narrativa como la de los relatos picarescos no pudo cobrar sentido más que en la época en que se dio (10). Opinión compartida por Antonio Domínguez Ortiz, que subraya la existencia de una relación intrínseca entre el proceso de inestabilidad social a finales del siglo XVI y el advenimiento, e inmediato

---

<sup>4</sup> Joseph Pérez asegura que los hombres de finales del siglo XVI tenían una clara consciencia de que ya no vivían en la misma época gloriosa de principios de siglo. La debacle económica, añade, es muchísimo más evidente en los territorios de Castilla que en las grandes ciudades de la costa, que se beneficiaban por el presupuesto destinado a la guerra (40).



éxito, de la ficción picaresca. Según Domínguez Ortiz, el modelo literario de la narrativa picaresca se equipara a la peculiar estructura histórica en la que se genera; la picaresca cobra sentido solo a la luz de la realidad social que la ve nacer. La figura del pícaro, concluye Domínguez Ortiz, es tan inestable como la vida social y se construye en una zona limítrofe entre la pobreza y la delincuencia. Pero lo anterior es todavía demasiado general, no nos da una idea clara del ambiente social en el que se desenvuelve el referente literario del pícaro. Otro paralelo entre la sociedad y la literatura es aquel que apunta al ámbito urbano de los pícaros, más específicamente a ciudades concretas de Andalucía o Castilla. Las ciudades más vibrantes en lo cultural y económico eran las que ejercían una especial fascinación para los grupos marginados.

Domínguez Ortiz resalta la importancia de lo que él considera “muestras textuales de la inestabilidad social” en el *Guzmán de Alfarache*. Asegura que el concepto de marginación abarca mucho más que a los vagabundos y ladronzuelos, comúnmente asociados a la figura del pícaro. El fin de siglo viene acompañado de fuertes transformaciones estamentales, algunas incluso de dimensiones estructurales. El orden social establecido en la Edad Media está dividido principalmente en dos grandes sectores: el seglar y el eclesiástico. De acuerdo con Domínguez Ortiz, el cruce entre estas vertientes estamentales, esencialmente privilegiadas, se deriva la creación de un tercer estado definido básicamente por la exclusión; a este se le conoce como estado llano, tercer estado, o estado general. Por su esencia marginal, dominada y ambigua, es precisamente este estado llano en el que se dan se origina la mayor inestabilidad (*Las clases privilegiadas* 10). La conflictividad social tiene como consecuencia la disolución del orden jerárquico; los monarcas son incapaces de estructurar la enorme masa confundida. La variedad y el desorden son las regla imperantes “bajo la denominación de estado general”, aquí lo mismo se enfrentan artesanos y jornaleros, labradores ricos y banqueros, intelectuales y vagabundos (12).

El tercer estado, aquel donde Guzmán transita, no es únicamente reflejo de la miseria económica, es consecuencia de la serie los impulsos vitales originados en el seno de una masa poblacional muy heterogénea; el resultado de una mezcla de razas, religiones y condiciones sociales. Estos “instintos primarios” condicionan especialmente a los individuos que no se encuentran categorizados; de ahí que, por ejemplo, los hijos de familias burguesas se escaparan de casa y terminaran mezclándose con los pícaros en la azarosa vida citadina. El largo recorrido vital de Guzmán abarca numerosas categorías sociales, no se limita a desenvolverse dentro de una sola grey; Guzmán, lo mismo que muchos individuos de la realidad, se mueven geográficamente al mismo tiempo que lo hacen de un oficio o práctica social a otra; en otras palabras, individuos que se rebelan a la uniformidad (*La esclavitud* 202).

Aquéllos impulsos vitales a los que se refiere Domínguez Ortiz se reflejan con fidelidad en el quehacer literario, especialmente en la literatura política de la época. Es por eso que continuamos encontrando representada la sociedad de acuerdo al modelo medieval. En el modelo teológico, el cielo se estructura en tres niveles, cada uno con su propia jerarquía. La nobleza, la iglesia y el pueblo llano se corresponden en la realidad a la estructura tripartita celestial. Esta concepción estamental se basa en la diferencia, o mejor dicho, en la exclusión; la sociedad se origina y justifica en la repartición del poder entre el clero y la nobleza. Los individuos que no pertenecen ni a la una ni a la otra quedan prácticamente marginados. Cristóbal Pérez de Herrera, Martín González de Cellorigo y Cristóbal Suárez de Figueroa son tan solo algunos de los que representan en su escritura la inamovible concepción del orden social, la cual permanece inmanente a pesar de la inestabilidad histórica (Bennassar, *La Monarquía* 41). De ahí el alcance de la propuesta narrativa del *Guzmán de Alfarache*. El lenguaje figurativo de Mateo Alemán es

instrumental para representar el desconcierto filosófico que arroja al individuo, como si de un naufragio se tratara, al revuelto mar social de finales del siglo XVI.

El agitado mar en el que navega la nave que es la España de Felipe II se ve agitado, además, por la tormenta de la guerra. En ese momento histórico, la guerra es un evento de crucial importancia que pone en el centro de la discusión la acción del gobernante y la justificación del poder monárquico. Maravall hace especial énfasis en señalar que la literatura de los siglos XVI y XVII muestra especial interés en redefinir y analizar el estado de los príncipes. Con el término *estado real* se designa, según el historiador, una parte del cuerpo político que se relaciona directamente con el príncipe y en la que se designan qué fines y propósitos tiene ser príncipe. Es decir, se trata de definir bajo qué reglas y designios tiene que actuar y conducirse un gobernante para mejor relacionarse con todas las otras partes de la sociedad que están unidas a él. Señala Maravall, además, que es el siglo XVI una época de ruptura evidente con las estructuras estamentales respecto a la Edad Media. Se difunde durante este periodo un pensamiento más orientado a la reflexión sobre la transformación de la sociedad, una sociedad más arraigada en la ciudad y en la que ya se encuentra cierto apego hacia el racionalismo (*Estado moderno* 35-37).

En la falsa autobiografía del galeote sevillano se reflejan dos niveles de pensamiento. Por un lado, se expresan las creencias y actitudes de un colectivo intelectual, por otro, en el nivel individual, el autor es capaz de dar forma y expresión a sus preocupaciones ante la creciente inestabilidad del súbdito ante su sociedad. Lo anterior se lleva a cabo por medio de la construcción de una estrategia estético-artística que incorpora elementos de la tradición y el constante uso de referentes conectados la realidad histórico-social. Ambos mundos posibles—la realidad social y la literatura—tienen en común la descripción de las dificultades y fracasos del individuo en su lucha por adaptarse y satisfacer los requerimientos de su muy inestable categoría

social. Las críticas que Mateo Alemán lanza en su libro no solo se ocupan de la polémica en torno al amparo de pobres (Cruz 76), el sevillano analiza y juzga al individuo frente a prácticamente todas las instancias estamentales.

Las agudezas del galeote tienen como blanco el estado nobiliario, el religioso, y en especial, el tercer estado: hábitat natural de los pícaros. Este ejercicio crítico sobre la sociedad tiene consecuencias estructurales en lo literario. La mezcla de tipos sociales, el conglomerado de técnicas narrativas y la “confrontación de niveles” es lo que da esencia y hace único al *Guzmán de Alfarache*. En la misma línea de pensamiento, la dimensión social se revela evidente al colocar al pícaro en el papel protagónico (Guillén 66).

La ascenso de la figura del pícaro dentro del panorama literario, asegura Claudio Guillén, resulta una novedad para un público lector acostumbrado a los tratados sobre el amparo de la pobreza y a la representación de colectivos marginales: jugadores, vagabundos, criminales y presos. Durante los primeros años del siglo XVII, los intelectuales reciben favorablemente al personaje literario salido de la pluma de Mateo Alemán, y este, a su vez, se convierte en referente y fundamento del desarrollo de la narrativa europea y occidental (66). El joven Guzmán se enfrenta, envuelto en la soledad y desde muy temprano, a las vicisitudes de la existencia en sociedad. La soledad, la crueldad y el engaño que flotan como *leitmotiv* sobre todo el libro son, según Guillén, "consustanciales al existir social y a la vida urbana" (67).

El producto literario final fue extraordinariamente bien recibido por el público lector.<sup>5</sup> Sin embargo, el éxito inmediato no apartó al autor del anonimato intelectual y tampoco le representó ningún beneficio económico. Lo que sí logró Alemán fue impactar en los lectores de su época como nadie hasta entonces lo había hecho (Márquez Villanueva, “Sobre el

---

<sup>5</sup> V. Márquez Villanueva, “La interacción Alemán-Cervantes” 247; Niemeyer xviii; Friedman, “Insincere” 100.

lanzamiento” 549). A tal punto llegó a ser popular el libro de Mateo Alemán, que creó una variopinta e intensa reacción entre lectores y hombres de letras a principios del siglo XVII. Por lo mismo, es indispensable el estudio y análisis de los presupuestos estéticos e ideológicos que circulaban en el círculo intelectual en el que se desarrolló Mateo Alemán; aquello que Francisco Márquez Villanueva definió como “el mundo español de las letras” (549). Si partimos de la premisa de que en el *Guzmán de Alfarache* coexisten en distintas proporciones teoría social, teología y un afán de renovar el quehacer narrativo, llegamos a la conclusión de que no se puede interpretar de manera unilateral y exclusiva una obra poliédrica, rica en matices intelectuales y estéticos (Rico, *Introducción* 45).

Esta tesis intenta echar luz sobre algunos conflictos que se representan dentro del entramado histórico-social representado en el *Guzmán de Alfarache*. Poniendo especial énfasis en el análisis del individuo—ya sea el galeote o el pícaro—resaltamos la condición vital del protagonista enfrentado a una serie de condicionamientos sociales, religiosos y civiles, que animan, todos ellos, la poética historia del galeote sevillano. La figura del galeote resulta esencial y se revela llena de significados en lo literario y en lo social, aun así la crítica no haya reparado suficientemente en ese significativo detalle. Desde el punto de vista de la construcción narrativa, la historia de la vida de Guzmán de Alfarache no puede ser contada sino hasta el momento en que no está cumpliendo su pena en galeras (ter Horst 63).

Sentenciado de por vida a remar en los barcos de la armada real, Guzmán de Alfarache nos cuenta su historia desde lo que él mismo considera el primer principio: la historia de sus progenitores. Es de resaltar el afán de verosimilitud con que intenta a toda costa manipular las mentiras hasta hacerlas parecer verdades. Esta preocupación del narrador desemboca en un apego férreo a los preceptos retóricos más estrictos de la época; Mateo Alemán logra así inventar

un personaje prototípico y conformar una “poética historia” (95). Desde la doble perspectiva poética-historia, propongo el estudio del desenvolvimiento del personaje como una alegoría de los movimientos circulares de la fortuna, ya que esta proporciona los mecanismos por los que el pícaro, a lo largo de su vida-narración, no se aparta de la mudanza de estados. Según los preceptistas de la época, el fin de poesía es, agrandando y aprovechando, la imitación. El poeta es aquel que logra imitar un acto de la historia, para lo cual tiene que elegir con cuidado la naturaleza de lo imitado (Alvar Esquerra 17).

Según la mentalidad de la época, no se puede, por ejemplo, hacer llorar si imita una acción de naturaleza cómica. Alemán es consciente de haber construido un historia en la que el pícaro imita, hasta cierto punto, una realidad que el lector reconoce como cercana. Para los parámetros estético-intelectuales del siglo XVII, Mateo Alemán es un autor que, como historiador, logra convencer y ser verosímil. Francisco de Cascales, en sus *Tablas poéticas*, nos recuerda que la poesía imita mientras la historia narra y describe (f. 27). Alemán apoya los mecanismos de imitación poética y la verosimilitud de su historia en el tópico de la fortuna; es esta la que inicia la serie de transformaciones estamentales por las que transita el pícaro. La fortuna es la principal motivación que lanza al joven guzmán fuera del hogar familiar; mientras que al galeote condenado lo conduce al arrepentimiento y la conversión. La vida del pícaro se adecua a las pautas del pensamiento reformador de su época apoyado en la carga de verosimilitud que le ofrece ese ingenio conocido como fortuna, el cual, según lo decía Juan de Mena, está encargado de mutar el estado de los hombres.

Con el fin de lograr la verosimilitud, Guzmán alterna numerosísimas digresiones didáctico-morales con la narración de las aventuras de su vida.<sup>6</sup> Sus peripecias, las idas y venidas que llevan al pícaro a recorrer físicamente los límites continentales del imperio (desde Sevilla a Nápoles pasando por Toledo, Madrid y Roma), también siguen un itinerario de ascensos y caídas, ocasionadas por la férrea y azarosa voluntad de la fortuna. Durante la época del *Lazarillo* y el *Guzmán*, existía el término *caso* que denotaba la imposibilidad de llegar a buen puerto y el hecho de no lograr el fin previsto. *Caso* lo define Sebastián de Covarrubias como: “todo lo que sucede sin prevención de temor o esperanza de ello” (f. 208r). La autobiografía del galeote se va desarrollando como una serie de casos, de intentos por consolidarse—y al final caer—de una multitud de estados humanos, o como consideran algunos críticos: una “crónica de sucesos sórdidos e humillaciones que resultan, para el público de la época, realmente originales” (Dunn 180).

Dunn ha señalado que, en el *Guzmán de Alfarache*, la relación entre el hombre y la sociedad es mucho más variable y discontinua que en el *Lazarillo*. Los roles que juega Guzmán: sirviente, pinche de cocina, mendigo falso, bufón, soldado, embaucador, apostador, mercader, estudiante, proxeneta y convicto, ejemplifican una existencia proteica que se balancea entre la alienación y el acomodo; el joven Guzmán va de engañador y bufón a soldado profesional y estudiante de letras divinas (138). Dunn encuentra, además, que Guzmán se diferencia de Lázaro por el número de amos a los que sirve y especialmente por la profundidad de su descripción, por el detalle humano con la que describe sus características sociales, desde los exabruptos alcohólicos del mesonero hasta los deslices libertinos de un embajador en general benévolo. Otra

---

<sup>6</sup> Francisco Rico ha observado que el mismo Mateo Alemán tiene a bien en dividir en “consejas y consejos” (*La novela picaresca y el punto de vista* 65).

diferencia entre el hijo del molinero toledano y el galeote sevillano estriba en la duración respecto a sus relaciones amo-sirviente. Durante su larga estancia con el embajador, Guzmán logra una estabilidad emocional y económica, estudia e incluso mantiene una relación cordial, incluso cariñosa, con el resto de la servidumbre. Sin embargo, apunta Dunn, a pesar los siete años de estudios en Alcalá de Henares y un periodo semejante en el ejército, no encuentra muestras de que los sentimientos del pícaro cambien. A largo del argumento del *Guzmán de Alfarache*, se consolida una dialéctica simple entre “su deseo de vivir una vida honrada y aquel aspecto de la naturaleza humana que subvierte las buenas intenciones en actos vergonzosos”, en otras palabras, con la creación de este binomio se inicia la acción de aquella fuerza que es el arbitrio humano y se inserta la acción del pícaro en el dominio inescrutable del azar, en el reino de la diosa Fortuna (183).

Alexander A. Parker también se dio a la tarea de hacer una distinción, de naturaleza taxonómica, entre la historia del hijo de molinero y la del galeote-escritor sevillano. Parker señala que el *Lazarillo de Tormes* no pertenece a las novelas picarescas porque el personaje nunca pretende erigirse como delincuente. Lo que verdaderamente intenta lograr Lázaro, según Parker, es mantener un nivel de hipocresía social que le permita seguir disfrutando del estado del matrimonio y de las ventajas de carácter económico que ha podido alcanzar gracias al oficio real de pregonero (68). Parker señala que, por lo contrario, el pícaro sevillano tiene como propósito esencial narrar explícitamente la experiencia individual de convertirse en un delincuente en todas sus manifestaciones (71). La dualidad narrativa conseja-consejo del *Guzmán de Alfarache* es, en la opinión de Parker, un esquema en el que a la narración de la vida de un ladrón le preceden los comentarios espirituales y morales en los que esa vida criminal se desarrolla. Concluye el crítico que los comentarios del galeote-narrador—que tan nutridamente nos ofrece a la largo de su



fábula—son de naturaleza filosófico-moral y tienen como principal eje de discusión el funcionamiento de la ley, la justicia y la relación entre éstas y el individuo (78).

Es necesario matizar algunas de las aseveraciones de Parker para afianzar los argumentos de esta tesis. Para el crítico inglés, el argumento del *Guzmán de Alfarache* se resume como la historia de un joven que sale del ámbito familiar a buscar fortuna. El ambiente moral dentro de la familia del pícaro es “moralmente sórdido”, y, una vez en el mundo, Guzmanillo se acostumbra a hurtar hasta finalmente convertirse en un ladrón. Para Parker, Guzmán como delincuente, una vez transformado en personaje literario, representa al delincuente universal. Más aún, el conflicto moral, el camino ascendente del criminal dentro del gran teatro del mundo, no está mediado por los sucesos históricos. Para el crítico, la sátira de Alemán no se limita a su época y a su país. Concluye Parker que la maldad de la vida no se debe a la confluencia de las condiciones políticas, económicas o sociales. Consecuentemente, la maldad del ser humano no puede ser reformada desarraigando los males socio-políticos. El mal, para Parker, es algo inherente a la naturaleza humana; las instituciones cambian, los hombres son siempre los mismos (79). Por el contrario, esta tesis intenta demostrar que los eventos históricos tienen una injerencia fundamental en el pensamiento del autor sevillano, misma que se transmite a la creación de un personaje que, además de ser un criminal, reflexiona sobre las vicisitudes del individuo en el mundo.

La fortuna y la divina providencia han trazado claramente la andadura vital del pícaro sevillano. Desde el abandono del hogar familiar hasta la traición y abandono de su madre, los eventos sociales se engarzan con coherencia. Sin escapar a la acción de la providencia y al azar de la fortuna, la andadura del pícaro resulta de una verosimilitud pasmosa. Incluso el final es lógico, Guzmán necesariamente tiene que llegar al sitio desde donde no puede descender más. Al

final de la poética historia, Guzmán toca fondo, pero con un doble sentido narrativo y ético. El pícaro adulto, encadenado al banco de una galera, no puede caer más bajo. Esta inmovilidad le da la oportunidad de convertirse y enderezar su barca hacia el bien común. Desde las entrañas de la galera, inicia su redención, su acometida por lograr el perdón. Para que el personaje alcance ese encomiable objetivo, el autor sevillano se aprovecha de una ventaja doble. Por un lado, el galeote, a la espera del perdón real, dispone de suficiente tiempo libre como para ponerse a escribir la historia de su atormentada vida; por el otro lado, Guzmán es ya un hombre adulto que, según Michel Cavillac, ha sufrido el largo y doloroso paso por la vida y ha tenido que sortear innumerables vicisitudes hasta convertirse, por la gracia divina, en un hombre nuevo (140). Las lágrimas, los golpes, las persecuciones y el adulterio, todas las caídas a las que ha sometido fortuna a Guzmán, lo han llevado a erigirse en una posición de atalaya; solo una vez que ha llegado a lo más bajo, puede comenzar la escalada hasta lo más alto, al faro que sirve de guía a sus congéneres en los peligros que acechan en el mar de la vida. La galera es un símbolo doble. Por un lado, el del hombre que navega en el azaroso mundo; por otro, el de la sociedad que en tiempos aciagos se comporta como una nave a punto del naufragio.

Mateo Alemán logra conjuntar con maestría la labor de historiador y una inigualable pericia en el terreno de lo simbólico. La importancia que tiene el vínculo de los símbolos y tópicos literarios con el mundo material lo estudia Edmond Cros cuando analiza el pasaje de la amistad de la tierra en la segunda parte del *Guzmán*. Para Cros existe una ligadura que une la novela del galeote con un sinnúmero de tópicos literarios, para el crítico es evidente que los motivos de esos tópicos se relacionan con las preocupaciones materiales de la época. Cros deconstruye el tópico del “elogio de la fecundidad de la tierra” y demuestra que, cuando Mateo Alemán echa mano de esa metáfora, lo hace para hacer referencia a problemas específicos de la

realidad social española. Después de un minucioso rastreo del tópico de la verdadera amistad de la tierra en la tradición literaria, Cros analiza los campos léxico-semánticos en la recreación alemaniana del pasaje de la “verdadera amistad” (160-61). Cros demuestra que, a través del lenguaje figurativo, Mateo Alemán hace hincapié sobre la doble preocupación socio-económica que ocupa a los escritores políticos de la época: en una mano, el descenso de la densidad demográfica que llevaba, entre otras cosas, al abandono de las tierras cultivables, y en la otra, el desastre monetario que trajo consigo la abundancia de remesas de metales preciosos procedentes del Nuevo Mundo (*Literatura, ideología* 166).

Otro estudio en el que se resalta la maestría de Alemán en su manejo de los símbolos y las convenciones literarias es el propuesto por Benito Brancaforte en *Guzmán de Alfarache, ¿conversión o proceso de degradación?* Desde una muy personal perspectiva, el mito de Sísifo como modelo simbólico, narrativo y estructural del *Guzmán de Alfarache*. Según Brancaforte, no hay modelo que se adapte mejor a la estructura simbólica y narrativa de la confesión del galeote que la que sigue el patrón repetitivo ascenso-caída de Sísifo. Llega incluso a afirmar que la primera parte del *Guzmán* se corresponde con la fase ascendente, mientras que la segunda parte, cargada de sentimientos de venganza y desengaño, con la de la caída. Resalta el crítico la capacidad de Mateo Alemán de elaborar una obra que señala machaconamente la “inconstancia y mutabilidad de cualquier situación humana” producto de los designios de fuerzas abarcadoras, como la fortuna (3). Brancaforte descubre en el *Guzmán* una estructura circular, de constante movimiento caótico, ascendente y descendente que homologa con el movimiento del personaje mítico (6). Para nosotros la fortuna encarna mejor el patrón de inconstancia, de circularidad, que Brancaforte le otorga al mito de Sísifo. Para el crítico la fortuna no es más que una muestra de “el retorcimiento mental del autor del *Guzmán*” (19), para nosotros representa uno de los muchos

tópicos literarios cuyos motivos tienen estrecha relación con la realidad social e intelectual y que además, funcionan de manera más clara como motor argumental de la novela.

Ya sea encarnada en una diosa, o en la forma más terrenal de una mujer, la fortuna actúa circularmente, como una rueda que transforma el destino de los hombres. Esta estructura circular está muy bien ilustrada en el *Laberinto de fortuna*. Ahí, Juan de Mena la caracteriza como implacable, voluntariosa, mudable, inexorable, pero rigurosa (IX, vv. 65-70). La fortuna obedece leyes estrictas, más aún desordenadas. La alegoría construida alrededor del tema de la mudanza fortuna— recurrente en la tradición clásica—lo inserta acertadamente Juan de Mena en la prédica moral y especialmente como instrumento de crítica/alabanza al reinado de Juan II de Castilla.

Encontramos una enorme coincidencia entre el desasosiego de Guzmán cuando sale al mundo y presencia el desorden social y la manera en que el narrador del *Laberinto* se enfrenta con la incertidumbre existencial. Así, en un momento de azoro, la divina providencia lleva a Nuño en un viaje alegórico a contemplar, en medio del desierto, la constitución estamental de la sociedad. El poeta describe desasosegado una masa enorme de gente dividida entre clérigos y seglares (XIV, vv. 110-13). Sin embargo, al lado de la multitud se alza un muro que separa a la masa definida del resto de la población. Se representa así la concepción de la sociedad: dos estados privilegiados que conviven, separados por un muro simbólico, con el tercer estado. Ante esta confusión el poeta queda desvalido, tiene entonces que llegar la divina providencia a salvarlo (como lo hará también con Guzmán). Es en la casa de la fortuna donde se devela el misterio. Si la divina providencia tiene la última palabra en el destino de los hombres, es la

fortuna la que decide el resultado cuando el hombre emprende una acción con un fin determinado.<sup>7</sup>

En la casa de la fortuna al poeta se le muestra la máquina de la vida (XXXII, v. 255). En la habitación central funciona un ingenio de tres enormes ruedas: dos inmóviles y una en movimiento. Representan, las primeras, el tiempo pasado y por venir; la que gira, el momento presente. De ahí que los hombres que debajo de ella se encuentran estén sujetos a sus cíclicos designios. La rueda del presente es la única discernible para el hombre y está en manos de la fortuna. El futuro, aunque incierto, queda condicionado por las buenas acciones, por la virtud acrecentada que se convertirá, al final del viaje, en fama (LVIII, vv. 457-64).

La alegoría del *Laberinto* nos deja claro que la divina providencia está a cargo del destino general de la existencia humana; todo lo que pasa al hombre, en la tierra y después, está en manos de ella: “non vengo a la tu presencia / de nuevo, mas antes soy en todas partes / . . . / las cosas presentes ordeno en esencia, / y las por venir dispongo a mi guisa” (XXIII, vv. 177-82). Por otro lado, de manera más inmediata, más terrenal, la fortuna es la encargada de tornar el destino de los hombres. La analogía estructural que presenta el *Laberinto* con el *Guzmán de Alfarache* no puede resultar más transparente. Si bien fortuna ha tratado mal al pícaro desde que salió de su casa en Sevilla—incluso que se ha ensañado con él—el destino final que la divina providencia le tiene deparado al galeote es encomiable. Una vez en la galera, abandonada la vida de pecado, logra Guzmán salvar una de las galeras de la armada real cuando denuncia a un grupo de amotinados liderados por Soto, otro famoso ladrón. Guzmán se convierte en un héroe si

---

<sup>7</sup> Sebastián de Covarrubias define la fortuna como: lo que sucede a caso, aquello acaecido sin que pueda ser prevenido (f. 412).

los gobernantes. En España, durante en ese periodo histórico, salvar una galera representaba salvaguardar la propiedad y los objetivos del rey y de la república.

No es mi intención trasladar directamente el mecanismo argumental del libro de Juan de Mena al de Mateo Alemán, en esta tesis, intento demostrar que la rueda de la fortuna es un tópico presente durante siglos en la tradición literaria hispánica, continúa presente al momento en que el sevillano compone su libro, y resulta instrumental en crear el núcleo argumental que mueve a Guzmán. Por no ir más lejos, recordemos el papel sustancial que juega la fortuna en el antecedente literario más conocido del *Guzmán*: el *Lazarillo de Tormes*. Al inicio del *Lazarillo* se desvela el motivo de la carta: el relato de su caso. La palabra caso se ha malinterpretado por la crítica generación tras generación. Se trata aquí del sentido más aceptado en la época; el caso tiene que ver con la manera en que fortuna se ocupa de Lázaro. Fortuna, recordemos, es la fuente de causalidad accidental para cuando el hombre emprende algo con una finalidad y propósito. Las palabras de Lázaro son muy claras con respecto a los hombres que han heredado nobles estados, los privilegiados no tienen gran cosa que agradecer a la fortuna; pero al contrario, grande reconocimiento hay que hacer a los que teniéndola en contra, a fuerza de sufrimientos y astucia, han logrado llegar a buen puerto (11).

Los infortunios de Lázaro comienzan una vez que llega el ciego al mesón. Fortuna echa a andar su rueda con tal de mudar los estados del huérfano. Su madre no lo vende ni lo regala al ciego, sino que alega encomendarle su cuidado y educación. En este acto contra la institución familiar, encontramos un paralelo irónico a lo que les sucede a los niños del del *Diálogo de los pajes* de Diego de Herosilla. Al contrario de lo que sucede con los pajes palaciegos, que quedan a buen recaudo en la corte, Lázaro va a ser abandonado a los deseos de la fortuna. El hilo argumental del *Lazarillo*, anticipando al del *Guzmán*, consiste en que, siguiendo los arbitrios de

Fortuna, los dos jóvenes transitan por numerosos estados. El de Tormes será mozo de ciego, ayudante de clérigo, mozo de hidalgo, acompañante de fraile mercedario, aprendiz de buldero y finalmente, pregonero. No es sino hasta el final, cuando dice que ha llegado a la cumbre de toda buena fortuna (135). Las motivaciones de Lázaro nunca tuvieron un destino bien definido, es accidental todo lo que le pasas desde que sale con el ciego. Su propósito por sobrevivir tiene entonces, y de causa accidental, un buen fin; ha llegado, como él lo señala, al mejor puerto posible. Después de un recorrido en el que la inestabilidad ha sido una constante, Lázaro alcanza, aunque sea de manera oscura, a consolidarse en el estado del matrimonio. De ahí la insistencia en defenderse, de alejar de su hogar los rumores malintencionados.

Nuevamente, una comparación salta a la vista en una de las anécdotas del *Diálogo de los pajes*. Uno de los motivos que más divierte a los personajes es el de los engaños con la comida. Medardo cuenta el embuste del que es víctima un paje cuando, a la hora de comer, le sirven una tortilla de huevos aderezada con miel, y que al escondérsela en la gorra, se le comienza a escurrir por el rostro, quedando así delatado ante sus acusadores. Esta anécdota, que suena tan familiar, se origina en el descuido de los amos por proveer de alimentos a sus protegidos; ya que los señores son los encargados de alimentar, vestir y calzar a sus pajes. Sin embargo, antes de llegar a la corte, los padres deben hacerse responsables de vestir y alimentar a los niños (16). La comida, en el caso de los pícaros, es una constante carencia. Guzmán se enfrenta al hambre nomás salir de Sevilla, y es una tortilla adulterara lo primero que le dan de comer. Tiene mala fortuna cuando tiene el propósito de salir por primera vez y ver el mundo. El hambre se transforma en un deseo no satisfecho y el personaje tiene que procurar satisfacerlo. Se crea así el esquema que describe Robert ter Horst en torno al deseo, y la fortuna es la que se ha encargado de echar a andar la maquinaria.

El *Diálogo de los pajes* se considera por algunos críticos como una fuente del *Guzmán de Alfarache* (Johnson, "Mateo Alemán y sus fuentes" 360). A pesar de que Herosilla no alcanza los vuelos estilísticos y filosóficos de la novela del sevillano, las reflexiones sobre la fortuna y su incidencia en el estado de los hombres nos remiten al libro de Alemán. Para Herosilla está muy claro: los infantes que entran como pajes tienen el objetivo de servir a su señor; ni el chismorreó, ni la pereza ni el desorden son atributos de un buen paje. Por su lado, el señor está obligado a proporcionar la comida, pero los niños tienen que mostrar mesura; tienen que demostrar que sus padres se han ocupado de educarlos correctamente. Pero el punto central viene cuando se habla del medro. A ningún paje se le da el medrar; no es el medro la finalidad que debe perseguir el paje, ni el señor debe esperar que sus pajes medren (22-23).

Hay una diferencia esencial entre los pajes, sirvientes de un gran señor, y los pícaros que sirven a muchos amos. El ser aceptado como paje de un gran señor honra a los padres del muchacho. Si atendemos al argumento del *Diálogo*, notaremos inmediatamente que los padres de los pajes muestran un extraordinario interés porque sus hijos pasen a servir al gran señor. En el caso de los pícaros (me refiero, por lo pronto, al caso de Lázaro y Guzmán), el vínculo familiar queda roto de manera violenta y definitiva; los progenitores dejan de ocuparse de ellos una vez se alejan del hogar. En el aspecto familiar, en el *Guzmán de Alfarache* sucede lo contrario. La madre del pícaro, no obstante ser su cómplice, lo deja solo cuando la justicia lo apresa. Estos hechos no solo marcan el destino final de Guzmán, sino que señalan el cambio de sentido entre la literatura cortesana de Herosilla y esta nueva forma de literatura ficcional.

Durante la Edad Media y los Siglos de Oro, la importancia de la familia como elemento coercitivo entre individuo y sociedad es primordial. El *Diccionario de derecho canónico* define *estado* como el conjunto de lazos que une al individuo con el mundo. El primero, y por lo



consiguiente más importante, son los lazos familiares. Un individuo no tiene estado si no pertenece a una familia, si no es hijo de alguien. Por el lado canónico, el estado de las personas se fundamenta a través de los sacramentos: el bautismo y el matrimonio, pasando así a obtener el hombre un lugar dentro de la iglesia. Para la iglesia se establece una diferencia constitutiva entre los laicos y los clérigos, mientras que para el derecho civil la relación familiar es el fundamento del estado: el nacimiento, el reconocimiento de los hijos por sus padres, el matrimonio, el divorcio y la defunción. Es evidente que a lo largo de su vida el pícaro adolece de la falta de vínculos familiares; esta carencia se convierte en un constante problema para permanecer estable en un estado. El origen de la indefinición de la categoría humana, o *estado*, de Guzmán se encuentra en el desequilibrio estamental de sus progenitores. La abuela materna es el origen de todo mal. Antes de aventurarse por el mundo, de abandonar su tierra y su familia—los dos constituyentes más importantes del estado—Guzmán recuerda a su abuela. Si su madre engatusó a dos hombres, la abuela lo hizo con dos docenas. Si la madre de Guzmán chantajeaba con la paternidad a dos varones, la abuela lo había hecho con cien. Nunca a la madre de la madre del pícaro le faltó el dinero gracias a sus saberes (26); una maestría en el arte del engaño que nos recuerda a Celestina. El parentesco con la famosa tercerona no tiene ninguna connotación positiva.

Si recordamos otro libro de la tradición misógina hispánica, el *Corbacho*, también encontramos muy pronto que el concepto de estado está asociado a la familia y más específicamente a la institución del matrimonio. El matrimonio es el estado que se legitima por ambos estamentos: el civil y el religioso. El amor lujurioso, el fornicio indistinto e indiscriminado que condena Alfonso Martínez de Toledo es perjudicial porque atenta contra las leyes divinas que ordenan el matrimonio. Dios mismo ha establecido que el amor fuera del

matrimonio sea pecado. Si lo hubiese querido de otra manera, Dios no hubiera creado el estado del matrimonio tal como lo hizo (47-48). Muy temprano acomete Martínez de Toledo contra los hombres que se empeñan en cumplir los deseos de las mujeres, “dexando amor de padre y madre”. El tomo de reprimenda en el Corbacho no es muy distinto del que emplea el galeote sevillano, especialmente cuando se trata de la caída del hombre en el pecado: “Corre por do quisieras, fasta que caigas donde no te levantes; que los curiosos e fervientes amadores siempre corren a rienda suelta e por ende, de ligero caen en tierra” (55). La lujuria desmedida trae consigo la caída del hombre en la pobreza, el menoscabo de sus estados (56). La diatriba en contra de las mujeres que goza de una amplia popularidad en la tradición literaria medieval tiene como trasfondo la trasgresión del estado del matrimonio, y la consecuente ruptura de los lazos familiares.

De lo anterior se deriva que se resalte el mal funcionamiento de las leyes familiares de Guzmán. No por casualidad, cuando se apresura por contarle su historia al lector, el “primer principio” está relacionado con la historia de sus progenitores, y más específicamente con la de su padre (105). Este se casó dos veces, ambas con desastrosos resultados. La primera vez, lo hizo de mala manera con una musulmana, para luego, cuando sintió nostalgia de Sevilla y sus crímenes financieros fueron olvidados, abandonarla. La relación con la madre de Guzmán empieza con un claro acto de adulterio; solamente se casa con ella cuando enviuda de su primer esposo. En ninguno de los dos casos el estado del matrimonio se consolida. Además el narrador describe a su padre como afeminado, corrupto, levantisco; es decir comerciante sin escrúpulos y deshonesto (111). De ahí que su poca ética comercial, que debiera ser castigada por la ley, salga siempre ilesa, gracias a las relaciones ilícitas y de corrupción que mantiene con el aparato

judicial. Por si fuera poco, el padre del pícaro también se pasa de una religión a otra, para terminar como apostata en ambas.

Este movimiento constante y caótico del individuo que lucha por hacerse un lugar en el sistema de las relaciones humana—léase *estado*—ocasiona en el personaje-narrador una creciente sensación de pérdida. Guzmán se enfrenta, desde el inicio de su relato, a la orfandad y a la pobreza. Esta desvinculación familiar lo convierte desde muy temprano en un “muchacho prematuramente solo en el mundo, es decir, sin socialización” (Guillén 67). Guzmanillo, por designio de la fortuna, experimenta desde muy temprano una existencia solitaria. La misión del pícaro sevillano se entiende como la lucha por llenar un vacío, la epopeya por satisfacer un deseo de socialización. Ter horst ha señalado muy acertadamente que el eje sobre el que se desarrolla la historia del galeote sevillano es el deseo. El desarrollo del tema del deseo negativo, al que alude ter Horst, sucede a manera de una amplificación del tema del hambre que tanto se repite en el *Lazarillo de Tormes*. El hambre es el primer deseo que tiene que satisfacer Guzmán. Si bien el hambre termina por ser saciada, se crean entonces una serie de deseos que a lo largo de la novela se intentan satisfacer. A esta oposición deseo /anti-deseo la considera ter Horst la clave narrativa del *Guzmán de Alfarache* (52-53). Este constante ir y venir entre el descubrimiento de una carencia y la necesidad de llenar ese vacío es la consecuencia de una falta de apego a cualquier categoría humana, la indefinición del estado del pícaro. El deseo, como eje de la fábula alemaniana, también alcanza a los personajes de las novelas intercaladas. Por ejemplo, Ozmín y Daraja no son moros, sino moriscos, y aun dentro de esta categoría intermedia, pierden o transforman no solo sus identidades, sino sus categorías dentro de la sociedad. Recordemos que Ozmín deja de ser el noble educado que es para transformarse en un diestro albañil y después en un osado cortesano (53).

Sin embargo, en la última historia intercalada en la primera parte del *Guzmán de Alfarache*: la historia de Dorado y Clorinia, la ambigüedad estamental se manifiesta evidente. Los dos enamorados son nobles, agraciados y ambos gozan de una buena salud socio-económica. Sin embargo, se presenta un problema con la categorización estamental. El dilema de los enamorados lo acarrea el hecho de no poder rebasar la soltería para formar parte del estado del matrimonio. Los obstáculos en su camino les impiden consolidarse en el matrimonio, el estado considerado en la sociedad del Siglo de Oro como uno de los más importantes. Este conflicto lo nota acertadamente ter Horst y afirma que el tono predominante dentro del relato de Dorido y Clorinia es de un marcada clandestinidad, como si de dos fugitivos se tratase (59)

La serie de conflictos graves en el ámbito de la familia se convierte, a lo largo del *Guzmán de Alfarache*, en una aguda reflexión sobre la falta de compromiso social. El narrador está atento ante el desinterés que el individuo muestra para con sus oficios; el pícaro va relatando el sistemático desacato de reglas y principios en toda la esfera de humana actividad. Pensemos en lo que el joven pícaro afirma sobre el comportamiento de mercaderes y venteros. Guzmán sale de la venta con la intención de embaucar a la esposa del mesonero y venderle de nuevo el vaso de plata que supuestamente han perdido durante una épica borrachera. El pícaro reflexiona y dice para sus adentros: “Dispensero, cocinero, botiller, veedor y los más oficiales, todos hurtaban y decían venirles de derecho, con tanta publicidad y desvergüenza como si lo tuvieran por ejecutoria (289). La última palabra resulta clave, ya que las ejecutorias eran leyes aprobadas para regir y modificar las actividades y actitudes de todos estamentos en la sociedad. En este caso, todos los artesanos y mercaderes actúan de manera totalmente ajena a lo estipulado por las condiciones estamentales. En el espacio social representado en el *Guzmán de Alfarache*, los mercaderes y artesanos actúan como siguiendo una ley inversa, una que les manda ser

deshonestos y tramposos. Los miembros del tercer estado actúan de manera como si se tratara de la creación de un proceso de crear un “estado” perteneciente a los delincuentes, un nuevo estado de los pícaros, entre los que ahora mismo se educa y aprende el joven Guzmán.

Este proceso de aprendizaje de una legislación alternativa, marginal, incluso criminal, se repite cuando Guzmán pasa a formar parte de la cofradía de los falsos mendigos. Una vez en Roma, cuando ya no tiene otra manera de ganarse la vida, Guzmán es aleccionado por uno de los más famosos mendigos falsos de la Ciudad eterna:

Era diestrísimo en todo. Lo primero que hizo, como si fuera protopobre, examino mi vida, sabiendo de dónde era, cómo me llamaba, cuándo y a qué había venido. Díjome las obligaciones que los pobres tienen a guardarse el decoro, darse avisos, ayudarse, aunarse como hermanos de mesta, advirtiéndome de secretos curiosos y primores que no sabía.

(365)

Durante su tiempo libre, después de la labor diaria, Guzmán se pone a reflexionar sobre el peso que van adquiriendo los embustes, los fraudes y los hurtos en la conformación de su estado. Cuando va al mercado a vender lo que otros mesoneros han robado, lo sorprende la deshonestidad general y expresa: “¡Mirad qué derechos tan tuertos y qué provechos tan dañosos, para no sacarse cada día facultades, empeñarse los estados y vender los vasallos!”. Para el joven sevillano, el rey es la única entidad que actúa en consecuencia y apeo a su estado: “el rey no duerme ni descansa con el reposo del ganapán ni come con el descuido que el oficial. . . . Más le inquieta cómo tiene de proveer sus armadas” (294). En el universo narrativo del *Guzmán*, ni el pobre, por querer ser rico; ni el rico, por querer ser más poderoso, se ciñen a las reglas de la política estamental que les permita permanecer y desempeñarse de acuerdo a sus propios estados; el único comprometido permanentemente con el destino del reino es el monarca. Este grave

desequilibrio entre los distintos estados, en todos sus niveles, es una continua preocupación del joven Guzmán, justamente en la etapa en la que se educa.

El mismo Guzmán llega a la conclusión de que “la locura y el desvanecimiento” son las razones del desajuste social, de la falta de compromiso de cualquier persona con las líneas de conducta y política que su estado requiere, tenga el individuo el oficio que tenga (294). El ser testigo de este espectáculo social es parte de la educación sentimental y política del pícaro. Una vez en medio de todo este caos social, no le queda otra que aceptar que, de tanto andar entre lobos, se ha transformado en uno de ellos.

El siguiente blanco para los agudos dardos del narrador es el ocio. En una situación de desvinculación social, de falta de compromiso con todo aquello que permite al individuo asentarse en su estado, no le queda más remedio a Guzmanillo que el acercarse a la delincuencia y la vida regalada, encaminarse firmemente hacia el estado del pícaro. Mateo Alemán utiliza el esquema retórico propio de los *exempla* medievales y de las silvas (al modo de la de Pedro Mexía) para ilustrar las desavenencias de su personaje. En la fábula alemaniana, se expone un principio moral y a este le sigue un ejemplo para terminar con la narración de la propia vida del pícaro. Siguiendo esta línea, después de haber moralizado sobre los peligros de la ociosidad, Guzmán nos confiesa que él mismo no tuvo otra opción más que seguir los ejemplos de los ladrones que lo rodean: “desde aquel día se me puso en la cabeza que tan malos principios era imposible tener buenos fines ni podía ya sucederme cosa buena” (182). No está de más resaltar otra vez que la atmósfera de desconcierto, la indefinición existencial del joven Guzmán, comienza al momento de abandonar la vida familiar. El derrumbe de sus vínculos con el estamento familiar son el punto de partida de su andar por el mundo; un mundo, que resulta lo mismo desconocido y hostil. Estas aventuras, al sucederse, conformarán al final el estado del

pícaro, que no es otro más que el de galeote, el del condenado a remar de por vida en galeras que, habiendo deshecho la conjura de los amotinados, espera el documento de la corona que le otorgue el perdón y la libertad.

El primer lugar donde el pícaro experimenta los sinsabores del mundo es en la venta. Lugar infame por antonomasia, la venta es el escenario del primer enfrentamiento traumático de Guzmán con el mundo, donde se da cuenta de que ha abandonado el hogar y que nada volverá a ser igual: “no era como el de los otros huevos que solía comer en casa de mi madre; mas dejé pasar aquel pensamiento con el hambre y cansancio” (151). El episodio de los huevos empollados ha sido comparado aquel en el que al golpe que recibe Lázaro en el toro de Salamanca, y que va a marcar su entrada en el mundo. La entrada al mundo se entiende como un desengaño, al contrario de lo recomendado en los libros de estado donde se enfatiza la importancia de la educación y el buen cuidado de los niños, en las obras de la picaresca se evidencia la falta dichos cuidados y educación en los jóvenes Lázaro y Guzmán.

El propósito aleccionador que resaltó Moreno Báez como parte constitutiva del *Guzmán*, es compartido con las silvas y misceláneas, tan populares en la época. Según Rico, Mateo Alemán, lo mismo que Francisco de Quevedo o Lope de Vega, era un asiduo lector de diccionarios enciclopédicos al modo de la *Polyanthea* del italiano Nanno Mirabello, y muy especialmente de las Silvas, como la de Pero Mexía (*Introducción* 17; *La novela* 62). En esta literatura es muy abundante el tema de la importancia de educar a los infantes. En una muy bien lograda alegoría, Antonio de Torquemada habla en su *Jardín de flores curiosas*, de los hombres marinos, los famosos mariños; aquellos gallegos que se dicen descendientes de Tritón (174-75). Esto resulta una exageración para los dialogantes; les parece más producto de la invención que resultado de la creación natural. Se niegan los tertulianos a dar crédito a que la naturaleza haya

dado licencia para que semejantes aberraciones se hayan producido. La causa principal de estas desviaciones tiene su origen en el concepto de estado. Según los dialogantes, no es posible que tales criaturas tengan cabida dentro del orden natural, ya que no descienden de Adán, como todos los demás humanos (178).

Así, como ya hemos visto, en la relación familiar es donde se basan las reglas de pertenencia a la sociedad. Y por extensión, el concepto de lo curioso, o maravilloso, abarca a todo aquello que se ha desviado de las reglas de la naturaleza: las mujeres que se convierten en hombre, los minotauros, las sirenas, etc. Lo cual nos lleva a pensar que se reflexiona, por lo menos en la ficción, en la inestabilidad de los estados naturales. Todo aquello que no pertenece al buen orden natural, o es inventado, o es una anomalía. Por lo consiguiente estamos obligados a enlazar el pensamiento del orden de la naturaleza con el de la sociedad; los hombres del siglo XVI y XVII tenían una concepción antropomórfica de la sociedad. Es posible inferir entonces que una anomalía en el campo de los estados humanos, o sea, un individuo que se rehúsa a permanecer fiel a su categoría social (matrimonio, familia, oficio, gobierno), no puede más que constituir un especie de monstruo social: un pícaro.

En otra miscelánea, que Antonio de Torquemada toma como autoridad, la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía, se retoma el tema de la fortuna. Los personajes que dialogan elaboran una definición del término por medio de acumulación, creando una especie de campo semántico mencionan la dicha, el hado, la desdicha, el infortunio y la desventura. Pero no se conforman y quieren una definición más precisa, más clara. Acuden a la autoridad de los clásicos y conversan sobre lo que los antiguos griegos y romanos han dicho sobre ella; comparan la definición clásica con la teológica, con la de la divina providencia. Recuerdan que para los gentiles la fortuna tiene cuerpo de mujer, o de diosa con los ojos vendados. Y establecen una diferencia. Por un lado está



la concepción de fortuna como la entidad que regía los sucesos y acontecimientos humanos, buenos o malos, y por otro, la divina providencia:

Todas las cosas que pasan y se hacen en el mundo, en la tierra y en el cielo y infierno y do quiera que sean, todas provienen y manan de la providencia y sumo saber de Dios. No ay fortuna ni acaecimiento; todo tiene causa y orden admirable, Y, aunque unas veces no las entendamos ni conozcamos los hombres, unas cosas causan a otras, que no vienen acaso. (1: 797)

Si en el *Lazarillo* se reconoce la intención y el esfuerzo humano por mejorar de estado, reconociendo más a los que han tenido que vencer adversa fortuna que a aquellos que han nacido privilegiados; en el la silva de Mexía se recalca la licencia que tiene el hombre, venga de donde venga, de llegar a la grandeza y al reconocimiento, mientras no se aparte del camino del trabajo duro y la virtud, porque “aun viniendo de muy bajos orígenes, aquellos que han alcanzado un alto estado, hay otros que estando en lo más alto han caído” y no deja de reconocer que los hombres ignorantes lo achacan mentirosamente a la fortuna (1: 790). En el *Guzmán de Alfarache* la fortuna también tiene su dominio, pero le otorga al hombre la capacidad de reflexión, de tomar aunque sea momentáneamente, las riendas de sus acciones

Vi claramente cómo la contraria fortuna hace a los hombres prudentes, en aquel punto me pareció habar sentido una nueva luz, que, como en claro espejo me representó lo pasado, presente y venidero. (248)

Si Mateo Alemán decide simbolizar con la galera las vicisitudes de la vida humana, no lo hace en el vacío, no es el único entre sus contemporáneos que ha considerado el mar como una representación de la vida terrenal y sus vicisitudes. Otro símbolo con el que los antiguos representaban a la fortuna, recuerdan los tertulianos del diálogo de Mexía, es una embarcación

luchando en medio del mar; por ser el océano un lugar inseguro y peligroso (1: 335). Siguiendo la autoridad de Aristóteles refinan más la definición de fortuna, llegando a un punto muy importante: el propósito. La fortuna es causa accidental, diferente de las naturales y esenciales, que tiene arbitrio solo en aquellas cosas que se han planeado con el fin de alcanzar un propósito, o para que tengan un efecto (1: 339). Al final de su coloquio terminan por definir que las acciones en las que fortuna tiene dominio necesariamente tiene que haber intervenido el entendimiento. Esta distinción las diferencia de las realizadas por los animales. La fortuna sólo tiene dominio en las cosas de los hombres (1: 340).

El mismo pícaro mantiene durante periodos de tiempo la intención de ser bueno, de alejarse del pecado y el vicio. Durante su aprendizaje con el ventero (que ser ayudante de ventero es mejor que serlo de ciego, he aquí otra correspondencia con la historia de Lázaro), todo marcha bien durante algún tiempo. Mientras Guzmán se mantiene ocupado todo sale bien y su afán por vagar por el mundo camino se detiene. Durante el proceso de aprendizaje del comercio la fortuna le pone una serie de trampas y embustes con los que se comienza a conformar su personalidad. Otro periodo en el que Guzmanillo mantiene la intención de ser bueno durante su estancia con el embajador. Guzmán se enamora de la criada de la amante del embajador mientras hace de alcahuete, pero la fortuna le tiene preparada una mala jugada que lo convierte en el hazmerreír de la ciudad. Avergonzado decide huir de Roma y la fama de Florencia lo invita a dirigir sus pasos hacia esa ciudad. En el camino conoce a un personaje que se revelará significativo. Sayavedra (homónimo del autor de la continuación apócrifa) se presenta como paisano de Guzmán y se gana su confianza para después robarle todo su equipaje (que es prácticamente todo lo que tiene). Los alguaciles logran capturar al ladrón y la justicia sentenciarlo.

No es sino hasta que fortuna lo convierte en el hazmerreir de Roma que abandona su propósito de mantenerse en un estado equilibrado y apacible. Cuando se despide del embajador, este le dedica, por primera vez, palabras amorosas, ante lo que Guzmán no “puede resistir sin rasarme con lágrimas en los ojos” (569). Aun cuando inicia su camino hacia Florencia, Guzmán mantiene la ilusión de alejarse de la mala vida: “Salí de Roma para ser hombre bueno, con determinación a ser hombre de bien” (598). Muy pronto fortuna pondrá una serie de obstáculos que podrán a prueba la templanza moral de Guzmanillo y echarán por tierra sus propósitos. En su camino del exilio, el pícaro encuentra al ladrón de todo lo que poseía. Sayavedra se muestra tan arrepentido que en medio de un abundante llanto se ofrece como su eterno sirviente. Guzmán, curiosamente, no siente la necesidad de vengarse, se olvida del rencor y perdona al condenado (587).

El episodio con Sayavedra marca un punto de inflexión en el recorrido de Guzmán. Es posible hacer un paralelo con el episodio en la primera parte cuando niño decide ver mundo y salir del hogar materno. Ahora el pícaro deja tras de sí el estado de la mocedad para convertirse en un adulto. Al mismo tiempo, el hilo argumental que han tejido la fortuna y la divina providencia lo acercan más a su destino en las entrañas de la galera. En este momento de su vida se da el lujo de reflexionar sobre la juventud perdida y del mucho perjuicio que esta lleva aparejada: “Terrible caudal son veinte años, no hay batalla tan sangrienta ni tan trabada escaramuza, como la que trae la mocedad consigo, pus ya, si trata de quererse apartar de vicio, terribles contrarios tiene” (599).

Mientras Guzmanillo se inventa una vida cortesana, ideal, como la descrita en los libros de avisos de cortesanos, Sayavedra se sincera y le cuenta que por su parte (y la de su hermano Juan Martí) creció consentido y descuidado:

Fuemos dos hermanos ye entrambos desgraciados, ya fuese porque de niños quedamos consentidos, ya porque, dejándonos llevar de los impulsos de nuestro apetito, sin hacerles la debida resistencia, consentimos en esta tentación, que mejor diría dimos en esta flaqueza, no creyendo los daños venideros. (632)

El argumento de la vida de Sayavedra y su hermano es idéntico al del propio Guzmán. Los tres personajes han crecido sin el control familiar, se han educado en la desmesura y una vez traspasado el umbral del estado de la inocencia, se han decidido a buscar aventuras en el mundo. Los “renegados del padre” se deslindan así del vínculo familiar y encuentran en la delincuencia el primer paso de su marginalidad. Se remarca aquí que la juventud es el periodo en sus vidas donde la corrupción se hace patente. Ya no necesitan los pícaros de un maestro en las malas artes, en el fingimiento de la mendicidad, en los embustes de la corte. Ahora Guzmán, lo mismo que Sayavedra, están solos contra el mundo y la fortuna es la única que dirige sus movimientos. Los dos roban porque son conscientes de que es lo que tienen que hacer para sobrevivir y su arrepentimiento no dura mucho tiempo.

La vejez, aquél último estado de la vida, descrito por Pedro de Castro en su *Consuelo de la vejez* (1539), y la cumbre de toda miseria del galeote sevillano comparten el uso simbólico que pasamos a estudiar. El cúmulo de sufrimientos y malestares que enumera Castro como característico de la vejez—del todo desfigurado veis me torcido, flaco, trémulo, sordo, impotente, desabrido, ciego y miserable viejo y hecho un mar de dolores”—se puede muy bien equiparar al estado de condenado de Guzmán. La galera es aquel lugar, escondido y oscuro, muy parecido al que Castro en su prólogo aconseja enviar a los viejos. Después de los sesenta, señala, no hay mejor consuelo que apartarse del mundo, confinarse para poder mejor llevar los sufrimientos y penalidades que trae consigo la vejez. Y continúa diciendo que la vejez no es un

estado al que no todo mundo desea llegar; de ahí su recomendación por una pronta muerte, sin importar el medio por el que se consiga. Sin embargo, y aquí hay que señalar la similitud con la narración del galeote sevillano, se privilegia la situación de atalaya inherente al estado de la vejez. Desde su lugar se puede contemplar el pasado, “levantar acta de sus pasadas trapacerías” y, como ha notado Rico, la novela queda dividida en dos partes bien delimitadas: la de acción y aquella en la que el “sesudo y penitente” galeote reflexiona y moraliza todas las hazañas, desventuras y sinsabores de su vida (*La novela* 70).

Este intento por entender el *Guzmán de Alfarache* a la luz de su relación con los libros de “estado” cobra sentido si tomamos en cuenta la naturaleza confesional de ambos. Recordemos que Albano, en el libro del estado de la vejez, pretende aliviar sus penas a través de la confesión; llega muy triste a casa de su amigo, lugar donde Briciano le aconseja que acepte con serenidad y felizmente su vejez: “porque pensado tenía que, con llorar entrambos nuestras penas y trabajos, hoy recibiera algún descanso. Pero veos tan alegre y con tanto sereno rostro reiros a mis quejas, que así parece las desdeñas, como si estuvieras ahora en lo más apacible y sabroso de la edades” (I, B, f. 3v).

En la segunda parte del *Guzmán de Alfarache*, aparece constantemente la metáfora de la vida como peregrinaje: “y es que determinado estoy de seguir la senda que me pareciere atinar mejor a el puerto de mi deseo, y lugar adonde voy caminando. Y tú, discreto huésped que me aguardas, pues tienes tan clara noticia de las miserias que padece quien como yo va peregrinando” (490). Hay, entre el *Guzmán* y la obra de Castro, un paralelo cuando Briciano le pregunta a su amigo el porqué de las quejas; “¿Qué no se camina para llegar a un destino?”, para inmediatamente recordarle la finalidad de aquel camino: “loco me parece a mí aquel que acabado

un gran trabajo querría otra vez tomar al principio del, pues no ay cosa más agradable a los cansados que topar el fin y el cabo de sus trabajos” (II, B, f.1v).

Recordemos que al escribir la historia de su propia vida, Guzmán goza de un periodo de calma muy similar al de la vejez descrita por Castro. Igual que lo hace Briciano desde su vejez, el galeote recuerda y reflexiona sobre su vida, sobre los sinsabores de la niñez y el desenfreno de la juventud; en otras palabras de las mudanzas a las que lo ha sometido la fortuna. Y no solo se encuentran los dos en un estado mental y físico de calma, sino que los dos realizan su retrospectiva desde un lugar del que no se puede ir más lejos. El galeote espera el perdón real y se sabe libre de las cadenas y el remo; solo entonces Guzmán se erige como la atalaya de los descarriados, de lo sin estado. Las funciones del galeote liberado y el anciano sosegado se vuelven solo una: aconsejar al lector a bien vivir, a regir su vida con política y mesura, a huir del ocio, a perseguir la virtud. Castro ha resaltado como esencial esta función aleccionadora del estado de la vejez, según él, es este un estado donde la más de las veces el “arrepentimiento y penitencia de los males pasados” llega a su punto final, donde aquellos cobran sentido y proporcionan descanso al alma en su camino hacia el final (B, f.2v).

Ese cobrar sentido, ese llegar al punto final de la vida, al lugar desde donde se puede contemplar el pasado y sus errores para enmendar el presente cumple una de las funciones sociales que tenía la literatura en los siglos XVI y XVII no es más que otra de las recreaciones del tópico del *prodesse et delectare*. Tanto Alemán como Castro escriben sus libros para cumplir con una determinada función social. El primero lo hace en el ámbito estrictamente moral, mientras Alemán, aunque aparentemente más enfocado en asuntos de reforma social, se encamina a satisfacer las exigencias de un nutrido público de lectores de libros de entretenimiento.

Tanto en el *Guzmán* como en el *Consuelo*, la justificación del narrador se encuentra en el proceso de asenso a la posición de atalaya. Carroll Johnson ha descrito este movimiento ascendente como el mecanismo por el cual, al convertirse al pícaro en narrador, no solo se posibilita la narración misma, sino también el mundo narrativo en su totalidad (*Inside* 10). El mundo guzmaniano y el de la vejez son posibles únicamente después de haber pasado por años de azarosa existencia. El pícaro solo puede erigirse en atalaya después de haber vivido una niñez dispersa, una juventud desaforada de ocio y vicios. Únicamente en la vejez se llega a ese estado desde el que es posible guiar y aconsejar a aquellos que, como Albano, se encuentran doliéndose de su situación, engañados y perdidos en el navegar de la vida. Ambos narradores están preocupados por los mismos motivos, no solo el desconcierto ante las mudanzas de la fortuna, que son inevitables, sino ante el sufrimiento estéril, que no les permite avanzar a nuevos horizontes. Briciano se duele de su compañero:

Angustiome ver que el mundo ansi os ha regalado y engañado y adormido, y que hasta aquí tan sin recelo passaste la vida, y tan desarmado y descuidado esperaste la fortuna y entrastes a esta batalla, y tan tarde ayays conocido su mudanza y a vos y a vuestra flaqueza que no ayays gustado sus trabajos. (I, f.3v)

Pero Guzmán se encuentra en la posición contraria, preparado para cualquier cosa que la fortuna disponga y curtido por todos los vientos. Así lo afirma cuando se despide del embajador, después del escándalo en el que su honor quedó otra vez en entredicho:

Prevenido estoy de paciencia y sufrimiento para cualquier grave daño que me venga. Enseñado estoy a sufrir con esfuerzo y esperar las mudanzas de fortuna. Porque siempre della sospeché lo peor y previne lo mejor, esperando lo que viniese. (549)

Conforme avanza la vida, Guzmán se percata de su inestabilidad estamentaria y de la acción del destino, que lo acerca cada vez más a la galera. La transformación del pícaro consiste en adquirir conciencia de las experiencias del pasado. Solo como adulto, el galeote se encuentra en posición de hacer un juicio de los actos a lo largo de su vida. Una vez más acepta que durante la infancia creció bajo la displicencia y el capricho, y así la juventud se torna el blanco de sus amargas palabras: no hay mozo que sea bueno, nada bueno se puede esperar de aquellos que transitan por la “puerta y principio del pecado” (532). En las lamentaciones de Albino, descubrimos una diatriba contra la juventud muy parecida a la del pícaro:

vale más un dia entero desta edad conque lloráis que un año entero de la otra por que gemís. Del mucho reír en a mocedad viene l mucho llorar en la vejez De la juventud píldora dorada, ponzoña encubierta, postema que a muchos matas. O cuantos dormidos con tus halagos, fiados en tus promesas, viciosos con tus regalos, sandios con tus locuras, cayeron eternamente en aquel cruel abismo do plega Dios no vayamos. (I,VI, f.4v)

En este tránsito narrativo de la niñez a la juventud se aprecia la naturaleza de la deuda de Mateo Alemán para con el autor de las confesiones; en el afán de ambos por construir el sujeto, tanto Guzmán como San Agustín, escriben para hacer de ellos mismos la materia ejemplar (Dunn 175).<sup>8</sup>

Respecto a esta ejemplaridad de la propia existencia, Carroll Johnson ha anotado de manera acertada que Guzmán intenta recrear en el texto, desde el presente, su desastrada vida (el

---

<sup>8</sup> Friedman aclara que, si bien en el *Lazarillo* hay una deuda para con San Agustín, es en el *Guzmán* donde se propone un esquema dual de arrepentimientos e instrucción moral enmarcado en una estructura mayor, de naturaleza autobiográfica ("The Picaresque as Autobiography" 122).



recuento de su nacimiento, niñez y juventud); es un galeote que espera, ya apartado y desde fuera, la oportunidad de reintegrarse al grupo social (11). La confesión comienza con la historia de sus progenitores, pero el énfasis cae en el primer estado, el de la niñez o estado de inocencia (Cavillac, *pícaros y mercaderes* 124); ya que desde aquí comienza el periplo de Guzmán por el mundo, su relación conflictiva con el universo. En ese estado se encuentran los determinantes del destino del hombre, si será bueno o malo; y así lo han dicho Torquemada, don Juan Manuel, Castro, Hermosilla y demás; estos escritores han descrito la niñez como el estadio crucial para la conformación de un individuo con miras a su inserción a la república.

Siguiendo cronología natural de la vida, es en la juventud donde cristalizan las carencias de la niñez. Tanto Guzmán como los personajes del diálogo de Castro han hecho su valoración de los defectos y sinsabores de la juventud, desde la distancia—ya sea la vejez, o el fondo de la galera—“La juventud es: frenesí y locura, despertador de pecadores, un ayo de descuidados” (Castro V, f.2).

Cuando el joven Guzmán camina hacia Florencia junto con Sayavedra, sumidos ambos en sus pensamientos sobre la condición humana expresa su preocupación por aquellos que circulan erráticamente, movidos por las circunstancias, entre un estado y otro: “no hay hombre tan hombre que por allí no tenga un resbaladero. Todos vivimos en carne y toda carne tiene flaqueza” (627-28). En las dos partes de la novela, aparecen personajes de una ambigüedad estamental tan evidente como la de Guzmán; a veces son comerciantes, en ocasiones mendigos falsos, a veces simplemente pobres y vagabundos; muchas veces son también ladrones o prófugos del hogar materno, como aquel otro joven que “con tan mala consideración como la mía, se iba de con sus padres a ver mundo” (317) con el que se encuentra el pícaro en su huida de Toledo. Para matar el aburrimiento del camino, Guzmán comienza a contarle su vida a su

compañero, y ahí establece de nuevo un detalle de su condición en el mundo, mediada como siempre, por los caprichos de la fortuna:

Soy un pobre mozo como tú, desamparado de su comodidad por las causas que bien sabes, y no con más ni mejor oficio del que has visto. Ya que no tengo que hacer vileza ni tener mal trato, a lo menos he de procurar honrosamente mi sustento, como lo debe hacer cualquier hombre de bien, sin dejarme caer punto del en que mis padres me dejaron y mi fortuna me puso” (628)

Hay, en esta ocasión en que Guzmán abandona abiertamente la sinceridad de su confesión. Empieza a inventar una historia para ocultar sus pobres orígenes, la pobreza y deshonestidad de sus padres, la mala reputación de la abuela. Con esta mentira pretende achacar sus malos hábitos a una única fuerza: su poca inclinación a la virtud:

Si el embajador mi señor me tuvo en su casa y le serví, fue por el amor que me tuvo desde niño y por la instancia que hizo con mis padres, cuyo conocimiento fue muy antiguo un tiempo que se conocieron en París, y así me pidió, diciéndoles que me quería hacer hombre. Mas ya que aquello me sucedió y de su casa salí, no pienso volver más a ella, si no fuere descansado y rico. (628)

Detrás de esta mentira se transparenta el estereotipo de la educación de los pajes cortesanos. Los padres de Guzmán no conocieron nunca al embajador en París, pero en la mente del narrador están los preceptos sobre el cuidado que los nobles dedican a sus hijos. Lo que en palabras del pícaro es una ilusión, es la norma en el *Diálogo de los pajes*. Hay una airada reflexión sobre el estado de los hombres cuando el pícaro arremete contra los falsos mendigos, los soldados que han perdido el valor y la ética y los comerciantes engañadores. Estas digresiones cobran sentido cuando rebasan el ámbito de la mudanza de estado y se centran en lo importante que resulta el

cuidado de aquellos en el estado de la infancia. A los niños se les tiene que educar y formar precisamente en esa etapa en la que son maleables.

La maleabilidad de los niños queda más que ejemplificada, en el *Guzmán de Alfarache*, cuando el pícaro cuenta la anécdota de Pantaleón y su hijo. En ese pasaje se aúnan la reflexión sobre el estado de los mendigos y la vulnerabilidad de la niñez. Pantaleón Castelleto es un comerciante genovés que, a fuerza de malos tratos y castigos corporales, deforma el cuerpo y el alma de su hijo. La intención del genovés Castelleto es que, una vez se haya convertido en adulto, su vástago logre convencer con su deformidad a los misericordiosos, y así, se gane la vida. Lo que hace el Pantalón con su hijo es, de nuevo, lo contrario de lo que los padres de los pajes hacen con sus hijos.

El argumento de la novela del galeote trae unida a sí la idea de inestabilidad. Guzmán nunca se detiene permanentemente, siempre avanza en sus aventuras, en su proceso de mudanza incesante de estados. Esta mudanza del mundo es el pretexto, el origen genético de los libros de estado, de los espejos de príncipes, de los avisos de privados y cortesanos. Porque la línea argumental más clara en *Labirinto de Corte* (1609) de Guilio Antonio Brancalasso es aconsejar y guiar a todos aquellos que contribuyen en los esfuerzos por conseguir “el gobierno supremo de todos los estados del rey” (*aviso al cristiano lector*). Hay en el libro de Mateo Alemán un espíritu de búsqueda de la identidad del individuo frente a la sociedad. Hay que puntualizar que esta responsabilidad individual tenía en el siglo XVI un componente social mucho más fuerte que en la actualidad. En primer lugar, como hemos señalado, con la familia, pero después con el monarca. La tradición dialoguista, representada en el *Consuelo de la vejez*, muestra una coincidencia en torno al tema de la definición del individuo ante la sociedad. Los diálogos como el de Castro encuentran en la retórica el medio por el cual exteriorizar las inquietudes del hombre

ante el mundo. Estos textos comparten con el *Guzmán de Alfarache* la muy difundida idea del libro como vehículo aleccionador. El propósito de la literatura de avisos coincidía en parte con el del *Guzmán* en querer hacer del lector un mejor súbdito del rey.

Otro autor preocupado por señalar las responsabilidades del individuo ante su grupo social es Antonio de Guevara. En su libro *Aviso de privados y doctrina de cortesanos*, advierte en el prólogo, a manera de fábula, que Julio César está errando el camino al hacer caso a los avisos de Cleopatra. Un hombre sensato, si es rey, no puede dejar de escuchar los avisos de los sabios para dejarse dirigir por una mujer (que no por lo que la razón le persuadía). Exaltando las virtudes de la amistad, describiendo al amigo como aquel que no solo está listo para ayudar cuando se le pide; sino que incluso va y ofrece su ayuda cuando no se le requiere, Guevara dictamina que ese género de amistad ha dejado de existir en el mundo. En el *Guzmán* las relaciones sociales se encuentran en un estado tal de descomposición que la amistad ha desaparecido; el pícaro siempre está solo y no confía en nadie. Las normas de la corte, según Guevara, establecen que los amigos tienen que el pan, el vino, la conversación, la ropa y los dineros (f.158r).

En el libro de Alemán, el galeote-narrador comparte, por lo menos en un plano ideal, el concepto de la amistad. Para él, ganar amigos es como sembrar en un terreno fértil, y conservar un amigo bien vale la pena arriesgar la vida (162). Guevara, maneja un concepto muy similar de la amistad, en el mismo pasaje en el que aconseja compartir el vino y el pan con el amigo aclara: a quantos peligros se han de poner los unos por los otros, porque no cumple el amigo con solamente del en los trabajos compadescer, sino que es obligado ir con él a morir” (f.158v )

Guzmán quedaría automáticamente descartado de aquello que se entiende como amigo, porque no solo no comparte el pan con nadie; al contrario, el primer enfrentamiento con el

mundo real le ha demostrado precisamente que la comida será lo primero que se le niegue. Aun menos será capaz el joven pícaro de compartir vestidos y dinero. El primer robo en Toledo lo obliga a comprar un vestido nuevo para no ser reconocido en su huida; la envidia hace que empiece a despilfarrar con tal de procurarse un mejor atuendo.

Es él mismo Guzmán, una vez en galeras, el único que puede desempeñar ese papel consigo mismo. Otra muestra del profundo desencanto del mundo. ¿A qué tipo de realismo pertenece entonces la obra de Mateo Alemán? Si no se puede dar una respuesta inmediata a esta cuestión se puede contestar con seguridad que el pícaro representa encarna no solo el anti-héroe sino también el anti cortesano. Sin medida en el comer, sin medida en los vicios y de un lado a otro sin amistad ni nadie que le reproche sus vicios, Guzmán se va construyendo hasta alcanzar el estado de perfecto marginal: el del sentenciado a galeras. Bien lo advierte en el final de su prólogo:

Las amistades de los mozos, comúnmente provienen de andar pareados en los vicios; y a estos tales muy mejor los podemos llamar vagabundos que no amigos verdaderos; porque no se puede llamar amistad la que es en perjuicio de la virtud. (f.158v)

Las advertencias de Guevara se dirigen a aquellos que están, en calidad de amigos, cerca de los gobernantes, para aconsejarles y ayudarles. Como el caso de Dionisio y el filósofo que se acerca a aconsejarle. Así ante la presencia de un comerciante que les ofrece los panales, Dionisio exalta las virtudes de las palabras de Crisipo, muy mayormente provechosas que todas las colmenas de miel:

Si a las historias antiguas queremos dar fe, hallaremos por verdad que los emperadores virtuosos y los reyes venturosos y los capitanes esforzados quando avian de ir a

conquistar a sus enemigos primero tomaban a un filosofo o elegían a un buen hombre con quien se aconsejar. (f.159v)

Las palabras del filósofo que aconseja al monarca tienen eco con aquellas palabras del pícaro con las que comenzamos nuestro estudio, en la que Guzmán recuerda la importancia de ser uno mismo usufructuario de la vida:

Que te mires y examines a ti mismo, y cuanto hallares que a los otros de tu imperio excedes en grandeza, trabajes mucho de los sobre pujar en nobleza, porque no es digno de mandar a muchos el que en las virtudes no sobrepasa a todos, los que en las cortes de los príncipes tiene preeminentes oficios deben animarse a ser virtuosos. (f. 159v)

Es, en general, un aviso contra los vicios de los malos gobernantes; aclara Guevara, no son las grandes batallas, no son las grandes riquezas lo que han hecho grande a los emperadores, sino sus virtudes, su temperancia, su alejamiento del vicio y su apego a los hombres sabios que les han aconsejado bien. Y todo esto se hace explícito en el pasaje de la educación de Alejandro.

Antonio de Guevara elabora una bella metáfora sobre la importancia de la educación del hombre durante la infancia. Enmarcado en el mundo clásico, reelabora el tema de la educación de los príncipes. El padre de Alejandro Magno está más que satisfecho de que su hijo haya nacido bajo el mismo cielo que el gran filósofo Aristóteles. Filippo se enorgullece de la posibilidad de que su hijo sea educado por el gran filósofo. El cuidado y la educación del niño es mucho más importante que toda la riqueza material que pueda heredársele. En esta metáfora se transparenta la preocupación, el gran aprecio de parte de los reyes para los hombres sabios, maestros de sus hijos. Nadie mejor que los sabios para aleccionar a los príncipes sobre los caminos para adquirir sabiduría, virtud; las herramientas más valiosas para los principios el buen gobierno.

El autor de los avisos, en el apuntamos una serie de coincidencias simbólicas con el *Guzmán*, escribió un libro posterior con el fin de dar consejos sobre la buena política del hombre en la mar. Este libro está hecho como contraparte del libro de los privados y cortesanos Antonio de Guevara considera, lo mismo que Alemán, al viaje marítimo como una metáfora de la vida. En esta travesía la tormenta es la juventud y la vejez representa el arribar a buen puerto.

Entre los filósofos Mimo, Polístor, Azuarcho y Pericles hubo muy variados pareceres sobre averiguar qué estado o condición de gente era en la cual la fortuna se mostraba más sospechosa y era menos creída (*Arte de marear* 291)

Lo que más llama la atención es de nuevo la galera aparezca como símbolo del peregrinaje humano. Así, en boca de uno de los filósofos se afirma que, igual que en el matrimonio, en el arte de la guerra y durante la navegación, no hay ocasiones en que la fortuna se pueda mostrar más caprichosa e insondable. Reitera que en la galera, donde se conjunta el arte de la guerra y el navegar, la ocasión donde no vale ni riqueza ni poder, donde la fortuna decide: “No son ni fortuna ni galera, cosas de las que fiarse” (297).

Después de hacer un recorrido por lo que los filósofos e historiadores han dicho sobre el origen y el desarrollo de las galeras, Guevara reflexiona sobre el sustento filosófico del arte de navegar. Encuentra el fraile una ruptura del orden natural en los hombres que encuentran su afán en adentrarse en la mar, esencialmente peligrosa. Y si se trata de prepararse para la travesía, especialmente si se tiene como destino la guerra, Guevara aconseja acercarse al capitán de la misma para congraciarse con él, hacerle regalos, tenerlo contento:

es saludable consejo que antes que el pasajero se vaya a embarcar vaya a visitar y hablar al capitán de la galera, y le diga muy buenas palabras, y aun le haga algunos comedimientos, es a saber: que si está en la galera, le envíe algún refresco, y si es salido a

tierra le convide o acompañe; porque los capitanes de galera, como desean viento, andan con viento, viven con viento, navegan con el viento, todavía se les apega algo del viento, y con esto quieren de los amigos ser honrados, de los enemigos ser temidos y de sus pasajeros servidos. (340)

Después de un lío de faldas Guzmanillo sale huyendo de Toledo. Una dama le ha esquilado su dinero y por el camino la noticia de que en Almagro está asentado un regimiento de soldados le alegra la vida, su congoja parece alejarse definitivamente. El regimiento de soldados espera el momento en que llegue la noticia de que las galeras están listas. Guzmán actúa como si conociera los preceptos que Antonio de Guevara establece para antes de embarcarse en galeras. Una vez ubicado el campamento, el pícaro se encamina a buscar al capitán: “compuse mis galas y, oída una misa, fui a visitar al capitán, diciéndole cómo venia en su busca para servirle. Recibiome con mucha cortesía, el rostro alegre” (336). Tanto hace el joven Guzmán por agradar al capitán que termina por perder todo el dinero que había logrado guardar. Cuando finalmente embarcan el pícaro está nuevamente en la ruina. No tardará mucho el capitán en deshacerse de él.

Esta aventura representa la primera de tres veces que el pícaro sevillano se embarcará en las naves de la armada española. De este viaje arribará a buen puerto, pero el destino del último viaje es incierto. Condenado a remar, Guzmán escribe la historia de su vida. Mirando hacia el pasado el pícaro reflexiona sobre la vida y sobre la sociedad que en la que le ha sido impuesto vivir. Si hay una constante en las dos partes de la falsa autobiografía es el poder que ha manifestado fortuna. Esta ha movido al niño a abandonar su hogar y romper los vínculos familiares, lo ha puesto al servicio de mesoneros, cardenales embajadores. La fortuna lo ha llevado a las aulas de la universidad de Alcalá de Henares a estudiar letras divinas, lo ha llevado dos veces al estado del matrimonio. Es este libro subyace una profunda reflexión de la



perplejidad del protagonista-narrador ante el mundo cambiante, oscuro, degradado y sin futuro que tiene ante sí.

Las relaciones entre el tumultuoso proceso de transformación sociales y la emergencia de un modelo narrativo novedoso, como el que representa el *Guzmán de Alfarache*, son el principal asunto de esta tesis. Una vez estudiada la representación de la inestabilidad social en relación con el tópico de la fortuna, pretendo avanzar en el estudio del personaje como símbolo de la conflictiva relación monarca-súbdito como una fuerza conflictiva enfrentada al individuo. A pesar de numerosos estudios críticos sobre la novela de Mateo Alemán, estamos aún en el umbral de una nueva crítica, una que tome en cuenta, por un lado, la figura del condenado a galeras, la historia legal y política que llevó a miles de condenados a morir en las naves de guerra en el Mediterráneo, y por otro, las condiciones intelectuales en que se gestó toda esa literatura política, memoriales, espejos de príncipes y misceláneas que compartieron con la novela del galeote sevillano el gusto de los lectores de la España de Felipe III.

Anne Cruz propone, en *Discourses of Poverty*, el análisis de algunas de las obras canónicas de la tradición picaresca en su relación con la gran polémica de la época sobre el amparo de pobres y la beneficencia a los mendigos. La crítica norteamericana especula sobre la pobreza y la falsa mendicidad como la mayor preocupación de los intelectuales de la época. Menciona, a Alonso de Barros y a Cristóbal Pérez de Herrera como arbitristas (81), nada más lejos de la realidad. Cruz utiliza como argumento algunas líneas del famoso memorial de Cellorigo en los que se hace referencia a las medidas de la corona para afrontar el problema de la mendicidad. Sin embargo, la poética historia del galeote sevillano ahonda en los mecanismos que construyen en el imaginario hispano el entramado que sostiene el funcionamiento de la república. En los dos capítulos siguientes estudiaré la relación del individuo con el aparato

estamental, la creación de un sistema de valores que incorporan la virtud, el honor, la justicia y el concepto de salvación en cualquiera de los estados. Por el contrario, para Cruz, el conflicto social representado en el *Guzmán de Alfarache* se restringe a una cuestión monetaria:

Since higher economic levels remained as difficult to achieve as advancement in social standing, picaresque novels call our attention to the anxieties caused by the elimination of social, as well as economic, opportunities. (85)

En el *Guzmán de Alfarache*, el conflicto que enfrenta al personaje con su sociedad va mucho más allá de la reflexión sobre las medidas de la corona para aliviar la pobreza. En la novela de Mateo Alemán, el concepto de *pharmakos* social rebaza por mucho el tema de la pobreza y la falsa mendicidad. Se trata, como veremos, de una incursión filosófico-moral en los mecanismos que originan y legitiman la sociedad estamental, del entramado social en el que el individuo está obligado a seguir una serie de reglas y compromisos para mantenerse en su estado y contribuir al bien común. La dualidad conseja-consejo que da coherencia al *Guzmán de Alfarache*, se fundamenta precisamente en que el personaje-narrador está consciente de esas obligaciones, pero ha decidido incumplirlas. La novela de Mateo Alemán es a la vez un manual de comportamiento estamental y la crónica de un marginado de esa sociedad.

## CAPÍTULO 2

### EL ESTADO DEL PÍCARO, LAS BUENAS OBRAS, LAS LEYES Y EL HONOR

En el capítulo anterior propusimos el análisis del tema de la fortuna como uno de los motores que impulsa el argumento de la historia del galeote sevillano. La fortuna acarrea al protagonista-narrador desde una infancia problemática hasta su condena en galeras. Este movimiento, desenfrenado y aparentemente caótico es paralelo a los movimientos caprichosos y aparentemente caóticos de la fortuna. Tema que continúa vigente en la literatura de ficción durante la época en que Mateo Alemán concibe y publica su obra maestra. Mi análisis resalta el papel de la fortuna en una posición determinante. La diosa Fortuna pone en juego los motivos que inician y sostienen la acción narrativa a lo largo de toda la novela. La fortuna guía al protagonista-narrador (y a varios personajes secundarios) en un constante tránsito de estados.

En el episodio en el que a Guzmán lo confunden con un ladrón, lo apalean y finalmente lo dejan libre, resalta, desde muy temprano en la narración, la relación conflictiva entre el individuo y la administración de la justicia, todo dentro de un universo narrativo que guarda una amplia semejanza con la realidad que rodea al lector. A partir de ese penoso incidente con la justicia, el personaje, después de abandonar por primera vez Sevilla, sostiene una serie de encuentros violentos con su entorno. La violencia continuada infunde progresivamente al protagonista de una visión pesimista, desencantada. El joven Guzmán se está preparando para un largo camino de sufrimiento: “La vida del hombre, milicia es en la tierra: no hay cosas seguras ni estado que permanezca, perfecto gusto ni contento verdadero, todo es fingido y vano” (184).

El encuentro con un sistema judicial ineficiente, apenas comenzando su viaje, es solo el comienzo de las vicisitudes de un tortuoso camino que lo llevará hasta “la cumbre del monte de

las miserias” (889). Francisco Rico observa que el pícaro se sustrae en distintas ocasiones a la acción de la fortuna, sin embargo, su sufrimiento también obedece a la voluntad divina. En otras ocasiones, según Rico, Guzmán parece aceptar la existencia de la fortuna pero no lo ineludible de su acción. El pícaro sabe que es posible superar la mala fortuna gracias a la sabiduría y al estudio. Además, las vueltas de fortuna no debieran influir su estado de ánimo: "si la fortuna se revelare, nunca la ciencia desampara al hombre" (308). Rico afirma que Alemán está más cerca de la interpretación humanística que de la ortodoxia tridentina, ya que el humanismo reconcilia dogma religioso y fortuna, sometiendo a esta última, a la providencia y al libre albedrío (183). Guzmán es un personaje inmerso en un universo narrativo muy similar al que el lector reconoce en su entorno social, además, el pícaro se percató progresivamente que si bien existe el azar, también reconoce que sus actos tienen consecuencias.

Al final de su periplo, después de su paso por numerosos oficios, matrimonios, servidumbres y castigos, Guzmán es capturado por la justicia y enviado a cumplir una pena de por vida encadenado al remo. El pícaro se encuentra ahora en las entrañas de la galera, lugar infame desde el cual no puede escapar. Desde su infierno temporal, la confesión—su confesión general—le da la oportunidad de mirar su pasado y arrepentirse. Solo entonces, decide escribir la historia de su vida para mostrar al hombre el camino que lo divierte y aleja de la virtud. La virtud, para nuestro narrador, es indispensable para afianzarse en su estado, y desde ahí, encaminar sus esfuerzos para salvarse. En este segundo capítulo, analizo la manera en que se construye el entramado conceptual en el que conviven la virtud, el honor y la salvación. Y cuando me refiero a la salvación no estoy hablando solamente de la que busca el galeote sevillano, sino aquella que abarca a la humanidad entera.

Si bien es cierto que en España la sociedad estamental permanece esencialmente inalterada desde la Edad Media, ya a principios del siglo XVI se empiezan a mostrar claros signos de desestabilización. No por nada se ha caracterizado este período histórico por una crisis generalizada<sup>9</sup> y por la marcada marginalización de ciertos sectores del llamado tercer estado. José Antonio Maravall cree identificar un momento en la historia de España cuando la sociedad estamental sufre cambios en su interior y reacciona reforzando las estructuras externas:

Cuando empieza a agrietarse y a pasar por transformaciones que lentamente van cambiando su cariz, puede quizá decirse que se produce como reacción un

---

<sup>9</sup> Peter Dunn realiza un lúcido y eficaz resumen de las crisis socio-económicas que rodearon la vida de Mateo Alemán. La marginalización que sufrieron los mercaderes durante la mitad del siglo XVI no fue por ser descendientes de judíos conversos, sino por el prejuicio de los aristócratas que se sintieron invadidos por los nuevos ricos. Los banqueros genoveses ocasionaron un desbalance en las finanzas españolas cuando trasladaron sus capitales fuera de España, después las rebeliones comunales en 1520. A esta inestabilidad económica se añade la llegada en grandes cantidades de metales preciosos desde las colonias ultramarinas; hecho que ocasiona una inflación desmedida. A partir de la última década del siglo XVI se suceden varias epidemias de peste en España. Los comerciantes siguen en su éxodo hacia Flandes y las Américas. Asegura Dunn que Mateo Alemán, por haber sido parte de la burocracia fiscal, está perfectamente al tanto de todos estos desastres económicos. El novelista, concluye el crítico, conocía de propia mano la riqueza y la pobreza; fue testigo también de los excesos de los financieros alemanes en las minas de Almadén (136-38).

endurecimiento, aunque se mantenga un papel preciso y delimitado. Prefiero decir endurecimiento, a decir vigorización de sus manifestaciones externas, las cuales seguramente pueden llegar a verse más rígidamente reglamentadas que antes. (*Poder, honor y élites en el siglo XVII* 14)

En España, durante la Edad Media y los siglos XVI y XVII, el honor se constituye como uno de los ejes de la sociedad tradicional, según Maravall (15). Entre otros, este concepto comienza a delinearse muy temprano, pero su uso y los amplios criterios con los que se aplica continúan vigentes hasta bien entrado el siglo XVIII (18). En este capítulo cito como ejemplos del entramado honor-virtud-salvación varios pasajes extraídos de la tradición literaria hispánica. En el *Guzmán de Alfarache*, dichos mecanismos se representan mostrando una clara evolución de la sociedad estamentaria; evolución que se interpreta como una clara degeneración.

La sociedad europea ha sido pensada en términos estamentales desde hace siglos y la tradición literaria no escapa al influjo de esta mediación. En la tradición hispana hubo un momento en el que se representa la convergencia de historia sagrada y legislación. Es el rey Alfonso X el Sabio, en las *Siete partidas*, quien describe la sociedad como una estructura en la que cada individuo está ligado a su comunidad por un conjunto de obligaciones y tareas que le permiten obtener carta de naturalidad en cualesquier estado que conforma la sociedad. A partir de las *Siete partidas*, la representación de la sociedad estamental será un tema recurrente en la literatura hispánica, trátase de literatura política o de ficción. Desde mediados del siglo XVII, ya en el *Lazarillo de Tormes* se muestra el claro recorrido del individuo por los estamentos de la sociedad. Lázaro, como sirviente, es testigo del comportamiento de casi todos los estamentos de la España del siglo XVI.

El rey sabio asegura que el estado más importante de los tres que conforman la sociedad es el de los monarcas. Si el mundo fue creado por Dios en su totalidad, la estructura de la sociedad estamental es un reflejo de los designios divinos. De este concepto se deriva la decisión de Dios al otorgar su absoluta confianza en los reyes, otrora santos, para que sean ellos los encargados de organizar y mantener las condiciones necesarias para que la comunidad perdure en armonía.<sup>10</sup> Partiendo de la concepción del mundo como creación divina, el rey Alfonso X, en el prólogo a las *Siete partidas*, hace hincapié del papel protagónico de Dios en la creación del mundo. Si el universo fue creado, lo fue por voluntad y obra de Dios: “Dios es comienzo e medio, e acabamiento de todas las cosas”. Acto seguido, el poder de Dios valida la existencia del rey. La frase: “Alonso por la gracia de Dios rey de Castilla, e de Toledo, e de Leon, e de Galizia,

---

<sup>10</sup> El Padre Pedro de Ribadeneira en la dedicatoria de su famoso *Tratado de virtudes del príncipe cristiano*, también reconoce que los reyes han sido hechos por Dios. Dios, si bien ha puesto a los reyes en esa posición de mando, no les evita el tránsito por un camino lleno de penalidades. De esto la importancia de los hombres sabios, que aconsejen y den aviso a los reyes para que mejor puedan cumplir con los mandatos divinos (3.r). También, Ribadeneira alza la voz, indignado, ante las atrocidades que ha propuesto Lutero, al que llama: “un fraylecillo herege y desatinado”, y recuerda el vínculo esencial que ata la religión cristiana con la creación de las leyes. El problema se agrava cuando Maquiavelo, que también ha escrito libros sobre la razón de estado, valida que para la conservación de estado del príncipe se pueden usar todos los medios, ya sean: “buenos e malos, justos e injustos”. La razón de estado para el padre Ribadeneira se basa en el apego irrestricto a la religión católica. La condición más importante, y la primera, para la conservación de los estados, y de la república, es conservarse dentro de la religión (2).

e de Seuilla . . .” (f. 3v) el tiempo se encargará de covertir en fórmula jurídica. En esta frase se encierra la naturaleza divina del poder de los reyes. A partir de aquí, es más fácil entender que el lugar de los reyes en el mundo es el que Dios les ha otorgado. Tenemos que reiterar que la estructura estamental basada en privilegios se justifica por la voluntad divina. El estado privilegiado de los monarcas se constituye como una parte fundamental del conjunto de leyes que rigen la comunidad. Desde la interpretación teológica, se establecerán los privilegios y obligaciones de los otros dos estamentos. Al ser el pueblo y la iglesia parte del plan divino, los reyes están obligados incondicionalmente a cuidar de ellos

por la iusticia que han de fazer para mantener los pueblos de que son señores, que es la su obra ke conociendo la muy gran carga, que les es con esto, si bien no lo faziecen, no tan solamente por el miedo de Dios que es tan poderoso e iusticiero, a cuyo iuyzio han de venir, e de quien se no pueden por ninguna manera asconder, ni escusar, que si mal fizieren, no ayan la pena que merecen. (f.3v)

Encontramos en las *Siete partidas* un tema que resultará muy valioso para nuestro análisis de la construcción del universo narrativo del *Guzmán de Alfarache*: el linaje. Los monarcas resultan elegidos por Dios gracias a esta condición. El derecho que tienen a gobernar sobre los súbditos se justifica por las acciones valerosas de sus ancestros. De ellos no solo heredaron los territorios que poseen, también la responsabilidad de asegurar un destino digno a los habitantes. Su responsabilidad es procurar la justicia y la paz de la comunidad: “que los que después de nos reynassen en nuestro señorío, sopiessemos ciertamente los derechos para mantener los pueblos en Iusticia e en paz” (f.3r). La razón del poder impuesto a los reyes está relacionada con el pueblo que habita el territorio, el señorío. Las partidas están hechas para dejar claro que la ley tiene como objetivo validar la existencia de los monarcas, pero también queda



muy claro que incluso estos tienen que obedecer los mandatos divinos, cada estamento está dotado de un conjunto de obligaciones y privilegios necesarios para el mantenimiento de la paz y la sobrevivencia de la comunidad.

La sociedad estamental—como lo señalamos en el primer capítulo—a lo largo de Edad Media y gran parte del inicio de la modernidad, se construyó sobre tres estamentos bien definidos. Como lo describe el Rey sabio, el estado de los monarcas es el que tiene la mayor jerarquía, pues el que está más íntimamente ligado a los designios de Dios. El estamento de los monarcas debe encaminar su esfuerzo al bienestar de todos los súbditos; su objetivo, a grandes rasgos es la administración del reino. La justificación primordial de la existencia de los monarcas es el ejercicio del poder. Aunque el poder de los reyes sobre el pueblo sea inmenso, y haya sido ordenado por Dios, no deja de ser caduco y temporal. Esta caducidad obliga a los monarcas a cumplir sus funciones de gobierno de manera siempre justa; también ellos, los monarcas, están obligados a seguir los lineamientos de conducta que exige su estado. Al contrario, solo el poder de Dios sobre reyes y súbditos es eterno. Para la mentalidad de la época, Dios es el responsable de la construcción de un sistema vital en el que súbditos y monarcas conviven, interactúan e intentan preservar la existencia de la comunidad.

El estamento de los reyes tiene por misión encaminar sus esfuerzos al bienestar de todos los súbditos; la esencia de su estado es la administración del poder en el reino. Este poder, si bien está justificado por los designios incontestables de Dios, también establece reglas claras para los reyes. El poder de los monarcas en la tierra es temporal, solo el de Dios es eterno; esta temporalidad obliga a los reyes a conducirse de manera apropiada, de vigilar y proteger el bienestar del reino y sus súbditos. Este entramado conceptual conlleva la creación de un sistema de convivencia entre súbditos y gobernantes, en la que cada uno tiene que obedecer los

lineamientos de conducta. De este apego a lo que cada estado tiene que hacer depende la supervivencia del reino.

El equilibrio entre los integrantes de cada estamento se sostiene en la fiel y atenta obediencia de las reglas de comportamiento que dicta cada uno de los estados-oficio de la sociedad. El mantenimiento en armonía de este espacio vital es paralelo a un proceso por el que los monarcas ejercen el control; al mismo tiempo, las demás fuerzas sociales aceptan y validan ese control. Se crea así un sistema de leyes y reglas de conducta que abarcan las actividades y responsabilidades que conforman todos y cada uno de los estados de la sociedad. En el universo social representado en la novela de Mateo Alemán, este sistema de valores está en franca decadencia. Partiendo de la premisa de que la humanidad toda está degradada, lo único que importa en el *Guzmán de Alfarache* es la salvación. Esta poética historia tiene como objetivo el relato del proceso de salvación del alma del protagonista, al mismo tiempo que sirve de acicate a la humanidad entera. Los males de la humanidad, ese desajuste de la “maquinaria humana”, según el pícaro, tienen su origen en el pecado de nuestros primeros padres (824). Antes de finalizar su relato, el galeote se muestra pródigo en su denuncia de las flaquezas humanas. El hombre, por su concupiscencia, ha desobedecido todas las leyes (humanas y divinas); en otras palabras, ha fracasado en el terreno estamental.

Este debatirse entre la salvación y la eterna condena, no afecta exclusivamente al individuo, se extiende al resto de la humanidad. Resulta significativo resaltar los mecanismos por los que el autor del *Guzmán de Alfarache* extiende el dominio de la angustia de la salvación del alma, desde el galeote sentenciado a la sociedad en su conjunto. La salvación del alma, esencialmente basada en preceptos religiosos, tiene sus fundamentos en la actividad terrenal, en las prácticas diarias, en la interacción humana. De las costumbres viene el prestigio, la búsqueda

y la conservación de la virtud, el honor. Es necesario entender que existe un vínculo, digamos, de naturaleza antropológica, entre los conceptos sagrados y el sistema de reglas que rige la vida civil. Durante la Edad Media, en España, en la literatura política se discute el sustento estructural de la organización social en bases teológicas; sin embargo, hay un número de cuestiones prácticas que también justifican la legislación y que cumplen con el mismo cometido: salvaguardar el equilibrio social.

Es lógico entonces descubrir que se forma una relación entre el quehacer cotidiano y la virtud; y entre la virtud y el honor. Estos conceptos se representan asiduamente en la literatura hispánica. Las citas de algunas obras del infante don Juan Manuel nos darán una buena muestra de la construcción del entramado social fundada en conceptos de percepción mutua, como la virtud, el prestigio y el honor. También se va popularizando en el castellano medieval el término estado, término que está en función del prestigio y el honor. La palabra estado se utiliza alternadamente con la de estamento. Las dos se refieren a la manera o forma de estar del individuo, a la condición social del hombre en el mundo y en su sociedad (Stefano 330). La primera forma en que el individuo está en el mundo es el nacimiento; nadie es en el mundo si no es hijo de alguien. Por eso, el sacramento del bautizo y principalmente el del matrimonio se vuelven indispensables para la mentalidad colectiva de la época. La relación del hombre con sus progenitores es esencial para la construcción de la sociedad. En la España del siglo XVII la obsesión con el linaje es famosa, desde los príncipes hasta los labradores.

En otro nivel de significación, el término *estado* también abarca la circunstancia, es decir, el cúmulo de obligaciones que el individuo tiene que cumplir para poder pertenecer a determinado grupo social. Este amplio dominio semántico de la palabra estado termina por abarcar dos aspectos de la sociedad: el individual y el colectivo. El término describe los tres

niveles estamentales y le recuerda a cada individuo las líneas de conducta que tienen que respetar y seguir para integrarse y permanecer en cada uno de los grupos sociales. En el *Conde Lucanor* se enfatiza la importancia de este concepto de estado, especialmente cuando el infante decreta que para salvarse hay que respetar las reglas estamentales: “como podedes mejor salvar el alma segund el estado que tenedes” (cit. en Maravall, *Poder, honor y élites* 16). El deseo del autor del libro del *Conde Lucanor* es que los hombres realicen actos que sean provechosas a su honor, a sus fazendas, o sea a los actos diarios, y a sus estados. El deseo del que escribe es ayudar a que, con estas buenas acciones, los oyentes de los ejemplos labren su camino hacia la salvación.

La obsesión por salvarse se hará presente, siglos más tarde, en las palabras del galeote sevillano:

No estés donde no puedas libremente salir, no te pongas en peligro que temas, no te sobre que te quiten ni falte para que pidas, no pretendas lisonjeando ni enfrasques porque no te inquieten. Procura ser usufructuario de tu vida, que, haciéndolo así, salvarte puedes en tu estado. (275)

La clave es la misma en los libros del infante don Juan Manuel y en la novela del sevillano. Ser usufructuario de la propia vida se entiende como el compromiso que adquiere el individuo con su rol en la sociedad, sea cual sea. Aunque sea este un concepto de cuño medieval, la relación entre el individuo, los actos diarios, el prestigio que envuelven y el funcionamiento de la sociedad, están íntimamente relacionados.

En el *Libro de los estados* el infante don Juan Manuel, siguiendo las preocupaciones de su tío Alfonso X el sabio, reflexiona sobre los procedimientos que deben seguir los hombres para que, obedeciendo siempre las leyes de Dios, salven su alma. Esto es, *mutatis mutandi*, la preocupación de Guzmán: salvar el alma cuando se encuentra encadenado en el vientre de la

galera. Don Juan Manuel presenta su fábula en los personajes de Joas, hijo del rey pagano Moravan; de Turín, tutor del heredero al trono, encargado de la educación del futuro rey; de Julio, un forastero filósofo cristiano que les hablará de la verdadera ley. La cronología ficcional en el *Libro de los estados* se ubica poco después de la vida de Jesucristo. En el reino de Moravan, sin embargo, todos están regidos por la ley natural, pero un evento cambiará el rumbo de su historia. Al reino ha llegado el sabio cristiano Julio, que trae con él las leyes de Dios, del Dios cristiano.

El *Libro de los estados* tiene como objetivo primordial dar los avisos necesarios para la salvación del alma. Conforme avanza la fábula nos percatamos que la intención inicial de la salvación se va entrelazando con un objetivo mucho más amplio y universal, la preservación de la sociedad fundamentándose en el apego a la ley

Et porque entiendo que la salvación de las almas a de ser en ley et en estado, por ende convino, et non se puede escusar, de fablar alguna cosa en las leys et en los estados. (73)

Según don Juan Manuel, Joas se encuentra en el estado ideal para ser educado, la infancia. Turín ha sido hasta entonces un buen tutor, pero su sabiduría, su filosofía de naturaleza pagana, no resulta suficiente. Turín queda imposibilitado para explicar al futuro monarca que el hombre debe, para alcanzar la salvación de su estado, perseguir y preservar la verdadera fe, la fe divina. De ahí surge la importancia de Julio, el filósofo cristiano.

En esta obra, la reflexión sobre el papel del hombre ante el universo se enmascara en un diálogo, en una serie de preguntas y respuestas sobre temas esenciales: ¿Cuál es la diferencia entre la vida y la muerte? ¿Qué nos aleja de los animales? ¿Por qué Dios ha formado la sociedad en la forma en que la formó? Si se da por sentado que todos los hombres han sido creados iguales unos a otros (es decir si todos nacen, viven y mueren), ¿Qué es lo que hace que unos

reinen sobre otros? (87). Aquí comienza la fábula de la justificación divina de la monarquía. Como todos los hombres están compuestos de los mismos cuatro humores, Dios es el que ha decidido que una persona, o grupo de personas, se encarguen de mantener el bienestar y el buen funcionamiento de la comunidad (88). También, de esta decisión divina se deriva el hecho de que muchos reyes, según el infante don Juan Manuel, hayan sido santos (98).

La justificación teológica de la monarquía en el *Libro de los estados* sigue una evolución clara y precisa. La necesidad que tiene el reino del rey Moravas de leyes distintas a las naturales se origina, según Julio, de la diferencia entre los hombres y los animales; ya que en los animales basta y sobre la ley natural; el hombre, al contrario, hecho a imagen y semejanza de Dios, tiene entendimiento y libre albedrío, es necesario seguir las leyes divinas. En el libro de don Juan Manuel, no solo importa señalar la importancia de las leyes que otorgan el poder a los reyes. Como fundamento de la sociedad, es también importante resaltar la relación interpersonal. La primera relación que ata al hombre con la sociedad es la que se establece entre padre e hijo. Además de la consanguineidad, el vínculo que une el padre al hijo es de corte pragmático; el padre debe ser aquel que le otorgue al niño las armas necesarias para sobrevivir en el mundo. De ahí que la historia del infante don Juan Manuel se desenvuelva siempre con el objetivo de educar al infante Joas, heredero del reino. La capacidad de educar se convierte entonces en la principal característica de la paternidad, si hay algo que haga a un hombre llamar padre a otro, es la capacidad de enseñar, de mostrar las actitudes y valores esenciales para conservar y salvar el alma.

La relación padre-hijo se representa de manera totalmente opuesta en el libro de Mateo Alemán. Si el primer estado es el que adquiere el individuo por ser hijo de alguien, entonces resulta crucial el papel que juega el padre en la educación, tanto de Joas como de Guzmán.

Aunque en el segundo caso sería mejor decir que se trata de la carencia de educación paterna lo que resulta determinante en la vida del pícaro. El padre de Guzmán no ha podido enseñarle nada, o casi nada. Solo su infame historia es lo que, de una manera u otra, va a condicionar la existencia de Guzmanillo. Tanto así que, la primera vez que el joven decide salir de España, lo hace con miras a encontrar a sus parientes paternos en Génova. Si la sangre ha llamado a Guzmán a embarcarse por primera vez en una galera y llegar hasta Italia, sus parientes le tienen preparada una desagradable bienvenida. Como no podía ser de otra manera, el tío paterno desconoce a Guzmán, lo engaña, lo manda mantear y al final lo abandona.<sup>11</sup>

En el libro de don Juan Manuel, tenemos el caso contrario: el ejemplo y las acciones de un padre honorable son esenciales para la buena formación del heredero. La importancia de la educación familiar rebasa el ámbito familiar. Con tal de que el heredero aprenda lo necesario para la salvación del alma, será necesario mostrarle la verdadera ley, la ley divina. El rey Moravan está tan preocupado de educar a Joas que ha mandado llamar a Julio, el filósofo que introduce en el reino la doctrina cristiana. Una de las lecciones más importantes que Julio le da a Joas atañe a la importancia de respetar la ley: “el hombre que vive sin ley, anda mal del cuerpo y

---

<sup>11</sup> Algunos críticos, como Benito Brancaforte, piensan que las aventuras de Guzmán lo llevan de un lugar a otro en una constante búsqueda de la figura paterna. Cuando es niño, Guzmán intenta buscar en sus amos la figura del padre ausente. Conforme avanza la historia, la búsqueda se extiende. Cuando es adolescente, de camino a Italia, busca el pícaro el sustituto del padre en el capitán de la galera; o en el embajador de Francia, que despedirá a Guzmán para preservar su honor. Según Brancaforte, sucederá entonces que todos aquellos que se han colocado en la posición del padre terminarán abandonando a Guzmán (28-29).

el alma". En esta fórmula se resalta también la relación entre lo divino y lo terrenal. De esta manera se incrementa progresivamente la importancia del papel del filósofo cristiano. Julio establece tajantemente lo esencial de seguir las leyes para salvar el alma, pero no hace referencia únicamente a las leyes naturales, Julio sabe que es necesario para el reino de Moravan que siga el verdadero y único camino: la ley divina (105).

La importancia del linaje es una constante en la literatura hispánica desde las *partidas* del rey Alfonso X. Los monarcas se deben a su linaje y la justificación de su poder se encuentra en continuar lo que hasta entonces han hecho sus ancestros. El infante don Juan Manuel recurre a la alegoría bíblica sobre la creación del mundo para fundamentar el origen de las leyes y el linaje monárquico.

Las escrituras sagradas justifican los estamentos privilegiados de la sociedad: la iglesia y la monarquía. Julio, es el que destaca la importancia de unificar las leyes, él ha visto que, en los reinos paganos, las leyes se encuentran en un caos constante. Pero sabe que no se puede procurar la salvación de las almas sin una ley única y permanente. De aquí la urgencia de propagar y establecer la ley de Jesucristo (106). En este reino, no se ha vivido en ley sino en justicia, se ha seguido la ley natural; en la naturaleza se ordena no hacerse daño los unos a los otros. Sin embargo, los hombres, a diferencia de los animales, tienen entendimiento y libre albedrío. El entendimiento le da la posibilidad al hombre que se aparte de la ley natural. Los súbditos y sus monarcas necesitan una ley más específica, más detallada que permita lograr el equilibrio del reino. Si todos los estamentos siguen sus leyes, si hay entendimiento entre todos, la salvación de las almas es posible: "Forzadamente et de necesidad conviene que ayan ley en que puedan salvar las almas, et que sea fundada sobre razón et entendimiento" (109).



Según Liliana de Stefano, son las clases altas, cultas, las que durante la Edad Media en España se pueden permitir el lujo de reflexionar y escribir sobre la estructura de la sociedad estamental. Por ejemplo, el *Libro de los estados* de don Juan Manuel es el único libro en España que, durante la época, se propone definir las capas de la sociedad y su funcionamiento (330). La sociología moderna denomina sociedad estamental el modelo que impera en la Edad Media y que perdura hasta bien entrado el siglo XVIII en España (330), pero la pregunta continúa siendo ¿qué se entendía por estado? La autora afirma que por estado se entendía toda forma de estar del individuo en su sociedad. Estado también significa todos los grupos básicos de la sociedad dotados de los mimos privilegios o dignidades dentro de un conjunto social (331). Para dar un ejemplo más claro, la autora concluye que el estado es a la sociedad medieval lo que la clase, o la casta, es a la sociedad contemporánea. Desde el siglo IX, según encontramos en las *Siete partidas*, resulta mucho más clara la división de esta en tres grandes estados o estamentos: los *oratores, bellatores, imbelles vulgus*, que más tarde se definiría como *laboratores* (332).

Concluye Stefano que, como lo dijeron el rey Alfonso X y su sobrino don Juan Manuel, la división estamental está imbuida de un status jurídico. Consecuentemente, la ley valida una estructura social basada en un sistema de privilegios (332). Esto lo deja más claro la autora cuando explica que la pertenencia a un estamento conllevaba derechos y ciertas obligaciones, privilegios y deberes. El problema histórico ha sido que los monarcas, el estamento más privilegiado, ha sido el que más frecuentemente olvida sus obligaciones y reclama más privilegios, de ahí que sea necesario recordárselos constantemente. Cuando Mateo Alemán publica su obra maestra, esa construcción social permanece más o menos estable hasta finales del siglo XVI.

No existe una diferencia significativa entre el funcionamiento de los estados durante la época de don Juan Manuel y la del Siglo de Oro. Este concepto prevalece y enlaza el honor, el estado y el prestigio social. Uno de los elementos que prevalece es la venganza, que surge como enlace entre el prestigio social y el honor; la venganza también se convierte en instrumento de defensa, de supervivencia estamental. La vehemencia con la que los caballeros defienden el honor no es un acto de vana furia. La venganza, para ciertos estamentos, en la época del infante don Juan Manuel, es una obligación, un mandato de Dios. Los caballeros, representantes del estamento de los defensores, están obligados a resarcir cualquier género de ofensa sin importar quien la dispense. Asegura Stefano que, para proteger el funcionamiento y la preservación de su estado, los caballeros llevan a cabo un acto de derecho al vengarse (346).

¿Cuál sería el motivo, entonces, de que Guzmán quiera con tanta firmeza vengarse del tío paterno que, además de humillarlo en público, lo ha desterrado del círculo familiar?

Precisamente, el periplo de Guzmán llega a un momento cumbre cuando después de servir al embajador de Francia en Roma, regresa el pícaro a Génova a vengarse del tío que lo humilló. La venganza se consume y Guzmán regresa a España a bordo de una galera—símbolo perenne del viaje vital—para continuar en su búsqueda de equilibrio estamental. Con ese acto vindicativo Guzmán adquiere el mismo estatus de sus parientes; el pícaro defiende lo que ha heredado.

No olvidemos que la sociedad española ha mantenido la cohesión interna de sus estamentos a lo largo de siglos sin permitir mayor variación en la estructura y en las reglas internas que las unen. Esto se logra gracias a la conciencia que el individuo posee que le indica que para pertenecer plenamente a un estado hay que asimilar las reglas hasta que lleguen a ser parte integral de su existencia. La severidad de las reglas interiorizadas va creciendo conforme crece el rango del estado en la sociedad; a mayor rango, mayor exigencia de las reglas de

comportamiento. Como lo señala Luciana de Stefano, estas reglas no solo abarcan los comportamientos prácticos, sino que intentan conformar una especie de personalidad comunitaria, en este caso, aristocrática (347). La adquisición de este *ethos* social solo era posible gracias al detallado conocimiento del mismo, de ahí toda aquella literatura enfocada en la educación de los príncipes, desde las partidas de Alfonso el Sabio hasta el Arcipreste de Hita, pasando por don Juan Manuel y el canciller Pero López de Ayala, el estamento de la nobleza siempre ha mostrado su preocupación por detallar sus obligaciones y privilegios (353).

Desde los ejemplos anteriores de la literatura política, podemos afirmar que en el *Guzmán de Alfarache*, se encuentra vigente el entramado conceptual en el que interactúan el honor, la virtud y la consecuente salvación del alma. En lo que hay una diferencia significativa es en el conglomerado social que se representa en unas y otra obra. En la literatura política, los valores en los que se sostiene la sociedad están en plena construcción, mientras que en la ficción de finales del siglo XVI, esos valores están en proceso de franca descomposición. En esta tesis subrayo en el *Guzmán de Alfarache* el intento del personaje-narrador de hacer una confesión general, de esta manera detalla y define las obligaciones y privilegios del tercer estado; el cual se muestra cada día más caótico. El conflicto narrativo es precisamente la incapacidad de definir estas líneas conductuales. En todos los oficios-estados por los que atraviesa el pícaro, el proceso de degradación de la sociedad estamental se encuentra muy avanzado. Una de las razones de esta degeneración social es la valoración desmedida por el prestigio social, la falsa virtud.

Más que señalada por la crítica ha quedado la impronta filosófica de San Agustín en la novela de Mateo Alemán. A este respecto, agrega Michel Cavillac, la única teología aplicable a la transformación del pícaro es el agustinismo. Desde esta perspectiva filosófica, incluso el pecado cumple su función en el gran plan divino, el pecado transforma al pecador para beneficio

del señor (*Pícaros y mercaderes* 99). Esta perspectiva ilumina la importancia que cobra la figura del condenado a galeras—pecador indiscutible—en la mediación histórica, política y filosófica. La transformación del galeote al final del relato resulta lógica en el plano moral, al mismo tiempo que indispensable en el plano narratológico. Como señala Cavillac, la voz del personaje está totalmente inmersa en el concepto del decoro. Si el galeote arrepentido está inmerso en el discurso teológico, no debemos olvidar que Guzmán fue un aplicado estudiante de teología durante más de siete años en la Universidad de Alcalá de Henares (102). En el ambiente espiritual del siglo XVI, pervive una mentalidad teológica en la que las acciones terrenales están íntimamente ligadas con los mandatos divinos. Cavillac pone como ejemplo las palabras de Fray Luis de León, quien dice que solo aquel que ha sido capaz de descender a los infiernos le es dado elevarse sobre el mundo para estar más cerca de Dios (167). Cavillac concluye que al final de su periplo el pícaro se convierte en el hombre perfecto de la doctrina agustiniana:

Lejos de relatar un “proceso de degradación”, el *Guzmán de Alfarache* es la historia de una conversión ejemplar cuyos supuestos teológicos desbordan el tridentinismo para entroncar con un irenismo agustiniano. (*Pícaros* 186)

El abigarrado escenario social y estamentario por el que Fortuna ha hecho discurrir las aventuras del pícaro no es coincidencia. En todos y cada uno de sus oficios-estados, el pícaro tiene la oportunidad—guiado por el entendimiento—de tomar una decisión, equivocada en la mayoría de los casos. El castigo no se hace esperar, incluso cuando el pícaro no haya actuado intencionalmente de manera errónea. Las adversidades se van acumulando, al hambre se suman los celos de los mesoneros, la envidia de sus pares y hasta un inoportuno cerdo perdido por las calles de Roma. Guzmán no ha sufrido en vano, ya erigido en atalaya él es el ejemplo para la humanidad descarriada. Desde un momento más o menos indefinido de su vida madura el

galeote tiene la oportunidad de rememorar su vida pasada, su juventud disipada y su niñez azarosa. Todos estos estados del hombre han tenido que ser recontados desde la galera para dar clara cuenta de que Guzmán ya está listo para arrepentirse. Es pertinente la lectura de estos pasajes autobiográficos como una especie de *via crucis* que lo acerca, después del arrepentimiento, al cielo; el galeote arrepentido tiene ahora la oportunidad de tocar con la mano a su creador. No se trata, en ningún caso, de improvisación narrativa. El plan, según afirma Cavillac, parece haber sido cuidadosamente trazado en la mente del novelista sevillano. Y concluye que para la antropología del siglo XVI la dignidad del hombre es indisociable de su aptitud de identificación con Dios (168-69).

La misión del pícaro-galeotes es arrepentirse de sus malos actos. El galeote, todavía atado por cadenas al remo, se está convirtiendo en la encarnación del hombre perfecto. Si bien es cierto que es responsable de la muerte de los sediciosos en la galera, hay que resaltar que logró salvar la embarcación, propiedad del rey. Como metáfora de la vida humana, al salvar la galera Guzmán también contribuye al bien común, a enderezar el rumbo del resto del cuerpo de la república. En ese momento, el galeote asciende a la posición de atalaya, al lugar desde donde puede iluminar en la ley al resto de sus congéneres. En la antropología legal del *Guzmán de Alfarache* se transparenta la figura de Cristo, y, principalmente, la del arte de vivir a su imagen y semejanza.

Guzmán, después de su conversión, se erige en atalaya. Pero, como muy bien ha señalado Cavillac, el vocablo *atalaya* tiene resonancias judaicas ancestrales. Desde el siglo XIV, el término *atalaya* denota más al guardián de las leyes que al sitio mismo de vigilancia. Un atalaya cumpliría un papel de mediador entre Dios y los hombres; una especie de mensajero de las verdades divinas (174). Lo anterior nos ayuda a echar un poco de luz sobre la intención

ideológica de la conversión del pícaro, especialmente útil para explicar el vínculo entre las leyes divinas, las buenas obras cotidianas y la salvación. El galeote arrepentido ha transitado por un largo y penoso camino que lo llevó a asimilarse con las leyes, las divinas y las humanas. El arrepentimiento es condición *sine qua non* para la salvación del alma, así lo recuerda Guzmán que, desde sus treinta y pocos años de vida, ha visto y escuchado: “Confesiones de muchos pecadores que caídos en un pecado reincidieron muchas veces en él, y a todos, por la misericordia de Dios, que ha reformado sus vidas y conciencias” (116).

Según Cavillac, este pragmatismo teológico tiene sus orígenes en el agustinismo. Para el padre de la iglesia, la gracia eterna está disponible para todos, pero especialmente para aquellos que han sido humillados (175). San Agustín advierte, de acuerdo a Cavillac, que a los abandonados se les otorga *a priori* la condición de elegidos en potencia. No hay bueno, que no haya sido antes malo, como lo dice el Santo. La concupiscencia—presente a lo largo de la novela—es la que establece el caos. Solo por medio de la ley se intenta contrarrestar sus estragos. Por medio de la ley se racionaliza ese caos social y moral, ya que como lo recuerda el mismo Guzmán la ley es: “fuente de toda policía, bien universal de toda la república (802). A lo que agrega Cavillac que “la teología sirve entonces de vehículo a un racionalismo práctico, orientado a la reforma de los comportamientos socio económicos” (177).

El origen de la trasgresión de las leyes, el desajuste de la maquinaria humana—como lo dijo Guzmán—procede de la originaria concupiscencia del hombre. La impronta del pecado original queda estampada desde la concepción de Guzmán. La concupiscencia, la degeneración del estado del matrimonio tienen una importancia fundamental en el desarrollo moral y narrativo del pícaro sevillano. Al pecado del adulterio, al que debe el pícaro su nacimiento, debemos agregar las desventuras amorosas, en Toledo, en Roma. La relación que mantiene Guzmán con

las mujeres desde que abandona el hogar materno está marcada por el fracaso. ¿Qué mejor prueba de que el estado más importante, según Fray Luis de León (f.3r), está también en vías de franca degradación?

Enfatizando los dos fracasos matrimoniales del pícaro, creemos que el *Guzmán de Alfarache* se adscribe a la tradición misógina de la literatura hispánica. En esta se representa la inestabilidad del estado de la mujer y el consecuente fracaso en la institución del matrimonio. Las diatribas del pícaro sevillano en contra de la madre, las mujeres infieles, las venteras disipadas, lo emparentan con el *Corbacho*. En el libro del Arcipreste de Talavera se señala al amor como la fuente de todas las desavenencias del ser humano. Del amor adultero procede “mucha mengua”, por hacer “muchas diligencias” muchos caen en la pobreza y pierden su estado (56). Según el Arcipreste de Talavera, la razón por la que Dios aborrece esta clase de amor es por estar fuera de las leyes humanas y divinas. Los adúlteros están menospreciando la voluntad de Dios y sus mandamientos. Dios no quiso que el acto del fornicio estuviera fuera del pecado, en ese caso no hubiese creado la institución matrimonial (47-48).

Las mujeres de costumbres disipadas, los adúlteros y los esposos infieles se suman a los numerosos pecadores que desfilan por la poética historia del galeote sevillano para demostrar que la salvación eterna es posible siguiendo las condiciones estamentales en vida; de nuevo, quiere demostrar el galeote sevillano que en la persecución de la gloria eterna están involucrados numerosos componentes de índole civil. La *pharmakopea* alemaniana, como la llama Cavillac, se sustenta sobre el concepto de triaca, aquel antídoto elaborado en base de los propios venenos que pretendía combatir. Cavillac encuentra presente este concepto en el *Guzmán* y en la *Conversión de la Magdalena* de Pedro Malón de Chaide (174). Esta obra, cree Cavillac, fue leída atentamente por Alemán. Cavillac nota el paralelo entre el proceso por el cual Magdalena

transita del estado de pecadora para finalmente convertirse y salvarse y los mecanismos por los que Guzmán elabora con todos sus pecados y crímenes una especie de antídoto con el que pretende curar la enfermedad de la república. Siguiendo la misma lógica, afirma el crítico, que, el gobernante tiene que identificar en los vicios de los habitantes—a manera del *pharmakon* de Platón—las posibilidades de canalizarlos para el beneficio de toda la comunidad. Tiene razón el pícaro, concluye Cavillac, cuando ejemplifica que el mal no reside en la pobreza, el éxito comercial o en el honor, sino en el mal comportamiento del pobre, del mercader y principalmente, del noble (179).

Cavillac afirma que este tipo de reformación no trata de erradicar y destruir los valores de la sociedad, sino de revitalizarlos. Así lo identifica en uno de los trabajos de Francisco Ortiz, uno de los reformadores sociales de la época de Alemán. Ortiz percató de que los antiguos caminos que conducen al hombre hacia la virtud han quedado bloqueados (180). El pícaro entonces tiene que transitar por los mismos caminos pedregosos, sufrir humillaciones, ser un abandonado, para señalar el camino al resto de sus semejantes. El padre Malón de Chaide, en la dedicatoria de su tratado, ha utilizado la misma fórmula que el galeote cuando se trata de los pecadores reformados: “en honra de Dios, que de grandes pecadores sabe hacer muy grandes santos” (54).

En este sentido, surge una analogía entre la historia de Magdalena y la penitencia de Guzmán. A lo largo del camino que lo ha llevado hasta las galeras, el pícaro ha ejercido un sinnúmero de oficios y ha pecado una y otra vez. Su primer oficio como criado de ventero lo situó en el nivel más bajo de la organización estamental de la república. Después aprendió el oficio de cocinero, pero su avance en la escala social es insignificante. Aun a su pesar—lo que más desea en ese momento Guzmán es ser cortesano—tuvo que servir de criado y bufón en la casa del embajador. Lo mismo que al narrador de la *Conversión*, a Guzmán se le ha dado pedir la



sabiduría siendo necio, la honra siendo soberbio, la hacienda siendo avariento y los deleites eternos siendo hombre sensual (103). Esta serie de contradicciones son necesarias para llegar a la conversión y salvarse.

La concupiscencia y su relación con el fracaso de Guzmán en sus intentos de establecerse permanentemente en cualquiera de la serie de estados-oficio—especialmente el del matrimonio—se origina en la genealogía misma del pícaro. La vida del guzmán inicia en el acto esencialmente inmoral de sus padres en el atrio de la catedral de Sevilla. Cuando se ven por primera vez, la madre estaba ya casada y el padre era ya genovés, apóstata y un poco afeminado. No obstante su estatus de pecadores, los progenitores de Guzmán tienen la temeridad de desacralizar el bautizo que se celebra ante sus ojos; el bautizo es esencial, es el rito inicial de la situación estamental del hombre (Cavillac, *Pícaros y mercaderes* 106). La concupiscencia intrínseca de su concepción es otro de los escollos contra los que tendrá que luchar Guzmán para alcanzar la salvación.

¿Cuál es entonces el lazo que une los preceptos morales, como el honor y la virtud, con la visión del mundo del autor del *Guzmán*? En otro de los libros políticos de la época, el *Espejo del príncipe cristiano*, el padre Pedro de Rivadeneira hace una relación de las virtudes perdidas de la humanidad, mismas que resultan fundamentales para responder a nuestros cuestionamientos. Después de aclarar que el objetivo de su libro es recordar al Príncipe su deuda con las leyes divinas, el padre Rivadeneira señala la importancia de sostener la virtud en los actos diarios, en las costumbres. Pero, enfatiza, es en las costumbres de los que tienen la más grande responsabilidad donde encuentra el franciscano el más serio peligro para la república. Como lo dijo el pícaro cuando dijo que la venta de oficios era el mayor mal para la república. Es por lo anterior que se atreve a llamar “pícaros” a los nobles de la república que han perdido las virtudes

(cit. en Cavillac 93). La preocupación que muestra Rivadeneira en la actuación poco decorosa de la nobleza es lógica, él pretende aleccionar a los cortesanos para que no olviden su misión en la sociedad. Además, si la clase gobernantes es la que primeramente olvida sus compromisos con la legalidad, poco se podrá esperar del resto de los estados de la república.

Por su lado, Alemán lleva su discurso sobre la virtud y el honor hasta asimilarlo a todos los ámbitos de la sociedad, a todos los estados de la república. Reinterpretando las fábulas bíblicas, el galeote-narrador hace referencia a los ya antiguos debates sobre la legitimación del poder de los monarcas. Es sabido que, aun estando en abierto desacuerdo con las políticas reales, no resulta fácil para los escritores de la época alzar sus clamores críticos hacia el rey. Pero Alemán no escatimará agudeza cuando se trate de señalar las faltas a la virtud en el resto del cuerpo de la república. Ya que volvemos al terreno del honor, Alemán puede fácilmente resaltar el problema de la falta de virtud de toda la sociedad. Si bien es cierto que su crítica contra los Jueces, los magistrados y los oficiales de la administración pública son evidentes, no podemos dejar a un lado el señalamiento que hace a la clase mercantil.

Movimiento desordenado y salvación, otro de los binomios en los que se sostiene la poética historia del galeote. El movimiento, constante y desordenado, es consecuencia de los caprichos de la fortuna. En el capítulo precedente mostramos cómo la fortuna inicia y mantiene la actividad narrativa. Como motivo determinante de la acción, la fortuna guía al protagonista-narrador en un constante tránsito de estados. Al final de su periplo, Guzmán termina condenado por la justicia y sentenciado a cumplir una pena de por vida en las naves de guerra. A esta situación específica la califica el mismo galeote como “la cumbre del monte de las miserias” (889). Y desde ahí, el arrepentimiento lo llevará a enfrentarse a la conversión con el fin de obtener la salvación de su alma. En el proceso de mirar hacia el pasado, de reconstruir narrativa

y selectivamente su vida, pareciera que Guzmán repite el esquema creación-caída-redención, que caracteriza la escritura confesional agustiniana. Una preocupación se erige como esencial en la confesión del galeote: ¿qué hacer para salvarse sea cual sea el estado en el que te encuentres? Una de las múltiples respuestas a esta pregunta se encuentra en la definición de un concepto muy presente en el imaginario hispano a lo largo de los siglos: el honor.

De la reputación de un hombre en la España del siglo XVII dependía en gran medida su sobrevivencia en el grupo social. John H. Elliott llama la atención sobre un fenómeno, a su parecer, particularísimo en la sociedad española de la época, Elliott asegura que el valor de la reputación social crecía conforme lo hacía el rango del individuo dentro de la estructura de la administración pública. De esa manera, la reputación alcanza los más altos cargos del gobierno, a tal punto que hasta Diego de Saavedra Fajardo llegó a advertir del peligro que, si los gobernantes se olvidan de la suya [su honra], llevarán a la república a desplomarse (cit. en Elliott 17). Concluye Elliott que la sociedad española del siglo XVI tiene un obsesivo interés en el teatro; la razón de este interés se sustenta en la importancia que tiene ese concepto abstracto tan relacionado con la reputación: la apariencia (18). La honra no puede existir sin virtud y el prestigio sin la apariencia de la que se acompaña; la virtud, así, se constituye cada vez más importante dentro de la estructura estamental de la sociedad.

Famosa para la crítica es también la retahíla de quejas que Guzmán lanza en su autobiografía contra la honra (Guerreiro 118). Guzmán despotrica contra la falsa virtud, aquella que se sustenta en la apariencia:

¡Vanidad de vanidades, todo vanidad! ¡Qué triste cosa es de sufrir tanto número de calamidades, todas asestadas o, por menos mal decir, hechas puntales para que la frágil y

desventurada honra no se caiga, y el que la tiene más firme es el que vive con mayor sobresalto de reparos! (277)

Se nos presenta entonces un entramado de relaciones entre honra, virtud y prestigio. Estos valores se encumbran de manera caótica y progresiva en la sociedad de la época, a tal punto que traspasan el ámbito literario para hacer referencia directa al sistema legal que debería sostener el buen funcionamiento de la sociedad. Los escritores de ficción no pueden dar rienda suelta a sus intenciones críticas que tienen como blanco la administración pública. Estas precauciones son ineludibles cuando se forma parte de una época en la que el control que el monarca sobre la población es mucho mayor que en ningún otro momento histórico. La manera en que los órganos de poder propagan un conjunto de valores distintivos le parece a Elliott un rasgo definitorio del carácter del estado de la España del siglo XVI (15). Los encargados de los órganos del poder ejercen su influencia en los intelectuales, y en el resto de la población, con la creación de un sistema de símbolos e imágenes (16).

El enorme poder que la corona ejercía sobre la población durante los siglos XVI y XVII no impedía una respuesta de parte de los súbditos. Dentro del tercer estado, las personas que más preparación tenían utilizaron sus conocimientos y habilidades para hacer oír su voz. Ignacio Arellano afirma que estos individuos ilustrados elaboraron un sistema simbólico que permitió responder de manera crítica a las imposiciones de los administradores del poder. Mateo Alemán, Miguel de Cervantes y los poetas de la época tenían una conciencia distinta de lo que actualmente conocemos como “poesía”. Además de representar la realidad social querían los poetas plasmar sus inquietudes respecto a la relación con los poderosos. Los escritores lo lograron utilizando un subterfugio, si bien halagaban a los poderosos, también emitían juicios— a veces abiertos, a veces sutiles—sobre la ineficacia de su desempeño. Para Arellano, los más

recientes estudios de la literatura aurisecular retoman una tendencia que interpreta las obras literarias como una textos embebidos de una fuerte crítica y cuestionamiento hacia el discurso ideológico oficial. Uno de los fundamentos de esta perspectiva crítica es la extensión, durante el Barroco, de la idea del “buen gobierno”. Los filósofos morales, los letrados y los escritores de ficción como Alemán contrastaban el ideal del buen gobierno con su percepción de las condiciones de la vida diaria. Muchas veces estos ilustrados encontraron una contradicción entre lo que dictaban la filosofía moral y la legislación y los actos de injusticia y la corrupción (10).

Hay una postura crítica que interpreta el arte, en este caso la literatura, como un vehículo por el que parte de la población en España durante los siglos XVI y XVII podía expresar sus críticas sobre la administración pública y el gobierno. Este tipo de perspectivas críticas constituye un nuevo impulso en el campo de las investigaciones socio-literarias que hace ya algunas décadas encabezaría José Antonio Maravall. Dos de las ideas que se manejan en estudios como *La cultura del barroco*, tales como la secularización de la monarquía española en cierta etapa de la primera modernidad y el férreo absolutismo de la misma, según Ruth MacKay, no concuerda con las investigaciones historiográficas más recientes (45). MacKay cree encontrar cierta inconsistencia histórica en la descripción de la monarquía como una institución monolítica, cuyas decisiones se sostenían en la arbitrariedad, que no se sometían a consenso y que eran irrevocables. La historiadora resalta el hecho, nada desdeñable, de que el estado español mostró la suficiente estabilidad y cohesión para sobreponerse a numerosas crisis económicas al mismo tiempo que mantenía abiertos varios frentes de guerra (55). Estas aseveraciones, basadas en el minucioso análisis de documentación primaria, muestran una perspectiva distinta—sino contraria— a la idea de una monarquía monolítica que defendió Maravall.

Algunos críticos han asegurado que el mayor acierto literario de Mateo Alemán fue su magistral creación de un mundo simbólico (ter Horst 63). No puedo más que corroborar la genialidad del escritor sevillano que, al colocar a su principal personaje dentro de las entrañas de la galera, logra transformar un espacio real—que inspiraba terror en la mentalidad de la época—en una alegoría de las vicisitudes del individuo y la sociedad. La galera cobra una dimensión doble, no es solo el lugar donde se purgan los pecados terrenales, al mismo tiempo es la metáfora de la angustia del hombre frente a su universo conflictivo, un mundo corrupto y desesperanzado. La metáfora náutica le otorga al novelista el escenario simbólico desde el cual no se puede descender más. Desde su banco, encadenado al remo, Guzmán reflexiona amargamente sobre la fortuna y la salvación, sobre el constante movimiento al que la diosa Fortuna lo ha sometido. Este es el momento en el que el galeote encuentra la iluminación, aun estando en el estado en el que se encuentra. A lo largo del *Guzmán de Alfarache*, la galera símbolo adquiere una carga simbólica cada cada vez mayor. Como trasunto de la vejez—el viejo que contempla su vida en retrospectiva—el galeote enfrenta las consecuencias reales y concretas de los actos deshonorosos, de los pecados y los crímenes que ha cometido. Aquí es donde paga por todas las trasgresiones a los códigos de la virtud, el honor y el prestigio, ante las leyes divinas y humanas.

A lo largo de la fábula guzmaniana, los cambios en la dirección que toma la vida del pícaro son numerosos. Dos de estos momentos puntuales en la inestabilidad estamental del pícaro tienen como escenario la galera. Estas escalas en la vida del pícaro son claves para el desarrollo de la fábula y están íntimamente ligadas al mensaje moral contenido en los discursos que las preceden. El primero de ellos lo encontramos en el mismo “aviso para el entendimiento de este libro”, aquí el narrador señala con especial énfasis el lugar desde donde escribe la historia

de su vida. El segundo momento crucial ocurre cuando el pícaro abandona la infancia y se decide ir a Italia.

Cuando Guzmán huye del hogar materno, comienzan las vicisitudes, los verdaderos sufrimientos; cuando se cansa de su oficio de mozo de venta, se detiene y reflexiona sobre su mísero lugar en el mundo. Guzmán se cuestiona sobre su lugar en la sociedad, y se percata que retornar al hogar familiar es ya imposible. Desde el umbral de la venta, el pícaro mira a otros muchachos de su misma condición ir libremente por los caminos, obteniendo el pan de cada día de la misericordia humana sin establecer el menor vínculo estamental. Surge en el pícaro el impulso irrefrenable de abandonar a su amo; Guzmán no quiere ser mozo de ventero, ni de ciego. Ahora que está fuera del círculo familiar, el furor de la juventud lo dirige hacia la corte. Madrid representa el escenario donde todo puede suceder: “la corte, que es la mar que todo lo sorbe y adonde todo va a parar” (143).

La corte es el escenario de las pasiones humanas, donde el prestigio social cobra una importancia desmedida, donde las apariencias, y no la virtud, son el elemento que construye (y destruye) el honor de los hombres. Aquella fuerza que mueve a Guzmán hacia la corte, según Henri Guerreiro, está en función del concepto del honor (121) ¿Por qué si no, el joven Guzmán se siente menos valiente que los otros “mozuelos caminantes” de su misma edad y condición que se atreven a alejarse de los lazos familiares y sociales? Se trata de una cuestión de prestigio y apreciación social lo que mueve al pícaro para no ser visto y encontrado en la situación tan pobre en la que se encuentra; Guzmán se expresa con amargura sobre su estado: “no quisiera ser hallado, ni en aquel oficio” (177).

El examen de conciencia que lleva a cabo Guzmán en el umbral de la vida picaresca es un inventario de las malas obras de sus semejantes. Todos sus semejantes actúan motivados por

el prestigio social; en el mundo no hay hombre que pueda ejercer su oficio de manera honesta: “Todos roban, todos mienten, todos trampean, ninguno cumple con lo que debe” (279). El catálogo de desmanes y embustes que Guzmán testimonia constituye la base sobre la que la sociedad construye la falsa honra. Esto nos lleva a pensar que la relación entre honra y oficios es real y consistente. Esta, además, está representada constantemente en la literatura ficcional de la época. Así lo afirma el doctor Juan Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios para las ciencias*, donde se establecen las seis condiciones esenciales para que el individuo sea estimado en la República, una de ellas es la de “tener alguna dignidad o oficio honroso” (cit. en Guerreiro 136).

El mundo, a los ojos del galeote-narrador, se encuentra en un caos originado por el desapego que los hombres muestran hacia las reglas de sus estados-oficios. La ecuación que enlaza la degradación de los oficios y el caos social la expresa el mismo pícaro: “Todo anda revuelto, todo apriesa, todo marañado. No hallarás hombre con hombre; todos vivimos en asechanza los unos de los otros” (280).

En la literatura de ficción, de la que el *Guzmán de Alfarache* es tan solo una muestra, se representa un entramado social en el que los estados-oficio del hombre se condicionan a la obediencia de las líneas de conducta de cada oficio.<sup>12</sup> El ascenso de la falsa honra hace que el hombre se olvide de sus responsabilidades estamentales y de las reglas de su oficio. Por ejemplo, piensa Guzmán que la honra es la más pesada carga que se ha puesto a los hombros del ser

---

<sup>12</sup> Américo Castro en *La realidad histórica de España*, para definir el espacio donde la sociedad española encontraba su particular modo de vivir, acuñó el término “morada vital”, y para definir el conjunto de actos vitales en el que se desarrolla la historia de un pueblo, el de “vividura” (86-87).



humano. La esencia tormentosa de la honra es muy clara, ya que se trata de los mismos lazos que unen al hombre con su sociedad. Sobre ella se sostiene el funcionamiento del cuerpo entero de la república. De la honra, y del prestigio que lleva aparejado, depende el papel del individuo, su rol dentro de la familia, dentro de la ciudad y del gobierno. Por eso, la honra y la virtud son duramente criticadas en jueces, ministros en el padre genovés, la madre delatora y las malas esposas. En el entramado social que Alemán construye como escenario de las aventuras del pícaro nadie hace lo que tiene que hacer, nadie sigue las reglas de su oficio.

Probablemente, una de las cualidades que los lectores de la época valoraron más en el *Guzmán de Alfarache* fue el descubrir un paralelo entre el universo de la novela y la realidad social de la España de finales del siglo XVI. Aparecen en la novela de Alemán una serie de referencias a aquel periodo en el que el aparato burocrático presenta un desarrollo desmedido. En varios episodios observamos claramente la áspera crítica que el pícaro hace a los jueces: y así se llaman dioses de la tierra [los jueces], por decir deste tal que vende la justicia, dejando de castigar lo malo y premiar lo bueno. (118)

Durante gran parte del siglo XVI, las tensiones sociales connaturales al desarrollo de cualquier sociedad estamental—especialmente los cambios en el llamado tercer estado—se suman a las ya múltiples preocupaciones de los gobernantes españoles. Los monarcas enfrentaban la reciente epidemia de peste, las crisis económicas y encima tenían que hacer cara a los conflictos bélico-religiosos, ya fuera contra el imperio turco-berberisco, o contra los enemigos protestantes, además también los aquejaban los ataques de los piratas en las colonias de ultramar. No es de sorprender que el aparato burocrático creciera desmedida y caóticamente;

no por estar en su etapa inicial dejaba de mostrarse vulnerable a la ineficiencia y a la corrupción.

13

Los conceptos virtud, estado, honor y prestigio están intrínsecamente ligados en un sistema que los hace interdependientes. En la mente del hombre del siglo XVII, estos conceptos son la base sobre la que se apoya el orden estamental de la sociedad. En *Honor poder y élites en el siglo XVII*, José Antonio Maravall asegura que durante el siglo XVI se desarrolla un vínculo entre obligaciones, derechos y privilegios necesarios para la creación y consolidación de los “estados” u “ordenes” en la sociedad. Podemos proponer un comentario sobre el *Lazarillo de Tormes* en la que resaltemos el prestigio y la consecución de un estado. El desembarco en “la cumbre de buena fortuna” desde la que Lázaro puede finalmente escribir a Vuestra merced los pormenores de su vida y de su caso, significa para Lázaro la posibilidad de instalarse en el estado del matrimonio. El hijo del molinero toledano ha adquirido el mayor prestigio que le corresponde a cualquier persona de su linaje. Introducir el tema de la honra evita la simpleza de que el sentido de este pasaje sea una simple ironía. Recordemos que el honor es lo que tiene al escudero—el tercer amo de Lázaro—avergonzado y preocupado. Las malas obras del escudero lo han despojado sus posesiones y su ocupación habitual; con la pérdida de su estado, pierde también su

---

<sup>13</sup> Ya en 1532, las cortes se quejan ante el rey Carlos I de los graves problemas en los juzgados de justicia. El escaso personal capacitado era incapaz de despachar las numerosas demandas y pleitos judiciales, ocasionando retrasos hasta de veinte años (Kagan 4). Los historiadores afirman que Castilla se había convertido en una sociedad esencialmente litigante. Si bien los tribunales castellanos funcionaban regularmente desde la Edad Media no es sino hasta el siglo XVI cuando estos muestran un extraordinario incremento en sus actividades (Kagan 5-6).

poder y su prestigio. De este hecho se deriva la incisiva burla que en la que Lázaro se pregunta cuántos más estarán vestidos con ricas ropas para ocultar la pobreza y defender la negra honra (84).

La honra está directamente relacionada con el estado de cada persona durante la época de Lázaro, y cuando llegue a los lectores la historia del galeote sevillano, la concepción sobre el estado y su sustento en la virtud y la honra no habrán cambiado demasiado. El pícaro toma como un punto de honra el no regresar a la casa materna después de haber salido de la primera venta, antes de dirigirse a Madrid, Guzmán se siente deshonrado a tal grado que, cuando un cerdo lo arrastra por el lodo de las calles de Roma, decide tajantemente abandonar su vida al lado del Embajador.

En la segunda parte de la autobiografía del pícaro sevillano, la velocidad de acción se incrementa y los motivos narrativos se multiplican. Como el final está cerca, la fortuna tiene que colocar al personaje en el asiento de los acusados, se acerca la hora de que Guzmán rinda cuentas. Después de su salida de casa del Embajador, el pícaro sigue su camino, conoce a Sayavedra—que si bien le roba, termina convirtiéndose en lo más parecido a un amigo—y con su ayuda planea una estafa monumental en la ciudad de Siena. Una obra maestra del engaño le permite a Guzmán hacerse con dos bolsas llenas de ducados. El miedo lo hace huir y decide regresar a Génova, donde hace años sus parientes lo desconocieron y humillaron. El deseo de venganza mueve al joven Guzmán, que aprovecha el dinero del hurto para vestirse de manera vistosa y hacer creer a sus parientes que es un acaudalado comerciante. Una vez que engaña a su parentela, hace correr la voz de su gusto por el derroche la dádiva. Su objetivo está bien claro, el pícaro quiere encontrar al tío que lo humilló para sacarle el mayor provecho posible. Pero el tío no es trigo limpio, por las señas que los demás familiares le dan, se entera guzmán que el único

hermano vivo de su padre es está poco comprometido con las obligaciones estamentales: “Dijéronme ser un caballero que nunca se había querido casar” (684), lo que demuestra la falta de inclinación y compromiso hacia el estado del matrimonio. Tal parece ser aquella una cualidad de los miembros varones de la familia del pícaro.

La construcción del "estado" de Guzmán requiere de los mecanismos sociales que solo el prestigio social puede otorgar, incluso cuando se trate de cobrar venganza contra la propia familia. Estos eventos transforman progresivamente a Guzmán en un ente marginado de la sociedad. El pícaro se va alejando del sistema de reglas que le hubiera permitido incorporarse a las instituciones-estado más representativas de la sociedad: el matrimonio, la familia y la justicia. En el episodio del tío estafado se transparenta el entramado de reglas fundamentales que posibilitan la situación del individuo en la sociedad. En lo referente a los lazos familiares, advierte con amargura Guzmán: "donde faltan, el padre al hijo, el hijo al padre, hermano para hermano, yo a mí mismo quebranto la lealtad y me aborrezco" (356).<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> De esta misma afirmación, Carroll B. Johnson hace una lectura materialista. Según Johnson, el entramado familiar en el universo social del *Guzmán de Alfarache* se destruye gracias a la carencia de bienes materiales, más específicamente la falta de dinero (*Inside*108). Desde una perspectiva distinta, basada en la atenta lectura de los pasajes donde el pícaro escribe sobre su familia, creo estar en desacuerdo con lo que el crítico norteamericano afirma. A lo largo de los primeros dos capítulos de la novela el narrador describe detalladamente su entorno familiar. Incluso desde antes de ser concebido, notamos la clara holgura económica de los padres de Guzmán. El padre (supuestamente) biológico de Guzmán regresa a Sevilla con la suficiente cantidad de dinero para poner: “una honrada casa . . . compró una heredad, jardín en San Juan de Alfarache, lugar de mucha recreación” (125). Aun antes de cometer el adulterio, la madre de

El plan del pícaro para consumir su venganza se fundamenta en el prestigio que le otorga la vana honra, aquella que da la ostentación. El tío Beltrán, amén de ser él mismo un solterón, intenta herir el orgullo de su sobrino urgiéndolo a contraer matrimonio. Beltrán le advierte al pícaro que no hay menor manera de preservar la herencia que encontrar a una mujer para casarse. Guzmán reconoce, como lo ha hecho otras veces, la oportunidad de estafar monumentalmente al tío y acepta la propuesta de matrimonio. En su mente ya está listo el plan para engatusar al tío y, haciéndose amigo del capitán de la galera, salir corriendo de regreso a España (695). Haciéndole creer a todo el mundo que la boda se celebrará dentro de un par de días, Guzmán espera que el tío le envíe una generosa dote para obtener los favores del supuestamente sobrino acaudalado. El plan resulta un éxito, Guzmán recibe dos baúles llenos de joyas y se embarca en una galera con destino a España.

---

Guzmán vive holgadamente, el marido es “caballero de hábito militar, que por serlo comía mucha renta de la iglesia” (125). Es hasta la muerte del padre, que la madre del pícaro tiene que enfrentar penurias económicas, pero a estas alturas, el universo familiar ya está más que degradado. La verdadera degradación del hogar materno sucede desde antes de la concepción de Guzmán. El adulterio y el amor pecaminoso han sido condenados a lo largo de la tradición literaria hispánica. En este sentido, Guzmán continúa con la costumbre y no duda en increpar a su madre: “Mas la mujer que a dos dice que quiere, a entrambos engaña y della no se puede hacer confianza” (140). No es sino hasta que el pícaro tiene doce años, muy poco antes de que decida salir a explorar la vida picaresca, cuando el hogar de Guzmán conoce las penurias económicas. Sin embargo, el mismo Guzmán, cuando justifica la salida del hogar, afirma que no su vida no ha sido peserosa: “era yo muchacho vicioso y regalado. . . cavado a torreznos, molletes y mantequillas y sopas de miel rosado, mirado y adorado” (146).

Una de las mayores contribuciones al relativo auge de los estudios guzmanianos, según Judith A. Whitenack, ha sido establecer definitivamente las novelas insertadas como un eco que refuerza los postulados ideológicos propuestos en la fábula del pícaro sevillano (59). De esta manera, resulta coherente afirmar que el conflicto estado-virtud-salvación es constante a través de la novela, incluso en las novelas insertadas. En la historia de Ozmín y Daraja la tensión entre virtud, honor y la conservación del estado es uno de los motivos narrativos más claros y potentes. Ozmín, por ejemplo, tiene que demostrar una diaria dedicación al trabajo manual para lograr que su amo lo mire con buenos ojos. Ozmín se comporta como deberían comportarse los nobles: es honrado, trabaja y es discreto. Pero Ozmín tiene que demostrar la virtud en un momento crucial, frente al toro, durante las fiestas del pueblo. Solo el arrojo de los antiguos caballeros demostrará, sin dejar lugar a dudas, la nobleza su sangre. Su personaje se construye con elementos que definen, en la mentalidad colectiva, a los nobles. El honor y la virtud son característicos del estado de los nobles y caballeros, que tradicionalmente han tenido la obligación de asegurar la paz de la comunidad.

La venganza, el instrumento del honor de los caballeros medievales, también aparece en la historia de Dorido y Clorinda. Los celos conducen al amante despechado a asesinar a Clorinda. Dorido está obligado a tomar la justicia por sus propias manos, y literalmente, antes de colgar al asesino se encarga de mutilarlo. En esta historia, al contrario de la de Ozmín y Daraja, nadie puede establecerse en un estamento. Y es precisamente porque se ha atentado contra el del matrimonio, que como ya vimos, tiene una importancia estructural en la historia del pícaro sevillano. La violencia y la muerte en este relato están en función de los sacramentos que se han violentado. Ya no hay amor, el matrimonio es imposible, la amistad brilla por su ausencia. El

caos que se origina en la historia de Dorido y Clorinda es consecuencia de las malas obras, del desapego, la diversión de las reglas estamentales.

Henri Guerreiro identifica el valor ideológico de los fragmentos donde Guzmán lanza su largo discurso en contra del honor. Afirma el autor que, a lo largo de la falsa autobiografía del galeote, la honra y soberbia conviven tan cerca la una a la otra que terminan por asimilarse; conforme habla Guzmán, también se van delineado los rasgos de una mentalidad colectiva, que el autor califica de depravada. Esta manera de entender el mundo se ve reflejada en la actuación social narrada por el pícaro. Guzmán comienza entonces a censurar la actitud hipócrita y la moral corrompida de dos estados-oficios en particular: en primer lugar, contra todos aquellos que ejercen un cargo público; en segundo, en contra de los nobles y clérigos que en lugar de utilizar lo que sobra de sus riquezas para socorrer a los miserables, se dedican al despilfarro y la ostentación: “los eclesiásticos, prelados y beneficiados: que no les habían dado tanto de renta, sino de cargo; no para comer, vestir y gastar en lo que no es menester, sino en dar de comer y vestir a los que lo han menester (124).

Cuando hace estas referencias de la condición obligatoria de la misericordia, Mateo Alemán no lo hace en un vacío ideológico. Recordemos los consejos sobre la misericordia, en el *Rimado de Palacio* de Pero López de Ayala. Para López de Ayala, es pecado ignorar al pobre, a los que se debe favorecer; desobedecer la práctica de la misericordia diaria se constituye al mismo tiempo en un pecado y en un delito. Tan importante es dar cristiana sepultura a los muertos como aliviar los sufrimientos de los enfermos. Siguiendo esa lógica, es un mandato divino también tener piedad de aquellos que se encuentran en prisión. Socorrer a los presos con comida y vestido, curar las heridas infligidas por el uso diario de las cadenas, sería lo propio de un hombre honrado y virtuoso testigo de los sufrimientos humanos. De cierta manera, Guzmán

en su poética historia se compadece no solo de sí mismo, sino de todos los condenados a galeras, de los reales y los simbólicos. Desde la galera simbólica, Guzmán aclara:

Alguno querrá decir que, llevando vueltas las espaldas y la vista contraria, encamino mi barquilla donde tengo el deseo de tomar puerto. Pues doyte mi palabra que se engaña y a solo el bien común puse la proa. (93-94)

El intento de erigirse como atalaya, como el ancestral guardián de la ley (según los rabinos del siglo XIV), resulta más una acción encomiable que degradante. Asumir que la obra maestra de Alemán no es de un pesimismo ontológico, sino una seria reflexión moral sobre el papel del hombre en la sociedad, significa dejar atrás cualquier alegato sobre el intento desmedido de lograr medrar en el espacio cortesano. La perspectiva teórica que le endilga al *Guzmán de Alfarache* el papel de *pharmakos* social (Cruz 79-80), necesita analizarse y entenderse desde la filosofía moral, entendiendo las conexiones que esta tiene con la mentalidad teológica y su resultado en la creación del entramado legislativo y judicial. No es posible constreñir el *Guzmán de Alfarache* y el espíritu reformador de Mateo Alemán al reducido ámbito del amparo de pobres y la falsa mendicidad.<sup>15</sup> La relación entre los actos cotidianos, la vida pública y la salvación del

---

<sup>15</sup> En el *Guzmán de Alfarache* se transparenta, como una gran metáfora, la concepción de la sociedad y el gobierno. La concepción del estado como un organismo que crea y regula las actividades humanas por medio de las leyes. Esta reflexión parte de los señalamientos que Michel Cavillac hace sobre la relación entre Mateo Alemán y los reformadores burgueses a finales del siglo XVII. Cavillac llama poderosamente la atención sobre el conjunto de pensamientos y sentimientos que comparte un grupo social y que constituye la estructura de entendimiento del universo. Aquellos reformadores proponían transformar convertir la ociosidad de los pobres en mano de obra productiva. Estos pensadores, entre los que se



alma se remonta a muy atrás en el tiempo, como lo recuerdan las palabras de Pero López de Ayala cuando afirma que: “en quanto somos vivos e Dios nos da logar/ de fazer buenas obras, nuestras almas salvar” (vv. 146-47, p. 161). El galeote sevillano es incluso más tajante cuando emite su condena a la ausencia inhumana de buenas obras. Baste recordar el episodio en el que se describe la visión del monstruo de Ravena. Los testigos se dedican a “especular su significación” y concluyen que la falta de brazos significa la ausencia de buenas obras de los habitantes de la ciudad (124).

Los preceptos teológico-legales que dictan al hombre el ejercicio de la misericordia y la ejecución de buenas obras permanecen constantes desde la Edad Media y perviven en la mentalidad social de la España de Mateo Alemán. La pobreza era uno de los aspectos cuya percepción se había modificado al entrar la primera modernidad en Europa. Bartolomé Bennassar lo sintetiza acertadamente cuando afirma que el cambio en la asistencia a los pobres conllevaba una visión distinta de la pobreza (*La España* 204). Esta transformación en la percepción del lugar que en la sociedad deben ocupar los pobres, radica en que, desde el temprano siglo XVI, se entiende la pobreza como un problema más material que espiritual. La misericordia intenta ahora hacer algo distinto: propone darle a los pobres la oportunidad de trabajar, de convertirlos en gente productiva para la república.

En el capítulo dedicado al *Guzmán de Alfarache*, Felipe Ruan propone que los conceptos vestido, posición social, honor y conducta son elementos constituyentes del llamado “capital simbólico” en el *Guzmán de Alfarache* (65). Mi interpretación resalta, desde otra perspectiva, la mención a Cellorigo, Juan de Mariana, Valles de la Cerda y otros, proponían la movilidad de las manos ociosas para beneficiar a la incipiente industria manufacturera de Castilla (“Para una relectura del *Guzmán de Alfarache* y de su entorno sociopolítico” 397)

importancia de la conducta con la adquisición del honor y consecuentemente con la consolidación del individuo en su estamento social. Sin embargo, son necesarios algunos matices a la propuesta de Ruan para ilustrar con mayor claridad el papel que tiene la conducta (los actos diarios), la ostentación y la riqueza económica en el entramado que sostiene el funcionamiento de la sociedad estamental representada en la novela del galeote sevillano.

Para Ruan, la ostentación y la riqueza económica son condición esencial para la vida en la corte (67). Una vez establecido este cimiento, dice el crítico, el medro social se convierte en la motivación central del desarrollo de la novela del pícaro sevillano. Sin embargo, en afirmaciones como esta: “Guzmán voices the desire for social climbing in his determination to become “hombres de bien” (69), se transparenta un serio malentendido. Ruan asocia indisolublemente la expresión “hombre de bien” con aquel individuo que posee riqueza económica. Esta afirmación adolece de la falta de sustento histórico e ideológico que, por el contrario, construye el concepto de ser “hombre de bien” conforme a los actos diarios de los hombres, conforme a la capacidad del individuo de realizar buenas obras. La importancia del bien común y los buenos actos crea en el *Guzmán de Alfarache* una dialéctica que enfrenta los sermones moralizantes del galeote arrepentido con la narración de todos los actos aberrantes que comete. En el sermón se condena, en la narración se ilustra.<sup>16</sup> Las palabras del pícaro desde la galera, en su papel de atalaya—mediador entre las leyes y el pueblo—pretenden iluminar el camino de la humanidad con la

---

<sup>16</sup> Edmond Cros ha descrito muy claramente la estructura retórica del *Guzmán de Alfarache*, donde la narración, la sentencia y el ejemplo funcionan interconectados a lo largo de las aventuras del pícaro. A nivel profundo, la narración del pícaro atiende a los lineamientos estilísticos comunes en la época, y destaca tres: la definición, la enumeración de las partes y los adjuntos (83).

poética historia de su vida, no con el supuesto “caudal” de riquezas materiales que el pícaro pudo haber reunido.

Las acciones de Guzmán desembocan, las más de las veces, en lo que el mismo pícaro considera como la falsa virtud, sin embargo, él galeote-narrador sabe muy bien que “la honra es hija de la virtud” (261). La voz del narrador resuena fuerte y firme a lo largo de todo el libro para advertir de los peligros a los que se enfrenta el alma humana cuando divierte su camino hacia aquella clase de virtud y no la verdadera. El camino hacia la virtud es largo y amargo y una vez adquirida, la virtud es frágil y escurridiza: “ qué trabajosa es de ganar! ¡Qué dificultosa de conservar! ¡Qué peligrosa de traer! ¡Y cuán fácil de perder por la común estimación! (262). Los valores que subyacen en la exposición que de la honra hace el pícaro no demuestran estimación al medro social ni alta estima de la riqueza económica y material, al contrario de lo que propone Ruan. El galeote arrepentido ha construido—sobre la base autobiográfica de tintes agustinianos—una seria reflexión sobre la desestabilización de las condiciones estamentales, el pícaro está consciente de la crisis en el sistema de las reglas de la convivencia cotidiana, de la degradación de las acciones, costumbres y reglas que conforman el concepto que hemos venido definiendo como *estado*.

Las largas y amargas reflexiones que sobre la honra hace Guzmán resultan indispensables para entender en toda su extensión el recorrido picaresco. La honra y las buenas acciones—o su ausencia—están presentes desde la narración de su genealogía hasta su condena en galeras. De ahí la importancia de su inmovilidad social, ya que la galera es el único sitio que posibilita el recuento de las acciones—buenas, malas y peores—del pícaro. Porque de darse cuenta de la diferencia entre las buenas y malas acciones, depende la salvación del pecador, no del ridículo recuento de la riqueza material o de la ostentación de ricos vestidos. La salvación del alma solo

es posible después de haber superado todas las adversidades, de enfrentar las consecuencias de sus malas decisiones y de sus malas obras. Durante el recorrido del pícaro, la fortuna fue cediendo el paso al libre albedrío, al razonamiento, al entendimiento. Llegó la hora de que Guzmán tome cartas en el asunto, se arrepienta, se convierta y salve su alma.

Ruan subraya que en el *Guzmán de Alfarache* el llamado “capital simbólico” es uno de los motivos que impulsa al pícaro en su principal objetivo de lograr un mejor estatus social; sobre todo, señala la importancia que tienen los mecanismos por los que la riqueza material se constituye como esencia de los valores “cortesanos”. Sus principales argumentos se sustentan en la interpretación de dos episodios donde el pícaro sevillano parece ensalzar el valor de la apariencia y la riqueza material. Estas reflexiones llevan al crítico a asumir que la riqueza material es fundamental para lograr el muy anhelado ascenso social (64). El crítico, además, considera que riqueza y ostentación funcionan únicamente en el espacio cortesano (Madrid). La corte, asegura el crítico, aparece en momentos de especial significación dentro de la narración (69). Mi interpretación del *Guzmán de Alfarache* considera que la galera—y no la corte—es el espacio físico más cargado de significado ideológico, más representativo de la crisis socio-política de la España de Felipe II, al mismo tiempo que considero—y demuestro—que el galeote, al contrario del cortesano, con todas las implicaciones socio-históricas, deviene en un personaje innovador y transgresor dentro de la producción ficcional hispánica.

Ruan resalta el afán de medro como el motivo narrativo más poderoso en la novela alemaniana. En la sociedad descrita en el *Guzmán de Alfarache*, los mercaderes tienen la oportunidad de integrarse a la nobleza; sería muy fácil para el protagonista medrar en la sociedad. Guzmán se casa con la hija de un mohatrero y logra un muy buen comienzo en su actividad como usurero; el pícaro se integra con mucha facilidad en la sociedad de los

mercaderes. Sin embargo, lo que Mateo Alemán pretende demostrar es la inestabilidad de su personaje en cualquiera de los estados. El conflicto del individuo con su universo se representa con la imposibilidad de mantenerse en su posición estamental, el deseo de medro en la sociedad es solo una de las muchas etapas por las que necesariamente tiene que circular el pícaro sevillano en su camino hacia la galera. Guzmán deshecha la oportunidad de convertirse en cortesano, en mercader, en religioso; llega incluso a prostituir a Gracia, su esposa. ¿Dónde está entonces la importancia trascendental de llegar a ser mercader o mohatrero que tanto reclama Ruan?

Si Guzmán estuviese marcado indeleblemente por la huella cortesana y mercantil del padre, hubiese terminado genovés y mercader, pero el resultado es muy distinto. El pícaro ha tenido la oportunidad de medrar y permanecer como usurero, pero la historia hubiese terminado ahí. La relación conflictiva entre individuo y sociedad no se limita al solo aspecto monetario. Ruan intenta reducir el *Guzmán de Alfarache* a una única reflexión sobre la riqueza material y el supuesto “capital simbólico” (65, 145). El crítico resalta la usura como elemento esencial en el desarrollo de la fábula entera del *Guzmán de Alfarache*. La actividad de Guzmán como mohatrero se lleva a cabo mientras el pícaro está casado y tiene una incidencia en el fracaso de guzmán por mantenerse en ese estado. Resulta aventurado llegar a conclusiones tan tajantes y encorsetadas como las de Ruan, ignorando el hecho de que las actividades que en las que ha perdurado más tiempo el pícaro han sido dos que poco tienen que ver con las actividades comerciales y en las que la riqueza económica es irrelevante. Si bien es cierto que siendo criado del Embajador el pícaro obtiene cierto prestigio social y logra ahorrar algo de dinero, durante sus años en la Universidad de Alcalá de Henares, todo el supuesto “capital simbólico” pierde su sentido y significación.

El padre de Guzmán, señala Ruan, pertenece al linaje genovés de los comerciantes. Aquellos genoveses, por su recién adquirida fortuna han pasado a incorporarse a la nobleza. Ruan interpreta que, para el pícaro, todo el reconocimiento social—entiéndase prestigio—consiste en gran medida en el reconocimiento que los otros tienen de su capacidad personal para la ostentación material. El “caudal”, para el crítico, encarna en sí toda la carga simbólica que la percepción del hombre honrado merece por parte de su comunidad. Lo anterior es precisamente de lo que se queja el galeote-narrador en su largo discurso sobre la verdadera y falsa honra.

Sin embargo, Ruan se contradice al asegurar que la posición en la sociedad se basa en las relaciones en los lazos de amistad y las alianzas (72) Hay en esta afirmación una contradicción esencial. El Guzmán narrador lanza una serie de arengas en contra de la falsa virtud, de aquella que según él, está sostenida en las apariencias y en la ostentación. La contradicción en los argumentos de Ruan se encuentra precisamente en el que crítico toma la opinión del pícaro joven como la única válida en el universo ficcional, cuando está bien sabido que el *Guzmán de Alfarache* es escenario de la confrontación de la voz del pecador contra la del galeote que moraliza. Esta dialéctica entre la defensa de las buenas obras contra la denuncia de las malas está presente también en los episodios intercalados. Para refutar lo que ha afirmado Ruan sobre la concepción del prestigio social basada esencialmente en la ostentación de la riqueza material, recordemos un clarísimo ejemplo en muchos pasajes de la historia intercalada de Ozmín y Daraja.

En la fábula morisca, los personajes construyen la virtud a base de actos valerosos y desinteresados, es decir, de buenas obras. Cuando los Reyes Católicos, recién triunfantes sobre la ciudad de Baza, quieren retener a Daraja, es por la calidad con la que realiza todas sus obras. Si a Daraja se le puede considerar una excelente cristiana es por el cúmulo de bondades que la

acompañan, tiene virtud por la calidad de sus obras. Y en este aspecto, el linaje también entra en juego; la conquista de Daza no hubiera tenido tan buen fin sin la honorable actitud del padre de Daraja, que se rinde ante los poderosos Reyes Católicos en un acto de honor, porque se sabe más débil que sus adversarios. Daraja recibió una educación refinadísima y no oculta sus buenas costumbres, que además, deslumbran a la reina que la quiere permanentemente a su lado (196).

Haciendo hincapié en los episodios donde se demuestra que la virtud está basada en las buenas obras se resalta el mensaje moral del galeote-narrador como un crisol donde se entremezclan los preceptos religiosos, los actos diarios y la construcción del sistema legal; el extremo valor que les otorga Ruan a la ostentación y la acumulación de riqueza material quedan—y nunca mejor dicho—desvirtuadas. La novela de Mateo Alemán de ninguna manera tiene como objetivo principal resaltar la adquisición de riqueza material, tampoco se hace especial hincapié en subrayar la importancia de aquello que Ruan llama “el capital simbólico”. En este sentido, difiero con las aseveraciones de Ruan cuando afirma que la literatura picaresca, de una manera u otra, valida y aplaude los valores cortesanos (71). Mi opinión se aparta radicalmente de esta observación. El pícaro en sus discursos más encendidos se muestra en contra de lo cosmético, de la apariencia y de lo material; además de denunciar los vicios de la corte en su conjunto.<sup>17</sup>

Encontramos una metáfora que ilustra claramente lo engañosa que resulta la apariencia en la fábula del dios contento, en la primera parte del *Guzmán de Alfarache*. Los hombres veneran solo al dios contento, ante tal muestra de negligencia y liviandad, Zeus y los dioses se muestran

---

<sup>17</sup> En el tercer capítulo de esta tesis, demuestro que el *Guzmán de Alfarache* comparte con la obra de fray Antonio de Guevara una seria crítica en contra de la descomposición de la vida cortesana.

ofendidos. Algunos aconsejan a Zeus a acabar de una vez con la raza humana, otros le aconsejan prudencia. Zeus decide engañar a los hombres, intercambiar a su venerado dios contento por el del descontento, que es tan parecido. Zeus se vale de las apariencias y del apego a lo superficial de los humanos para corregirlos y castigarlos. Toma en vilo al dios contento y los hombres intentan retenerlo agarrándolo de sus ropajes, pero Zeus es más listo y sabe que los hombres se dejan llevar por las apariencias, así que, en los mismos ropajes, deja al dios del descontento. Desde entonces, en el mundo reina el desasosiego y la amargura, como castigo al afán de los hombres de creer en las apariencias materiales:

Aun este yerro viven desde aquellos pasados tiempos, llegando con el mismo engaño hasta el siglo presente. Creyeron los hombres haberles el Contento quedado y que lo tienen consigo en el suelo, y no es así, que sólo es el ropaje y figura que le parece y el Descontento está metido dentro. (187)

A lo largo del *Guzmán de Alfarache*, la apariencia externa y el vestido resultan engañosos la mayoría de las veces. Ozmín, por mencionar un ejemplo, tiene que demostrar que es un hombre honorable y lo logra por sus acciones, no por acumular riqueza material ni ricas vestimentas. El príncipe morisco consigue mostrarse ante sus amos como virtuoso y honorable gracias a su esfuerzo, a la calidad de las obras diarias. Disfrazado de albañil cumple con sus tareas de manera ejemplar, de esta manera llama la atención de don Luis, en cuyo palacio está cautiva Daraja. Esto demuestra que el fiel apego a las reglas que constituyen un estado, cualquiera que sea, conlleva el reconocimiento por parte del resto de la comunidad. La salvación de las almas, en cualquiera de los estados, como ya lo han afirmado el rey Alfonso X, el infante don Juan Manuel, Pero López de Ayala y el mismo galeote arrepentido, se construye con las acciones diarias, con obras desinteresadas y valerosas; para todos aquellos autores no hay fe sin actos.



Por otro lado, Ruan interpreta el éxito social de Guzmán como parte de la racionalidad cortesana. El crítico cree encontrar una relación muy estrecha entre el mundo cortesano y la literatura picaresca. Sin embargo, su definición de novela picaresca resulta opaca, por no decir inexistente. Tampoco se ocupa el autor de definir con precisión qué es lo que entiende por *corte* o por *mentalidad cortesana* (75). Creo que el crítico abusa de la interpretación teórica en el análisis de los conceptos honor y virtud. La importancia que tienen estos conceptos puede entenderse mejor desde la perspectiva filosófico-moral de la época, aquella que, como hemos señalado, establece que las buenas obras y el seguir fielmente los códigos de conducta estamentales desembocan irremediabilmente en la adquisición de prestigio dentro de la comunidad y la consecuente adquisición de honor.

Para Ruan, el espacio cortesano representado en el *Guzmán de Alfarache* es una especie de ámbito (*habitus*) en el que el individuo adopta mental y materialmente las disposiciones de la comunidad en la que se desenvuelve (73). Sin embargo, no toma en cuenta que, en la mentalidad de la sociedad barroca, el prestigio social se adquiere por las obras. El propio Guzmán declara que la apariencia y la ostentación tienen confundida a la sociedad, misma que se ha olvidado de las buenas acciones y el compromiso estamental. Ruan resalta las propiedades simbólicas de la riqueza material en función directa de lo corporal, más específicamente, afirma que Guzmán valora en primer lugar los gestos y el estilo con el que desenvuelve en sociedad (74). Desde mi perspectiva, las reglas que rigen el prestigio y el honor no tienen nada que ver con la descripción que de sí mismo haga Guzmán, al contrario, el acto que adquiere cada vez mayor significado simbólico—y pragmático—es la opinión que de los actos del individuo tiene la comunidad. De ahí que en el prólogo *al vulgo* se le recriminen a la maledicencia general todos los estragos

realizados: “¿Qué santidad no calumnias? ¿Qué inocencia no persigues? ¿Qué sencillez no condenas? ¿Qué justicia no confundes?” (91).

Dentro de la tradición literaria hispánica se muestra también que el apego a las reglas estamentales es más importante que la ostentación y la acumulación del caudal de riquezas materiales. En el *Diálogo de la vida de los pajes de palacio*, Diego de Herosilla ejemplifica las líneas de comportamiento de los aspirantes a cortesanos. En el *Diálogo*, también se representa hasta qué grado son trascendentes las buenas acciones en la vida cortesana (quizá en mayor medida que en el *Guzmán de Alfarache*). Por ser el *Diálogo* un manual de comportamiento se reflexiona en él constantemente sobre el serio compromiso que tienen los señores (léase, nobles) para con las condiciones y obligaciones de su estado. El oficio de la nobleza y su honor no están sustentados en la riqueza material—como lo asegura Ruan en sus especulaciones sobre el *Guzmán de Alfarache*—sino en la fidelidad con la que cumplen lo estipulado para con su estado. Por si fuera poco, el oficio tiene en la vida palaciega una importancia que se remonta a la época del Rey Alfonso X. Los oficios y los oficiales tienen que ser tan importantes como quiera llegar a serlo el señor.<sup>18</sup> En el texto de Herosilla se describen constantemente las hidalguías como:

---

<sup>18</sup> Con respecto a la distribución de oficios, Francisco de Monzón aconseja al príncipe repartirlos con sabiduría. Esto quiere decir que a cada oficio le corresponde una persona que tenga las calidades y merecimientos necesarios. Pero lo más importante es que se hagan claras las leyes y condiciones que requieren los oficios y cargos. Por su parte, los oficiales tienen la obligación de conocer las susodichas leyes, y acatarlas. Esto representa servir y agradar al príncipe con la fidelidad necesaria. Cumplir con lo que los oficios mandan no tiene que ver, por otro lado, con el excesivo agradar y hacer la voluntad del príncipe, cuando esta se muestra contraria a las leyes del oficio (43).

"principalmente no consisten en la libertad de los pechos y los tributos, sino en la virtud y magnificencia de los corazones, y en las obras heroycas con que ellas se adquirieron". Incluso, recuerdan los tertulianos, en la calle circula el dicho que afirma: "hese es ydalgo que haze las obras" (38).

El espacio cortesano es, en el *Guzmán de Alfarache*, lo contrario de lo que es en el *Diálogo*. En la novela alemaniana, la corte es el escenario ideal para mostrar la degradación y el caos social, no un espacio para adquirir prestigio social como asegura Ruan (79). La ineficacia burocrática no podía ser representada en una ciudad que no fuera Sevilla o Madrid; la falta de ética de los magistrados difícilmente podría tener un telón de fondo que no fuera la corte. El pícaro se dirige hacia Madrid sabiendo que ahí tiene la posibilidad de ejercer cualquier oficio. Al abandonar a su amo en la venta, Guzmán fracasa en un primer intento de ejercer un oficio permanentemente; sus impulsos lo dirigen hacia la populosa ciudad y su entendimiento lo invita a intentar un oficio diferente. Su condición en la venta representa: "una vida descansada", pero hasta cierto punto, el ser mozo de ventero le resulta demasiado indigno: "no quisiera ser allí hallado y en aquel oficio" (257). Ya no le apetece al joven Guzmán quedarse quieto mirando a tantos jóvenes que, dispuestos a seguir el camino que los lleva a explorar el mundo, pasan ante los ojos de Guzmanillo, inmóvil en la venta. Algo en su fuero interno lanza al pícaro a demostrar que su valor no desmerece ante nadie. Ante la incertidumbre de una nueva salida, relumbra el prestigio de una vida más desobligada. Guzmanillo toma la decisión de aventurarse en el mundo y lo hace por motivo de lo que él considera honor:

Hícelo punto de honra, entre mi dije: ¡confianza en Dios, que a nadie falta! Con esto determiné pasar adelante y por entonces a Madrid; que estaba allí la corte, donde todo

floreecía . . . muchos grandes, muchos titulados, muchos prelados, muchos caballeros, gente principal. (250)

En la segunda parte de sus aventuras, Guzmán continúa con el conflicto que representa sumergirse en la cada vez más generalizada inestabilidad estamental. Después de años de vivir con el embajador en Roma, la (des) honra lo obliga a salir de nuevo a los caminos. No obstante, enfatiza su deseo de ser bueno. Cuando sale de Roma, va Guzmán lleno de buenas intenciones, pero él mismo sospecha que la sola intención de ser bueno no basta si no va acompañada de un compromiso con las buenas obras:

Salí de Roma con determinación de ser hombre de bien, a bien o mal pasar, Deseaba sustentar este buen deseo: mas, como de aquestos están en los infernos llenos, ¿de qué me importaba, si no me acomodaba? Fe sin obras es fe muerta (598)

Guzmán se ha dado cuenta en el transcurso de su relato—es decir, a través de su vida—que incluso siendo muy joven ha sido usufructuario de sus actos. Él, mejor que nadie, sabe de lo que es capaz. El pícaro tiene conciencia de que si ha tomado malas decisiones también se ha esforzado por descubrir y aprender del mundo. Mientras camina por las calles de Toledo—antes de lanzar el soliloquio contra la honra—un mercader se percata de que el joven sabe leer, porque lo escucha cantando unas coplas. Para su mala fortuna, el mercader le pide ayuda al joven pícaro porque necesita urgentemente firmar unos documentos comerciales. Guzmán señala que no solo sabe leer, sino: “muy mejor escribir” (272). Lo sorprendente es que un “maltrapillo” como lo llama el mercader, sea tan versado en letras. El llamado “capital simbólico” al que Ruan le achaca un peso desmedido en la construcción del universo narrativo del *Guzmán de Alfarache* queda restringido a un ámbito tangencial, superficial y estrictamente material. El crítico no atiende a la importancia que tiene la capacidad para el trabajo y las buenas acciones—de las que

está consciente Guzmanillo—que son los elementos que permiten la comunidad perciba al individuo de manera positiva, y así, adquiera prestigio.

Dentro de la fábula alemaniana, la supervivencia del pícaro depende radicalmente del conocimiento de las reglas y condiciones estamentales. La salvación final se logra únicamente cuando después de su “confesión general” logra el pícaro establecer la diferencia entre actuar bien y mal en cualquiera de los estados. Este conocimiento y apego a las reglas estamentales aplica a todos los escenarios sociales, no está restringido únicamente al espacio cortesano. Ya desde el *Lazarillo* se ensalza la labor del desfavorecido de la fortuna cuando ha podido ascender de estado. Por su lado, el galeote-narrador considera digna de encomio la ardua tarea del hijo de nadie, que luchó para levantarse del “polvo de la tierra”, que la del hijo del famoso, que ha sobrevivido bajo la sombra del honor de su linaje (271). Lo mismo dijo, unos años antes, Lázaro de Tormes sobre el hombre con mala fortuna:

consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto. (11)

El desafío a las adversidades y la mala fortuna acarrear para el hombre honor y prestigio; si bien está todavía presente la impronta del linaje y la educación de los infantes, se resalta en la falsa autobiografía del galeote sevillano la importancia del ejercicio cotidiano de buenas obras, de la lealtad y del compromiso a las reglas estamentales de cada individuo. El objetivo primordial del largo discurso contra la honra es englobar en el concepto *estado* también a los oficios y oficiales. El término *estado* abarca la situación del individuo en el mundo y extiende su carga semántica para incluir en él las responsabilidades del hombre dentro de la sociedad en todos sus niveles, oficios y estamentos.

Tanto pesar le ha traído a Guzmán la honra que, ya encadenado al remo en las galeras, se percata que es inútil preservarla: “¡Dichoso tú, que envuelta entre plomo y piedras, con firmes ligaduras, la sepultaste [la honra] en el mar, de donde más no salga ni parezca!” (277). Al momento de su confesión, la honra se ubica ya muy cerca del lugar desde donde habla el pícaro, el fondo del mar, las entrañas de aquella horrible ballena que son las galeras. Muy cerca de encontrar la salvación de su alma—y del barco de guerra de la armada real—el pícaro deja de preocuparse por la honra. Hay muy pocos momentos dentro de la novela en los que el pícaro asegura ser honrado o haber encontrado la honra. Uno de estos momentos es cuando se casa por primera vez: “Aqueste [su suegro] se aficionó de mí. Tratáronse los conciertos y efectuáronse las bodas. Ya estoy casado, ya soy honrado” (766).

En la literatura hispánica, el estado del matrimonio tiene una importancia capital. Para Fray Luis de León en *La perfecta casada*, el estado del matrimonio es necesario en: “grado y perfección por la necesidad que hay de él en el mundo, para que con él, se conserven los hombres, y para que salgan de ellos los que nacen para ser hijos de Dios” (f.3v). Durante siglos se promueve el prestigio del estado del matrimonio y la importancia de hacer todo lo necesario para mantenerse en él. El matrimonio se convirtió en la institución social de mayor importancia para la sobrevivencia del grupo social. Fray Luis de León lo describe como: “que este estado es el primero y más antiguo de todos los estados” (f.3r). Según Fray Luis, aprobar e instituir el ayuntamiento de los primeros padres, fue la primera lección que Dios le dio a la humanidad (f.4v).

La mentalidad social en la época de Mateo Alemán entendía el matrimonio como uno de los estamentos más antiguos e importantes. Fray Juan de la Cerda en su *Libro de los estados de las mujeres* (1599) corrobora lo dicho por Fray Luis de León: El matrimonio es la más antigua

orden en la tierra, fue establecida por Dios, y es apreciada también por los gentiles y los moros. Su gran importancia reside, amén de haber sido establecido por Dios, en que de ahí salen todos: Casadas, viudas, confesores, mártires, tantos sabios y doctores (273-74). Fue este un libro escrito para avisar sobre el buen gobierno de los estados de las mujeres (cada estado tiene su importancia en el cuerpo místico de la república); las mujeres como parte integral de la sociedad también están sujetas a líneas bien definidas de comportamiento. Por eso, a continuación, dice lo que a cada estado corresponde, los estados de las mujeres son: niñas, doncellas, monjas y casadas (1). San Pablo, según de la Cerda, ordena a las mujeres educar y criar en el bien a los hijos (4). Estos, si son malcriados, pueden pedir la ayuda de Dios, acusar a sus padres y a sus madres por no haberlos adoctrinado y enseñado, por haberlos traído a perdición (8). Al final de su aventura, esto es lo que le sucede a Guzmán. El pícaro, en su confesión general, no solo está exponiendo los vicios de la burocracia y defendiendo la ética mercantil, el pícaro llama enérgicamente la atención sobre el mal funcionamiento de cada estado, particularmente el de las mujeres, incluida su madre, quién al final lo desconoce y traiciona.

El paralelismo entre la vida de Guzmán y los estados descritos por de la Cerda es muy claro. A las niñas les advierte que: “la niñez es edad acomodada para aprender cualquier ejercicio” (9). Guzmán cuando es niño, si bien aprendió a leer y a escribir, se le malcrió; del estado de la juventud, de la Cerda dice: “las doncellas deben aprender oficios: labor, hilar, coser, y otros honestos ejercicios y cuidados” (11). Durante sus años de juventud, Guzmán aprende numerosos oficios: mercader, cortesano, mozo, soldado, falso mendigo. Del estado del matrimonio, de la Cerda condena explícitamente que: “el hombre deje a su mujer una vez consumado el matrimonio” (274); aún más grave es la falta que ha cometido Guzmán al permitir que a Gracia, su mujer, la adulen y enamoren otros hombres con tal de beneficiarse

económicamente. También en el estado de la religión hay un paralelo entre las definiciones de de la Cerda y la vida de Guzmán. Al estado de monja corresponde el intento de Guzmán de convertirse al estado de la religión tras estudiar letras divinas en la Universidad de Alcalá.

El matrimonio de Guzmán con su primera esposa es crucial para ilustrar las relaciones entre la honra, las buenas obras, el prestigio y el estado del matrimonio. Durante la estancia de Guzmán en Madrid, cuando puede por fin hacer uso de las joyas que le robó al tío genovés, aprovechando sus conocimientos de joyero, logra vender el oro y las piedras preciosas. Siguiendo cuidadosamente las líneas de comportamiento de los mercaderes, Guzmán convence al círculo de comerciantes y prestamistas al que pertenece su suegro. Con sus obras los convence de que es capaz de integrarse fácilmente a su círculo social. Lo anterior no sucede por casualidad. El linaje vuelve a pesar sobre el pícaro porque para él es más fácil desenvolverse entre los que, como su padre y sus tíos genoveses, se dedican a la usura, a la mohatra.

Guzmán se inicia en el oficio de la mohatra y resulta bastante dotado para el oficio, tiene éxito, consigue dinero, crédito y compra una casa en la que vive cómodo, una casa que es: “muy graciosa y de mucho entretenimiento (765). Aunado a esta fachada de estabilidad y bonanza económica (ese supuesto capital social), Guzmán se ha hecho de prestigio por seguir cuidadosamente un conjunto de reglas de comportamiento. El pícaro ha hecho precisamente lo que corresponde a los que viven de la mohatra. Por esto mismo se gana la atención de uno de los más reputados prestamistas, quien piensa inmediatamente en convertirlo en su yerno. En este punto, el narrador vuelve a recordar que una de las obligaciones de los progenitores es cuidar al



prospecto de esposo para las hijas.<sup>19</sup> Deben los padres enterarse de las costumbres de la familia del novio, saber cuál es su oficio o estado: “sabes qué mañas, qué costumbres tiene” (766).

Hay, además, un paralelo entre la educación del pícaro y la hija del mohatrero que se convierte en su esposa. Guzmán entra al estado del matrimonio con alguien que, igual que él, ha sido malcriada y consentida durante su infancia (775). Pero es necesario que prestemos atención a las actividades en las que se desempeña el pícaro Guzmán durante los casi seis años que dura casado. Continúa Guzmán con el oficio de mohatrero, prestando dinero y pidiendo como garantía a los deudores escrituras de propiedades. Cuando los deudores no podían pagar la cuantía, Guzmán y la mujer no esperaban para correr con el alguacil, que ya estaba coaccionado, y actuaban así:

hacíamosle el pleito de civil, criminal; buscábamosle algún sobrehueso; sabíamos el censo que tenía sobre la casa, con que dábamos con el hombre de barranco pardo abajo por el estelionato. (776)

Todos los actos deshonestos no pasan sin hacer mella en la conciencia del pícaro. Aunque disfruta de los beneficios de la efímera riqueza, comienza a confesar temor y remordimiento. Guzmán sabe que el ejercicio de este oficio no hace más que alejarlo de Dios y comprometer la

---

<sup>19</sup> En el *libro de Estados de las mujeres*, fray Juan de la Cerda dice: “la primera institución del matrimonio dice que hay que casarse entre iguales, lo contrario sería, por ejemplo, casar un viejo con una joven” (280). Por un lado, Guzmán ha hecho lo que es conveniente, ha elegido una mujer que pertenece a su misma condición; es joven y ha sido educada de la misma manera. Por otro, Mateo Alemán marcó desde un principio a su personaje, desde su nacimiento. Recuérdese que la madre de Guzmán está casada con un hombre mucho mayor.

salvación de su alma y la pérdida de todo lo que ha logrado. En este momento, a manera de epifanía siniestra, se da cuenta el pícaro que él es el mayor enemigo de sí mismo: con mis propias manos llamé mis daños, de manera que las obras buenas del bueno son el premio de su virtud, así los males que obra un malo vienen a serlo de su mayor tormento, mis obras mismas me persiguieron. (778)

Pero todavía la fortuna le tiene deparada otra vuelta de tuerca al destino del pícaro. La hija del mohatrero alcalaíno enferma gravemente, quizá debido a la incertidumbre de saber que han perdido absolutamente todo su dinero, y finalmente muere. Guzmán echa mano a sus últimos recursos para pagarle a su suegro la dote que le dio hace unos años y decide cambiar, de nuevo, de estado-oficio. Ahora el pícaro vuelve su atención hacia el estado de la religión y encamina sus pasos a la Universidad de Alcalá de Henares. Su intención es, que una vez graduado en letras divinas, ganarse la vida holgadamente. Y en este punto, nuevamente, se explaya Guzmán en contra de la deshonestidad de aquellos que pretenden sacar ventaja del servicio a Dios: “no hace otra cosa todo aquel que tratare de ordenarse de misa o meterse fraile sólo puesta la mira en tener qué comer o qué vestir y gastar” (799).

Al llegar Guzmán y Gracia a Madrid, viven situaciones que tienen una gran similitud a lo que vive Lázaro en su matrimonio. En el libro anónimo, afirma Lázaro haber llegado a la cumbre de toda buena fortuna cuando por fin ha podido hacerse en el estado del matrimonio. Las condiciones que el arcipreste establece son claras, pero a Lázaro no le importa ser el esposo engañado mientras pueda decir que está casado y que tiene un oficio. Si algo bueno puede haberle sucedido a Lázaro después de haber transitado por las vicisitudes que ha narrado en su carta, es precisamente llegar al estado del matrimonio y obtener el oficio real. De ahí la importancia del caso—justificación de la narración en su totalidad—pues con eso intenta

Lázaro, de manera concreta y por escrito, salvaguardar su honor. Guzmán, al contrario, se casa enamorado de Gracia. Pero la fortuna, y sus malas decisiones lo llevan a torcer el curso de su matrimonio, a tal punto que, después de ser prostituida en Madrid y Sevilla, Gracia abandona a Guzmán por un capitán de galeras.

Otro argumento en contra de aquellos críticos que creen encontrar una importancia desmedida en la ostentación de la riqueza y que además la consideran como una garantía de jerarquía social, es lo que narrado en el episodio de la vida de la pareja Guzmán-Gracia en Madrid. Si bien las joyas y el dinero empiezan a llegar en buenas cantidades de los amantes de Gracia, el honor de Guzmán, producto de la maledicencia de sus convecinos, es lo que él mismo reconoce como la degradación de su honor:

Galana cosa es que un poderos regale a mi mujer. . . . Si me holgaba dello y consentía que mi mujer lo recibiera; si la dejé salir fuera y gusté que, cuando volviese, viniese cargada de la joya, del vestido nuevo, y mi desvergüenza era tanta que las comía y con todo lo más disimulaba. (839)

Se ha vuelto un lugar común dentro de la crítica decir que en los textos del Siglo de Oro se critica el funcionamiento de los mandos medios de la burocracia jurídica, especialmente de los jueces, notarios y alguaciles. En el *Guzmán* hay varias acusaciones directas a estos individuos, quienes se presumen, son uno de los mayores daños que se pueden hacer a la república:

Aristóteles dice que el mayor daño que puede venir a la república es de la venta de los oficios . . . y así se llaman dioses en la tierra, decir deste tal que vende la justicia dejando de castigar lo malo y premiar lo bueno y que, si le hallara rastro de pecado, lo salvara, niégolo y con evidencia lo pruebo. (41)

El pícaro, desde su posición de Atalaya, se convierte ahora también en testigo presencial del delito que han cometido los jueces que venden la justicia al mejor postor. Hay algunos, según Guzmán, que dejan doblar la vara de la justicia por un monte de oro. Pero sus quejas vienen de más atrás. Cuando nos recuerda la historia de su padre resalta la muy peculiar manera que tenía aquel de evadir la justicia, por medio de sobornos, chantajes y por estar emparentado con los notarios.

Una diferencia concreta entre la primera y la segunda parte de la novela es el aumento en el nivel de esta intolerancia hacia la falta de ética de los miembros de la burocracia, especialmente la civil y judicial. Incluso después de que el mismo pícaro comete un robo en Milán, suelta un discurso en contra de lo peligroso que son para la república los testigos falsos. Cuando está cerca de reunirse de nuevo con los parientes paternos en Génova, Guzmán crítica duramente a los hipócritas y los deslenguados y especialmente a los testigos falsos. Estos encarnan todos los defectos insertos en el alegato sobre la falta de obediencia a las leyes y condiciones de los oficios y estados. El galeote emprende contra ellos que, como parte de la burocracia judicial, han creado una infraestructura de la mentira y la falsedad. Estos individuos son incluso tan dañinos como los ladrones. Además de andar por todas las plazas y los despachos de notarios, hay testigos falsos hechos a medida, los que pueden condenar a cualquier pobreto y los que sirven a los intereses de quien pueda pagarlos. Como siempre, los pobres terminarán en galeras y los ricos se saldrán con la suya (675-76).

La metáfora náutica alemaniana extiende el poder simbólico de la galera desde lo individual hasta lo social. La galera adquiere una naturaleza metafórica, es trasunto del destino de la república en medio del embravecido mar de la historia. En esta figura encontró Mateo Alemán el artificio adecuado para englobar las preocupaciones de toda la comunidad, al mismo

tiempo que representa las vicisitudes individuales del galeote ante el honor, la falta de oficios y la perplejidad ante el caótico proceso de construcción del aparato burocrático que rige los destinos de la república. Guzmán asegura tener la solución a los problemas del reino, pero no se va a dedicar a ello, es pobre, y ya sabe que los pobres no tienen ninguna oportunidad en contra de la justicia de los ricos. Para los ricos y poderosos no están hechas las galeras. El galeote-narrador intuye la solución a los problemas de la república, pero no se anima a llevarlos a cabo: “Bien sé yo cómo se pudiera todo remediar con mucha facilidad, en aumento y de consentimiento de la república, en servicio de Dios y de sus príncipes; mas ¿heme yo de andar tras de ellos, dando memoriales? (678). A Guzmán le interesa es el acto mismo de narrar, de contar la historia de sus pecados, de sus infortunios y sufrimientos como una muestra del camino hacia el arrepentimiento, la conversión y la salvación.

Guzmán recrea una fábula mitológica en la que se recrean ciertos aspectos del funcionamiento del aparato social. En esta narración, Zeus asigna a los seres vivientes su misión en el mundo. Después de crear y poblar el universo manda llamar al perro, al burro y al mono. El Dios les informa que su principal misión en la tierra es servir al hombre. En esta metáfora se transparenta la misión del hombre en el mundo; las acciones, las buenas obras, en cualquiera que sea su estado, se deben encaminar primero a servir a los reyes, para así, servir a Dios. Perplejos ante su misión en el mundo, el burro, el perro y la mona se encaminan ante el soberano creador para aclarar sus dudas. Júpiter, magnánimo, le responde a cada uno de sus subalternos el sentido de sus estadias en la tierra. Al burro le corresponde a lo largo de su vida la tarea de llevar sobre sus lomos la carga de su amo; el hombre. Al perro le corresponde salir a cazar para su amo, y al regresar a casa montar guardia encadenado y recibir por alimento sólo un trozo de bizcocho remojado. A la mona le está reservada llevar de por vida una cadena atada al tobillo y ganarse la

vida haciendo el ridículo. Insatisfechos con su destino, los animales se atreven a preguntar el término de sus condenas, a lo que Júpiter responde que treinta años. Acongojados ante semejante porvenir deciden cada uno pedir clemencia al soberano. Se presentan ante el creador y exponen sus quejas, son escuchados y sus demandas atendidas, Júpiter reduce sus condenas de treinta a diez años y los animales marchan a servir con menos desazón a su amo, el hombre.

Con esta fábula, Alemán ilustra el funcionamiento de las relaciones entre monarca y súbdito y además llama la atención sobre las atrocidades del trabajo forzado, el encadenamiento, la tortura y la precaria alimentación de los galeotes. El pícaro sevillano nos recuerda la humillación a la que son sometidos los condenados marchando de cara al pueblo, aquellas penalidades que en el mundo real eran sufridas por los sentenciados a remar en las galeras. No es de extrañar la vehemencia con la que en la segunda parte Guzmán denuncia la actitud despótica de los nobles para con el resto de la sociedad. Esta queja viene a confirmar lo ya dicho en el primer capítulo, cuando señalamos que la sociedad tripartita se componía—desde un pasado ancestral—en dos estamentos privilegiados que se repartían el poder y dejaban un tercero bajo ellos, para ser maltratado y explotado.

A lo largo de la Edad Media y durante gran parte de los Siglos de Oro, la representación del aparato gubernamental—la relación entre monarca y súbditos—se hacía utilizando la metáfora del cuerpo místico. Bartolomé Bennassar afirma que desde la época del rey Juan II circulaba—especialmente en textos políticos—la imagen de un cuerpo semejante al del hombre, al que no se le podía cercenar sin alterar el funcionamiento del conjunto.<sup>20</sup> Esta

---

<sup>20</sup> Francisco Monzón también utiliza, en su *Libro segundo del Espejo del perfecto príncipe cristiano*, la metáfora de la república como un cuerpo:

representación figurativa de la idea abstracta del poder y su ejecución perdura y se representa en la literatura del siglo XVI (15). En esta época de particular desasosiego se utiliza la metáfora para señalar los problemas que aquejan al cuerpo de la república; se dice en repetidas ocasiones que el cuerpo está enfermo. Las enfermedades son causadas por aquella parte, o partes, del cuerpo que contaminan, a tal punto de ser comparadas con la pesadilla que la epidemia trajo consigo (21). El rey es a este cuerpo terrenal lo que Dios al universo, esta asociación divina valida el poder del rey; el rey es rey porque Dios lo ha dicho así. De ahí que los padres de la iglesia—San Agustín, el primero—conciban la sociedad cristiana en la tierra como un reflejo de la sociedad celestial (25). La concepción del aparato gubernamental y las funciones que debía desempeñar para el buen funcionamiento, tienen como principal protagonista al rey. El monarca es representado como la cabeza que dirige a las demás partes. Pero como sucede dentro del

---

sepas, señor, que toda la república es un cuerpo animado con la razón, cuya cabeza es el príncipe; los senadores y magistrados son el corazón; los jueces, presidentes y gobernadores de las ciudades y provincias tienen las veces de los ojos y de las orejas y de la lengua; las manos de este cuerpo son los oficiales de la casa real y los cortesanos que viven en la corte, los costados y senos son los tesoreros y los mayordomos que guardan la hacienda del príncipe; los labradores, oficiales y gente popular son los pies que sustentan el cuerpo de la república. Pues habiendo de considerar particularmente en este libro de cada uno de estos miembros, demostrando qué oficios convienen a cada uno para que resulte un cuerpo muy elegante y conforme, razón será que empecemos a tatar de la cabeza, que tiene el mando y señorío sobre los otros miembros. (45)

cuerpo, hay distinciones entre las funciones y jerarquías de cada componente del sistema (Bennassar, *La monarquía española de los Austria* 27). La división de los tres estamentos de la sociedad de la que hablamos largamente durante el primer capítulo, surge precisamente, de estas reflexiones.

La representación del cuerpo de la república como cuerpo místico trae aparejada la descripción y responsabilidades de los constituyentes de la misma. La iglesia, como representante de lo divino en la tierra, tiene el papel de justificar la esencia del poder investido en el monarca y la validez de las leyes que este emite para el buen gobierno de la república.<sup>21</sup> Por eso, los teólogos tienen la capacidad en la sociedad de influir en las decisiones de gobierno, por ejemplo, al momento en que pensando que los judíos y los musulmanes eran un cuerpo extraño a la república cristiana, los echaran de la península (Bennassar, *La Monarquía* 28).

El pícaro afirma que, si los súbditos son ociosos, se afecta al estado del monarca. En su entrevista con el Embajador de Francia en Roma, al momento de despedirse, Guzmán se queja de la humillación que la mala fortuna le ha traído con el episodio de su enamorada (que era la criada de la amante del embajador). En este embarazoso suceso, el honor del pícaro se ve manchado, lo que acarrea consecuencias a su amo, el Embajador. El mismo embajador le recuerda a Guzmanillo la importancia de las acciones de los vasallos, ya que en ellas se sustenta también el honor de sus amos. Esta regla no escrita aplica en el nivel de la estructura social en su conjunto,

---

<sup>21</sup> Peter N. Dunn ha dado una explicación sucinta pero iluminadora sobre la condición de la religión en la conformación de la mentalidad social en la España de Mateo Alemán. El mundo se entiende como un signo inmerso en un universo mayor de signos. La economía, el estado, la ley, la justicia, la historia y la antropología, todo dependía de la voluntad de Dios. La iglesia era la responsable de elaborar y explicar este discurso simbólico (141).



se confirma en la concepción del mundo como una gran maquinaria compuesta de elementos que interactúan y dependen unos de otros. La virtud de los súbditos, su honra y el valor de las acciones de cada uno, según su estado, será lo que al final sostendrá y mantendrá el estado del monarca (Monzón 36).

### CAPÍTULO 3

#### EL GALEOTE Y LAS GALERAS. LA GUERRA, EL CRIMEN Y LA CONDENA DEL PÍCARO

La propuesta histórico-literaria de esta tesis tiene que culminar con el análisis de la figura del galeote. Los forzados son la consecuencia lógica de las conductas estamentales desviadas. El castigo a aquellos que se han alejado de los compromisos estamentales está ligado al crimen, a la cárcel, y para nuestro trabajo, a la galera y el remo. Asimismo, la galera es el instrumento opresor de una corona preocupada por los conflictos políticos. En el primer capítulo hablamos de la creación de la sociedad y del devenir del individuo motivado por una fuerza llamada fortuna, y cómo, en la literatura hispánica de la Edad Media, la fortuna tiene la misión de trasladar al hombre de un estado a otro (de una condición vital a otra) a lo largo de su vida. La lógica de la fortuna, a primera vista, está motivada por el azar. Pero en un momento determinado, la fortuna cede el paso a una fuerza mayor, la divina providencia, que introduce entonces cuestiones como la predestinación, el libre albedrío y, en el caso del *Guzmán de Alfarache*, la capacidad humana de sustentar sus actos en el razonamiento.

En el capítulo anterior, analizamos la manera en que en el *Guzmán de Alfarache* y otras obras literarias se delinear las funciones de los distintos estados que componen la sociedad. Resaltamos el papel que juegan, en la literatura hispánica medieval, fuerzas como el honor, la virtud y la salvación. A través del tiempo, esas mismas fuerzas, con distinta orientación, animan el entramado de relaciones conflictivas entre el pícaro y el entorno social representado en la novela. La constante violación a todos los principios estamentales es lo que lleva a Guzmán a refugiarse en el crimen, y consecuentemente, a ser condenado a galeras.

En las páginas que siguen, analizaremos el castigo, real y simbólico, que representan la galera y la figura de los galeotes como penitentes en busca de la salvación. Una sucinta introducción histórica sobre la evolución de las galeras en la historia militar de España es necesaria para mostrar el porqué de lo emblemático que resulta esta embarcación en la literatura de la época. También es preciso señalar algunos puntos en la evolución histórica de la legislación criminal en la España del siglo XVII para poder entender la importancia que tenía la pena de galeras como la mayor institución penitenciaria a partir de mediados del siglo XIV. Dentro de este capítulo analizamos la representación de la corrupción del aparato burocrático. La ineficacia en todos los niveles de gobierno se expresa claramente en el sermón que escucha Guzmán en la iglesia de San Gil, en Madrid, en el que un: “docto predicador . . . fue discurriendo sobre todos los ministros de justicia, hasta llegar al escribano” (116).

La corrupción del sistema penitenciario y el severo castigo en las galeras, son apenas algunos de los rasgos distintivos del sistema legal y del concepto de estado que delineamos en los dos primeros capítulos. El conflicto estamental del pícaro sevillano encuentra una conclusión lógica cuando llega a las galeras. No solo porque constituye el espacio físico desde el cual narra su vida y sus digresiones sobre la fatalidad de la existencia. También en el plano civil, el alcance que tienen las condenas a galeras es significativo; el resurgimiento de la pena a trabajos forzados cumple un papel instrumental para los intereses monárquicos durante más de un siglo. Esta lectura del *Guzmán de Alfarache* nos lleva a una reflexión sobre la historia social durante el Siglo de Oro que ofrece una perspectiva complementaria a la de Anne Cruz en su análisis de la literatura picaresca como un paliativo al problema de la pobreza y la falsa mendicidad. También, esta tesis contribuye al análisis historiográfico cuya inspiración es el seminal libro *Pícaros y*

*mercaderes en el Guzmán de Alfarache* de Michel Cavillac, donde se considera a la novela de Alemán como una voz en defensa de la incipiente ética mercantil.

Benito Brancaforte, por su parte, cree encontrar en el *Guzmán de Alfarache* una representación simbólica del mal. Este mal lo relaciona con la sangre conversa, con los prejuicios castizos que en la sociedad española se tenían en contra de aquellos que descendían de los judíos conversos (164). Mi lectura del conflicto en el *Guzmán de Alfarache* pretende demostrar que el pícaro, lejos de ser malo hereditariamente—o sea, por haber sido malos su padre y su madre—cae en el pecado por la falta de lazos y compromisos con los estados por los que ha transitado. La maldad del narrador-personaje no se sustenta en conceptos teológicos o castizos, como lo esgrime Brancaforte, sino en actitudes éticas. De ahí que su castigo, y la conclusión de su relato, ocurran desde el ámbito penitenciario: la galera.

Guzmán actúa mal a pesar de habersele dado la oportunidad de ser bueno. Incluso ya cumpliendo su condena, la fuerza de la costumbre lo hace volver a caer en el robo, la mentira y el pecado. El hecho de ser su padre levantisco, mercader, afeminado, apóstata y corruptor del sistema judicial, no es determinante en el futuro de Guzmán. Lo que sí lo ha sido, como ya lo señalamos en el segundo capítulo, es el hecho de haber faltado al estamento del matrimonio, y consecuentemente, haber fracasado como padre de Guzmán. Brancaforte asegura que la mancha del linaje judío es la encarnación simbólica del mal (166). De este hecho deduce Brancaforte el énfasis que hace Guzmán sobre la historia de sus progenitores, apenas comenzar el relato. La decisión del pícaro por comenzar contando la historia de sus progenitores cobra coherencia si tomamos en cuenta que la familia es el primer estado al que pertenece el hombre. Como ya lo señaló Fray Luis de León, fue el matrimonio la primera institución que Dios bendijo (f. 4v).

De esta manera, el dilema del protagonista encuentra su justificación en hechos mucho más profundos, y claros, que la supuesta herencia conversa. El conflicto del *Guzmán de Alfarache* es de naturaleza estamental. No es de extrañar que el pícaro comience su relato con la historia de sus padres y la concluya relatando el inicio de su condena a trabajos forzados dentro de las galeras. La historia del pícaro cumple la función de mimetizar la realidad contemporánea del autor, pero no lo hace resaltando únicamente el elemento irrisorio de la sociedad (Molho 9-10), más bien, profundiza en las reflexiones legales y sobre el delito, tan presentes en la tradición literaria hispánica. En la novela de Mateo Alemán, el orden, la estructura y las leyes estamentales se representan conflictivas; desde el abrupto abandono del ámbito familiar, y continuando a lo largo de sus peripecias como mozo de ventero, bufón de embajador, estudiante y mercader, Guzmán es testigo y víctima de este conflicto estamental. Cuando se convierte en proxeneta de su propia esposa, Guzmán atenta contra las leyes del estado más importante, el matrimonio. La caída final del pícaro es inminente; abandonado y estafado, retorna al lado de su madre. Guzmán vuelve a robar, su propia madre lo denuncia y lo abandona, es acusado y sentenciado a las galeras.

El galeote sevillano, cuando narra su historia, se encuentra en la cumbre del monte de todas las miserias; desde las entrañas de la galera, relata su vida. En contraste, su predecesor literario, Lázaro de Tormes, defiende su caso desde la cumbre de toda buena fortuna, después de haber superado todas sus adversidades. No es una casualidad que el escenario que Mateo Alemán eligió para su novela fuese la embarcación náutica de rancio abolengo. Más aun, todo el cuento de la vida del pícaro transcurre en altamar, mientras navegan con rumbo indefinido. El océano ha sido tradicionalmente, en la literatura hispánica, una metáfora del conjunto de las tribulaciones humanas. La mar fue, para Jorge Manrique, aquel lugar donde desembocan todos los ríos de la

vida. Para Antonio de Guevara, la necesidad del hombre por aventurarse más allá de la tierra donde habita, es la clara prueba de la avaricia y el no saber estar del hombre, de su reprehensible propensión a la mudanza de estados. En el mismo espíritu, el mar y la galera son en el *Guzmán de Alfarache* la concreción de la inestabilidad de la vida del pícaro, la representación de una república en crisis y el lugar de conversión y penitencia espiritual.

La galera, según el obispo montañés, fue inventada y construida tanto para defender el reino como para someter a otros pueblos. Hay en la galera una esencia beligerante, un ansia de escapar y pelear. Más aun, la galera, por conducirse mejor en las costas, piensa el autor, es más útil para robar, que para navegar (*Arte de marear* 330).<sup>22</sup> Estas contradicciones, entre la fama y la infamia de la galera, la resume el obispo de Mondoñedo recordando el dicho popular que reza: “Vida de galera, dela Dios a quien la quiera” (329). La sabiduría popular no puede estar mal encaminada, no se sustenta en suposiciones o las aspiraciones de un solo individuo, al contrario,

---

<sup>22</sup> Existe una coincidencia importante entre la descripción de Antonio de Guevara y la definición del término “galera” en el *Tesoro de la lengua castellana* especialmente si atendemos a la función defensiva del barco: “género de navío bien conocido, más para correr las costas que para engolfarse en altamar”. La correspondencia aumenta cuando se hace una sucinta descripción de la tripulación y los motivos por los que se encuentran ahí: “la mayor parte de la chusma de los que están al remo, son hombres facinerosos, que cada uno por si trahía alborotado un pueblo”. Está muy claro que la galera es prácticamente una prisión donde se hacinan los más famosos ladrones: “O del nombre galeagra que vale cárcel, o lugar donde están oprimidos y aherrojados los malhechores, que tales son los forzados de la galera” (f.423 v).

está basada en la experiencia vivida de muchos hombres. Tanto así, que no hay puerto en todo el Mediterráneo en el que no estén asentadas, esperando, las galeras.

Según Guevara, los historiadores cuentan que fue Demóstenes el tebano el primero que inventó la barca impulsada por dos remos. Según Tucídides, fue un tirano corinto llamado Amonicles, el primero que inventó los *navios trirremis*, es a saber, galeras de tres remos por banco. Pero, concluye Guevara, no importa quién haya creado las embarcaciones, el hecho es resaltar el instinto humano de curiosidad, de avaricia y la búsqueda irrefrenable del poder, lo que ha llevado al hombre a adentrarse en los peligros del mar (324-25).

Sumado a las reflexiones de las aventuras y desventuras del hombre a bordo de las galeras, encontramos en la obra de Antonio de Guevara, un número considerable de elementos retóricos y morales que resuenan con fuerza en la novela de Mateo Alemán. El elemento autobiográfico, el estilo pesimista y un impetuoso espíritu moralizante, conforman parte estructural de la estrategia estético-artística del sevillano. Incluso, ambos autores gozaron del buen recibimiento de sus obras por parte de los lectores de su tiempo. Según algunos críticos, el éxito que tuvo el *Menosprecio*, por citar un ejemplo, fue por el extendido gusto entre los lectores del siglo XVI por los temas morales (Castro, “Antonio de Gevara” 47). Se ha repetido hasta la saciedad que en el *Guzmán de Alfarache* el sermón moralizante es uno de los constituyentes esenciales de la novela; la conseja no puede existir sin el consejo, como lo dice el mismo narrador.

Los dos autores consideran esencial privilegiar el punto de vista autobiográfico, ambos narradores se encuentran en un punto desde el que no se puede sino mirar hacia atrás. Antonio de Guevara narra sus vicisitudes en la corte desde la vejez, el galeote desde la galera. En ninguno de los casos se trata de una reflexión feliz, ambos narradores están inmersos en una atmosfera de

desengaño, tanto del mundo como de sí mismos. Para Guevara, la condición del hombre está marcada por la desconfianza hacia el género humano, empezando por sí mismo: "No hay mayor enemigo del hombre que uno mismo" (128). A lo largo del *Menosprecio* flota constante la idea de que las desgracias de la república son consecuencia de la falta de buenas obras

Muchos cuentan que tiene enemigos y no se acuerdan de contarse a sí entre ellos, como sea verdad que no haya hombre en el mundo que tenga a otro por mayor enemigo como es cada uno de sí mismo; y el mayor daño que en esto hay es que so color de quererme aprovechar y mejorar, yo mismo a mí mismo me echo a perder. (129)

La obra de Antonio de Guevara se orienta en dos direcciones; por un lado, la lección moral; por el otro, el consejo a príncipes. Esa condición dual, donde se encuentra la reflexión de la vida vivida y las consecuencias morales, se expresará en el *Guzmán de Alfarache*, donde conseja y consejo se imbrican y sostienen la estructura novelística. Las preocupaciones más urgentes expresadas, tanto en el *Aviso* como en el *Menosprecio*, se encaminan a aconsejar al monarca sobre la mejor manera de conducir la barca de la república, y lo hacen siempre apoyándose en la reflexión moralizante. Guevara analiza y discute los defectos humanos, empezando por su persona, y los extrapola, primero a la corte, luego al reino en general. El enfrentamiento de sensualidad e ideales mundanos es un reflejo de las contradicciones vitales del propio Guevara. Educado desde muy pequeño en la corte, cree todavía en el ideal de vida en el que los caballeros, por medio de la fuerza y el valor, pueden obtener virtud, honor y fama. De ahí que en la obra del obispo esté la huella indeleble de su paso por la corte, principalmente del desencanto y la frustración que ahí encontró. Como lo dice Américo Castro, la decisión de Antonio de Guevara de abandonar el siglo y convertirse a la vida religiosa, tiene qué ver más con su hartazgo que con



el afán místico (48). El enfrentamiento entre sensualidad mundana y deber moral es una impronta en el *Menosprecio*

Oh, cuántas veces en el centro de nuestros corazones se andan peleando, trebejando la virtud que me obligaba a ser bueno y la sensualidad que me convida a ser vano y liviano, de la cual pelea se sigue quedar el mi juicio ofuscado, el entendimiento turbado, el corazón alterado y yo mismo de mí enajenado. (127)

Algunos críticos han encontrado en los textos de Guevara un cierto aire de crítica hacia la política imperial y expansionista de Carlos I. Sin embargo, hay una extensión en el campo del afán crítico que alcanza no solo a aquellos que ejercen el poder, sino al resto de la sociedad estamental. Las meditaciones guevarianas alcanzan a todos los oficios y estados; como hipotético remedio al constante desengaño, Guevara desea que el hombre sea capaz de experimentar todos los estados:

... de vivir todos tan descontentos querríamos probar a qué sabe el ser rey, a qué sabe ser caballero, a qué sabe ser escudero, a qué sabe ser casado, a qué sabe ser religioso, a qué sabe ser mercader, y a qué sabe ser labrador y aun pastor; y al fin después de todo probado, no fácilmente se sabría determinar cuál de aquellos estados habían de elegir.

(*Menosprecio* 132)

Con la continua condena a los vicios y excesos de la corte, Guevara intenta llamar la atención sobre el proceso de descomposición que sufre el vínculo que obliga al individuo hacia los condicionamientos estamentales. En este sentido, Nathalie Peyrebonne apunta que el mensaje del *Menosprecio* no se encamina únicamente a la crítica del poder imperial, sino que, se extiende a un cuestionamiento profundo de las reglas que rigen al cuerpo social en su totalidad. Encuentra Peyrebonne un paralelismo entre la realidad histórica y la confrontación entre corte y aldea. La

llamada a desalojar una corte degradada moral y económicamente, y la consiguiente invitación a retornar a la aldea, se corresponden con el hecho de que desde un muy temprano siglo XVI, se viene desarrollando una crisis de subsistencia que ha dejado el campo desolado (19).

La concepción del cuerpo social en la España de los Siglos de Oro une inextricablemente a todos los elementos que la conforman. Si la cabeza del cuerpo místico no funciona, el resto del cuerpo terminará por colapsarse. Desde este razonamiento, resulta lógico relacionar las deficiencias de la descomposición de la sociedad con una mala gestión del poder. Por lo que la autora alega que la relación entre una encendida prédica moral es una respuesta a los referentes de la realidad histórica. Si el obispo de Mondoñedo se toma el trabajo de denunciar los vicios de la corte, lo mismo se da a la tarea de ofrecer el contrapunto, de proponer un retorno a la idílica aldea. Por otro lado, la sobrepoblación de las ciudades generó graves problemas prácticos y morales; el incremento de la pobreza se corresponde con los vicios de la sociedad en todos sus estamentos (20). La corte, para Antonio de Guevara, es el espacio físico en el que se dan cita todos los estamentos. Ahí se dan la mano los privados con los mercaderes, los letrados, las prostitutas y los comerciantes. La oposición de la corte con la aldea obedece más a la preocupación de Guevara ante la incertidumbre de los estados de la república. Le sucede lo mismo que al personaje alemaniano, en la corte nadie cumple con su deber, nadie obedece a las condiciones de su estado.

Peyrebonne encuentra en la descripción de la aldea guevariana una continuación del tópico del *beatus ille*. Al mismo tiempo señala que, durante el Renacimiento, había dos maneras de construir aquel escenario utópico de la Edad de Oro. Por un lado, la utopía se dirigía hacia el futuro, la utopía del progreso; mientras que, por otro lado, existía una utopía regresiva, aquella que miraba hacía un tiempo ideal perdido ya en el pasado. Según la autora, la aldea descrita por

Guevara se identifica más con la utopía de tipo regresivo. Esta regresión, según la autora, se entiende por la formación religiosa de Antonio de Guevara, lo que trae consigo una fuerte carga de filosofía moral-cristiana embebida en la construcción de su aldea utópica. Esta incorporación de un fuerte componente moral es perfectamente lógica, según la autora, si se recuerda que en España se oponía el pensamiento político al maquiavelismo, que entre otros principios tenía precisamente el de extraer la moral religiosa del ejercicio del poder real.

Creo que uno de los puntos de encuentro entre la obra guevariana y el *Guzmán de Alfarache* se encuentra en la expresión tácita de la profunda preocupación ante el desorden estamental; la corte representa la concretización de este desequilibrio humano. El obispo escribe sus consejos morales desde el retiro, después de su propia experiencia en la corte; mientras que el pícaro lo hace contando su vida desde las galeras, después de haber experimentado en carne propia las violentas contradicciones de la vida en sociedad. Tanto así, que el pícaro se encuentra cumpliendo con una de las condenas penitenciarias más terribles de su época. Podemos decir, en este sentido, que la recolección de experiencias subjetivas en el *Guzmán de Alfarache*, lleva a sus últimas consecuencias las inquietudes del obispo.

Desde la perspectiva moral, la recreación guevariana de la aldea tendría un tinte más de reforma que de utopía. La aldea, en el *Menosprecio*, se construye como un espejo en negativo de lo que sucede en las grandes ciudades, en la corte. Aquella aldea que Antonio de Guevara inventó para sus fines, se oponía a una corte real, en la que el obispo vivió y que conocía profundamente (Márquez Villanueva, *Menosprecio de corte* 16). Es en la corte donde los hombres abandonan progresivamente sus oficios y se alejan definitivamente de la virtud; el mismo Guevara se ha debatido en innumerables ocasiones entre la sensualidad y el deber, entre los ideales religiosos y las pasiones del “noble de viejo abolengo” (Castro, “Un hombre y su

estilo” 49). Pero en la narración alemaniana, la corte es el escenario lógico donde el pícaro busca sobrevivir.<sup>23</sup> La ciudad no es solo escenario de vicios, crimen y violencia, es el lugar en el que se posibilita la existencia de los desheredados de la aldea rural que se quedó vacía (Maravall, *La literatura picaresca* 65).

La corte, que tanto condena Guevara en su obra, se convierte en la ciudad donde Guzmán se inicia en la vida picaresca. La existencia del pícaro, de todos los pícaros, solo encuentra su razón de ser en la mudanza de fortuna. Esta mudanza de fortuna es inherente a cualquier oficio, a cualquier estado, según Guevara. Lo mismo que el galeote sevillano, el obispo de Mondoñedo ha transitado por numerosos estados antes de encontrarse en la posición de reflexionar sobre los vicios y pecados del mundo. Igual que el joven Guzmán, Antonio de Guevara encaminó sus pasos hacia el estudio de las divinas letras; lo mismo que Guzmanillo, estuvo el obispo al servicio de los grandes en la corte. Desde su pulpito del obispado, Antonio de Guevara rememora los momentos más oscuros de su vida y cree encontrar que, de los cuatro estados por los que ha pasado, el de cortesano es el que mayores penas le ha traído; porque, explica, en el estado de la religión sirve el hombre solamente a Dios; mientras que, en la corte, el hombre tiene que dividir sus esfuerzos para agradar y servir a multitud de otros hombres. Mientras en el convento pasa el hombre sus días entre el rezo de sus oras y la confesión de sus pecados, en la corte el hombre no halla sosiego, no cesa la mudanza del tiempo, no hay paz entre murmurar de

---

<sup>23</sup> En la primera parte del *Buscón* de Francisco de Quevedo (1624), se representa a la corte como un abigarrado crisol social. Ahí se dan cita innumerables tipos humanos en su lucha por la sobrevivencia: “en la corte hay siempre el más necio y el más sabio, más rico y más pobre, y los extremos de todas las cosas” (cit. en Del Arco y Garay, *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega* 795)

la gente y ser el blanco de las murmuraciones del vulgo. La maledicencia, para Guzmán, no se limita al ámbito de la ciudad, aquella lo ha seguido inclemente a todas partes. En el amargo prólogo al vulgo, lo deja bien claro el galeote narrador: "Huí de la confusa corte, seguísteme en la aldea. Retiréme a la soledad y en ella me heciste tiro, no dejándome seguro sin someterme a tu jurisdicción" (92).

Si algo iguala al pícaro y al cortesano guevariano, es el poco valor que les representa el porvenir de la república; el egoísmo se convierte así en el objetivo común de ambos, lo único que les importa es el florecimiento de sus estados. Más aun, en este binomio, el galeote sevillano, una vez arrepentido, asumirá el papel que tiene el moralista Guevara. La confesión terminará por emparentar la intención del pícaro y los consejos del obispo. Los dos han decidido, en el final simbólico de su vida, retirarse, convertirse y confesar. El galeote arrepentido cuenta, en su poética historia, sus avatares en una sociedad degradada y conflictiva; el obispo retirado de la corte concluye el relato de sus experiencias con un texto de intensa fuerza emotiva, cargado de vida, pero también de dolor:

Yo mismo a mí mismo quiero pedir cuentas de mi vida a mi vida, pera que, cotejados los años con los trabajos y los trabajos con los años, vean y conoxcan todos cuánto ha que dexé de vivir y me empecé a morir. Mi vida no ha sido vida sino una muerte prolija, mi vivir no ha sido vivir sino un largo morir, mis días no han sido días sino unos sueños enojosos (*Menosprecio* 148)

Antonio de Guevara sabe muy bien que el juicio que hace de sí mismo, y de la corte y los cortesanos, tiene un efecto mucho mayor. Al ser el individuo, cualquiera que sea su estado, parte integral del reino, el obispo pone en tela de juicio la maquinaria monárquica; pero esta crítica no puede ser frontal. Por estar el *Menosprecio* dedicado a los monarcas, lo considera el libro que

mayores esfuerzos le ha requerido: “Porque a los grandes príncipes hémoslos de hablar con humildad y escribir con gravedad” (108). La vida de Guevara en la corte comienza a muy temprana edad; ahí conoce el obispo de Mondoñedo a los poderosos y sus flaquezas. En la corte aprende Guevara que, a los grandes, si bien hay que aconsejarlos, hay que hacerlo con precaución; servirlos con amor y hablarles con temor (109). Pero la relación entre los sabios y los monarcas es recíproca. El binomio anterior corrobora la interdependencia entre los distintos estamentos que conforman el cuerpo místico de la república. Una de las grandes virtudes de los grandes reyes ha sido la disposición a seguir los consejos de los grandes sabios. En el *Aviso*, Guevara resalta el valor de los hombres de letras y de su importancia en el reino:

Si a las historias antiguas queremos dar fe, hallaremos por verdad que los emperadores virtuosos y los reyes venturosos y los capitanes esforzados quando avian de ir a conquistar a sus enemigos primero tomaban a un filósofo elegían a un buen hombre con quien se aconsejar. (f. 9r)

Tal parece que, para el obispo, solo los sabios filósofos eran capaces de llevar a cabo la ardua tarea de aconsejar a los reyes sobre los asuntos de la república. El leer y convivir con muchos y muy provechosos libros, los autoriza para semejante tarea (*Menosprecio* 112). Pero, aun estando tan cerca de los monarcas y aconsejarlos sobre temas graves, los sabios tienen que mantener una sana distancia, ocupar su lugar por debajo de la autoridad real y reconocer el poder que Dios le ha otorgado a los poderosos

es tan suprema la autoridad del príncipe, que absolutamente nos puede exhortar, avisar, reprender y castigar, y nosotros a él no más de le avisar y aconsejar, porque a los buenos príncipes por ninguna cosa se les ha de perder a la vergüenza ni alzar la obediencia. (*Menosprecio* 113)

Aunque el mundo intelectual hispano reconozca la autoridad real, es necesario que los reyes tengan consejeros; nadie mejor que los sabios para aleccionar a los príncipes sobre el camino para alcanzar la sabiduría y la virtud, herramientas indispensables en la práctica del buen gobierno. Las advertencias de Guevara van encaminadas a su vez para los privados, para aquellos que están, en calidad de amigos, cerca de los gobernantes para aconsejarles y ayudarles. Por su parte, el galeote-narrador ha dejado bien claro que su mensaje está dirigido al conjunto de la sociedad, su objetivo se dirige, a pesar de lo que el vulgo pueda pensar, a conseguir el bienestar común:

Alguno querrá decir que, llevando vueltas las espaldas y la vista contraria, encamino mi barquilla donde tengo el deseo de tomar puerto. Pues doyte mi palabra que se engaña y a solo al bien común puse la proa, si de tal bien fuese digno que a ellos sirviese. (94)

El peregrinar emblemático del pícaro es una reacción contra el caos y el desequilibrio reinante en el universo social en el que se desenvuelve (Mesa 209). Pero este esquema narrativo no es nuevo. Alrededor del año de publicación del *Lazarillo de Tormes* se redactó otro peregrinaje, esta vez de un santo. En la *Autobiografía* de San Ignacio de Loyola se narran acontecimientos que tienen una coincidencia notable con las aventuras del galeote sevillano.

El peregrinaje del santo sigue un itinerario muy similar al que seguirá el del galeote sevillano. En su camino hasta Tierra Santa, viaja San Ignacio por Roma, Génova, Florencia y Barcelona. También el joven Ignacio se acerca a la universidad de Alcalá de Henares para estudiar letras divinas. Incluso, el Santo también caerá en la cárcel en más de una ocasión. Más aun, el aspecto más importante a resaltar es la el peregrinaje de estos personajes es que ambos persiguen un fin muy similar: la salvación del alma. A sus veintiséis años, San Ignacio se percató de sus pecados y de su estado, constantemente dividido entre las buenas y las malas obras. Esta

división, entre Dios y el demonio, orilla al peregrino a enmendarse y comienza a mirar detenidamente su pasado. La coincidencia entre el peregrino y el pícaro se hace incluso mayor. La poética historia del pícaro es la mirada echada hacia el pasado para hacer un recuento de sus pecados con el afán de enmendarse y salvar el alma. Los dos personajes se encuentran ahora apartados del mundo, uno por decisión propia, otro por sus malos razonamientos. Pero al igual que el pícaro, el santo decide contar en un libro su peregrinaje para servir al señor y contribuir al bien común (15).

Durante su peregrinaje, los dos personajes son víctimas de una afrenta que los hace dudar sobre su capacidad de hacer el bien. A Guzmán lo despoja Alejandro Bentivoglio de todo lo que tiene; a San Ignacio, por el camino, lo ofende un moro cuando pone en duda la virginidad de María. A estas ofensas, los dos peregrinos responden de una manera muy parecida. El primer impulso de ambos peregrinos es la venganza, alcanzar al ofensor y darle de puñaladas. Pero los dos se detienen ante sus impulsos y le otorgan el control de sus acciones a Dios. Es la fuerza divina la que hace perdonar a quienes los han ofendido. Además de mostrar a sus personajes atribulados entre la venganza y la enmienda de los pecadores, en los libros de Loyola y Alemán se discuten en común otros dos grandes temas. Uno tiene que ver con la pobreza y la misericordia; el segundo es el tema náutico, el viaje marítimo en una galera en medio de la tormenta como metáfora del sufrimiento del hombre en el mundo.

San Ignacio enfrenta, como lo mandan sus votos, la miseria voluntaria. Para ascender a la santidad está obligado a deshacerse de sus posesiones materiales, ofrecerlas a los pobres y pedir limosna para sobrevivir (38). El peregrino entra al estado de la pobreza con un objetivo; está en el mundo para probar que los hombres todavía son capaces de ejercer la misericordia. Al contrario, Guzmán, fingiéndose lisiado, saca provecho de la escasa misericordia que todavía



queda en el mundo para comer sin trabajar. Los dos personajes viajan con destino a la ciudad santa, es en Roma donde los dos ponen a prueba la misericordia del hombre. Los dos retornan desde Italia a bordo de una galera. De regreso en España, los dos personajes estudian humanidades en la universidad de Alcalá de Henares. A su llegada a la ciudad complutense, San Ignacio es tan pobre no encuentra más remedio que refugiarse en el recién construido hospital de Lorenzana (52-53). En Alcalá, el peregrino se muestra tan buen predicador que alcanza fama inmediatamente. Una suerte muy similar correrá el pícaro cuando se haga famoso por su aplicación al estudio.

La representación de las galeras en la literatura de ficción alcanza un amplio espectro; en los textos de Fray Antonio de Guevara, la metáfora náutica sirve para representar la angustia del obispo ante el desorden estamental. En la biografía de San Ignacio, la galera es escenario de las tribulaciones del hombre ante la incertidumbre. Pero ya en la incipiente novela bizantina *Quéreas y Calírroe* se destaca la galera como un escenario significativo. En un episodio fundamental de la narración, dos jóvenes nobles ven interrumpido su amorío violentamente. Después de innumerables peripecias se reencontrarán algunos años después. Pero la galera cobra importancia por ser el lugar donde se separan los jóvenes amantes. La separación de los jóvenes amantes sucede en medio del Mediterráneo, plagado de numerosos navíos trirremes (García Gual 34).

La fuerza simbólica de la nave de guerra cobra fuerza a lo largo de los años y reaparece en varias obras narrativas que vieron la luz en la misma época que el *Guzmán de Alfarache*. Por ejemplo, es en la playa de Barcelona, donde después de ser socorrido por unos pastores, el peregrino de la novela de Lope de Vega escucha que alguien entona una canción en la que se cuenta la historia de la ninfa Philida. Esta se rehúsa a salir a la superficie del mar a ver la

cantidad de galeras que lo pueblan; sus compañeras, al contrario, salen contentísimas a la superficie a celebrar el triunfo de las naves de guerra (*El peregrino en su patria* f. 3v). Hasta en un texto dramático, en la comedia *El arenal de Sevilla*, Lope nos ofrece una postal del puerto de la ciudad hispalense en la que las galeras ocupan un primer plano: “no tiene vista igual / tanta galera y navío / mucho al Betis engrandece” (vv. 5-7). Incluso haciendo gala de su certera ironía, Baltazar del Alcázar—quizá por haber servido él mismo en las galeras—consiente que el sufrimiento enorme de ser cautivo en Argel o de estar encadenado a las galeras, no es tan grande como sufrir a una mujer celosa: “Mas el que tiene la mujer celosa, /ese tiene desdicha, Argel, galeras, / locura, perdición, deshonor y llanto” (15).

Unos años después de la publicación y el éxito del *Guzmán de Alfarache*, la galera vuelve a ser escenario de las cavilaciones sobre el destino de la república. En el *Pasajero*, de Cristóbal Pérez de Figueroa, se cuenta la historia de tres personajes que viajan de Madrid a Barcelona para de ahí, pasar a Italia. La galera es el escenario de las reflexiones de un profesor de teología, un maestro y un soldado, en torno a los males que aquejan a la república. Con un ímpetu inquisitivo muy similar, Cristóbal de Villalón, en su *Viaje de Turquía*, había descrito la vida en las embarcaciones que cruzaban el Mediterráneo para luchar contra los infieles.

También hallamos dos reflexiones significativas sobre las galeras y los galeotes en *Don Quijote*. En el episodio en el que el ingenioso hidalgo libera a los galeotes, Cervantes hace una clara referencia al *Guzmán de Alfarache*. Ginés de Pasamonte es uno de los galeotes que van encadenados a cumplir su condena y en el camino le cuenta a don Quijote que no es su primera vez en galeras y que la vida a bordo tan mala como lo piensa la gente; él mismo aprovechará el tiempo libre para terminar de escribir la historia de su vida (223). Hasta este punto, Cervantes se muestra moderado al hablar de la penuria que significa ser un forzado. Lo que resulta

contrastante con lo que expresa Sancho en la segunda parte, cuando contempla las torturas a las que son sometidos los forzados en las galeras atracadas en el puerto de Barcelona

le fue dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco, con tanta prisa que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos y pensó que los mismos demonios le llevaban . . . quedó el pobre molido, y jadeando, y trasudando, sin poder imaginar qué fue lo que sucedido le había. (426)

El *Guzmán de Alfarache* comparte el espíritu reflexivo y de consternación que dejó plasmado en sus libros Fray Antonio de Guevara. Este estudio propone que ambos autores pretenden ahondar en los mecanismos de desviación de la sociedad. Los motivos narratológicos, en cada cual, resultan distintos, pero el objetivo es muy similar. La desviación social de los personajes de la ficción picaresca en su contexto histórico, según José Antonio Maravall, se explica en un primer momento por la constante alusión al hambre. Esta necesidad de primer orden es una de las muestras inequívocas de que la sociedad está sufriendo una fractura que la aleja irremediamente del esquema ancestral ordenado. En la sociedad de Mateo Alemán, los condicionamientos estamentales disciplinan y limitan al individuo en sus logros y aspiraciones; el hombre no tiene, por definición, la oportunidad de cambiar su lugar respecto al que dicta el orden establecido; a cada persona, sea el estado en el que se encuentre, le corresponde uno y solo un lugar. La ruptura con el modelo medieval se produce cuando se percibe que ciertos individuos triunfan. La percepción del triunfo, o de lo que aparenta serlo, invita al individuo a apartarse de los “modelos de conducta establecidos” (418).

Pero ni el hambre ni la pobreza pueden considerarse como ejes únicos sobre los que gira la ficción picaresca. La propensión que muestran los pícaros a las conductas desviadas de la sociedad, señala Maravall, tienen que ver con el sentimiento de que ni el hambre ni la pobreza

les corresponden por completo—el pícaro no es un santo, ni un peregrino como lo fue San Ignacio de Loyola—y consecuentemente, intentan por medios desviados de la conducta establecida establecerse en un estamento. Esta es precisamente la situación de Guzmán. Al estar inmersos en una sociedad con regulaciones estamentales tan rígidas, y no poder permanecer estables, se ven obligados a realizar actos que se transforman y se perciben como actos delictivos (419).

El desequilibrio social del joven Guzmán está motivado—por lo menos al principio—por la necesidad física y el afán de transitar entre el estado de la familia y el de la vida picaresca. El vivir en el seno familiar, o en su defecto, servir a un amo—como también lo hizo Lázaro de Tormes—representa, o debería representar, la estabilidad necesaria para conducirse dentro de la sociedad. Por el contrario, cuando no se está ni en la familia, ni bajo las órdenes de un amo, el individuo se va colocando cada vez más lejos de la estabilidad estamental. De ahí que el pícaro acepte inmediatamente el ofrecimiento del trabajo en la venta, aunque lo hace con cierta reticencia: “No me pareció para de presente malo; aunque se me hacía duro aprender a servir habiendo sido enseñado a mandar: díjele que sí” (254). El intento de Guzmán por adquirir cualquier oficio es legítimo, desea ganarse la vida aprendiendo una labor. Desde la madurez, dentro de la galera, se recrimina que en aquella etapa temprana de la vida pudo haberse evitado muchos problemas. El romper las reglas estamentales solo le produce dolor ante el recuerdo de su vida pasada.

La amargura y desesperanza, tan constantes en la autobiografía del pícaro sevillano, también hacen una constante referencia al sistema de valores con que el hombre del barroco se vale para ubicarse en el mundo. No por nada expresa Guzmán, con marcado desaliento, que en el desordenado mundo no se halla en quién confiar: “todo anda revuelto, todo apriesa, todo

marañado. No hallarás hombre con hombre; todos vivimos en asechanza los unos de los otros” (280). Maravall señala que la visión del mundo sufre un cambio significativo desde el Renacimiento, donde impera una muy particular visión placentera de la vida, hasta la percepción cada vez más y más aciaga de la condición del hombre del barroco. La relación hombre-naturaleza y la conciencia de pertenecer a su momento histórico condicionan el sentimiento generalizado ser acechado y estar al acecho (593).

Esta angustia ante el desorden estamental es consecuencia del trastoque de numerosos principios de la organización social. Afirma Maravall que la riqueza proveniente del Nuevo Mundo fue uno de los motivos que provocó cambios importantes en las aspiraciones de los súbditos; el cambio la economía, el ascenso de los genoveses como principales financieros y el empuje de la incipiente burguesía, también trastocaron las relaciones del hombre con respecto al lugar que ocupaba en el mundo. Lo mismo pasó con la organización militar, que, al estar la corona española en constante actividad bélica, tuvo que adaptarse y cambiar su estructura de manera notable (594). Es un signo de los tiempos que todos los estamentos estén en crisis. De acuerdo a Cellorigo, los únicos que cumplen con sus obligaciones estamentales son: “los religiosos de todas las órdenes que con esfuerzo y valentía de verdaderos y valientes soldados, no solamente asistieron a lo que su estado de religioso buenamente pedía, no faltando a enfermos, pobres ni ricos” (33).

La salvación del alma no es unilateralmente una cuestión metafísica y ultraterrena. Como lo señalamos en el segundo capítulo, la teología a finales del siglo XVI, tenía un fuerte componente pragmático, que se expresaba en la vida civil. Durante los últimos capítulos de la novela de Mateo Alemán, se confirma la noción de que para salvarse no basta el arrepentimiento y la conversión espiritual, de ahí el acto libertario del último capítulo. Guzmán cuenta su vida

como una larga cadena de errores y pecados desde de la galera, donde se dará ese último gesto necesario para recobrar su pertenencia a la sociedad. El pícaro tiene que soportar la tortura y el trabajo forzado para culminar su penitencia. Solamente denunciando la conjura de los infieles, Guzmán alcanza el escaño desde el que le es dado extender la mano y alcanzar la salvación y la libertad civil.

Para el galeote reformado, lo más importante es salvar el alma en cualquiera de sus estados. Durante la narración, prácticamente todos los estamentos se enfrentan violentamente entre sí. Al pícaro, recién abandona el hogar materno, lo captura la justicia, lo acusan de ser ladrón y lo apalean. Al descubrir su error, los alguaciles lo dejan continuar su camino, pero el joven Guzmán ya no es el mismo, se ha dado cuenta de que está solo frente a un mundo hostil. Esta indefensión ante la sociedad es una consecuencia lógica de la inestabilidad estamental. El autor muestra claramente la vulnerabilidad del niño ante el mundo, especialmente en su primera salida, cuando intenta conseguir alimento. Dos mujeres lo engañan perpetuando una imagen negativa de la maternidad. Cuando joven, Guzmanillo cae en la cárcel dos veces—en el episodio de la toledana que lo acusa por estupro y en Siena cuando acusa a Alejandro Bentivoglio—y no precisamente por cometer algún delito, sino por tratar de exigir justicia ante la autoridad.

En su tránsito por una sociedad que ya muestra fracturas en su estructura estamental, ni siquiera el amor salva a Guzmanillo. A estas alturas del relato, está visto que no puede confiar ni en las mujeres ni en la justicia. Ya nada le impide al pícaro traspasar la línea que divide lo recto de lo desviado. A pesar de haber estado profundamente enamorado de Gracia, la sociedad le ha enseñado solamente conductas desviadas, así que cede a los placeres de la ociosidad y termina prostituyendo a Gracia. El delito no tarda en descubrirse y la pareja sale desterrada de la corte.

Ya de vuelta en Sevilla, Guzmán se enfrenta violentamente con su conciencia, se reprocha a sí mismo sus malas obras y se percata de su situación; se sabe el pícaro fracasado moral y socialmente:

me acuerdo muchas veces y nunca se me olvida mi mala vida, y más la del discurso pasado: el mal estado, poca honra, falta de respeto que tuve a Dios todo aquel tiempo que seguí tan malos pasos. (845)

Sin embargo, aun después de darse cuenta que su mal razonamiento lo ha llevado por el pecado y el crimen, Guzmán persiste en su obstinación y su falta de compromiso con las condiciones y reglas de cualquier estado; a sus malas obras les “echaba, como dicen, la capa encima” (846), se da cuenta de que ha actuado mal pero no es capaz de poner remedio a sus faltas. En Sevilla, Guzmán encuentra en su madre al cómplice perfecto para sus fechorías, es ella la que se encarga de administrar los pecados de la nuera. Sin embargo, la estrechez económica se torna insostenible. Es esta una de las temporadas más duras para Guzmán. Su mujer termina por hartarse del hambre, de la maledicencia del vulgo y de su suegra y huye con el capitán de una galera—repetiendo lo que alguna vez hizo el padre de Guzmán—con todas las joyas y el dinero. La sombra funesta de las galeras se cierne ya sobre el destino de Guzmán.

Las reflexiones del pícaro sevillano se tornan cada más tristes y desencantadas y la humillación lo arrastra a lamentarse de la traición de todo el que lo rodea: “siempre me crie sujeto a bajezas y estuve acostumbrado a oír afrentas, niño y mozo, también se me hacían fáciles de llevar cuando era hombre” (853). De vuelta al hogar materno, no le queda otra que dedicarse a pequeños robos para poder sobrevivir. Ahí es donde se desvela la importancia y la fuerza de la costumbre, que como un príncipe tirano, pone y quita leyes y lo arrastra nuevamente a la caída. En un momento, tiene la oportunidad de entrar a servir a una rica viuda. El pícaro le desvalija la

casa a la anciana sin que se descubra su embuste. Al entrar a servir a la mujer de un rico indiano, se va acercando el pícaro al final de su fábula. Ganándose la confianza de la dueña, Guzmán se enreda en amores fraudulentos con la esclava de la dueña. En secreto, planea el pícaro huir hacia las Indias después de quedarse con el dinero de la venta del ganado y del vino que producen las haciendas. No tarda en descubrirse su embuste, y el día menos pensado, mientras duerme la siesta, llega el aguacil para prenderlo y llevarlo a la cárcel (864).

La angustia de encontrarse sin amo, sin familia y sin oficio, lleva de nuevo a Guzmán a incurrir en actos de desviación. Esta desviación social, afirma José Antonio Maravall, está motivada en un principio, por el hambre y la necesidad. En una sociedad donde los condicionamientos estamentales eran tan rígidos y los individuos estaban tan limitados en sus logros, era casi imposible la movilidad respecto a su posición social. Por esto, la privación de los recursos básicos para la sobrevivencia rompe el orden social establecido. Pero el individuo mira alrededor, explica Maravall, y se percata que otros alcanzan un estatus que se entienden como triunfo. Este supuesto triunfar se aparta de los modelos de conducta tradicionales establecidos (418). La lucha por el triunfo se representa continuamente en el *Guzmán de Alfarache*. Más aun, es este conflicto el que anima las aventuras y tanto aprecia el lector; aquel, afirma el pícaro: “no busca predicables doctrina, sino un entretenimiento de gusto, con que llamar el sueño y pasar el tiempo” (610).

Desde su estancia con el cocinero, el pícaro trata de convencer al lector de la validez de los motivos de su desviación. Guzmán confiesa obsesivamente sus pecados y delitos. Esta “confesión general” es en sí la justificación de la novela entera, de otra manera, no se hubiera tomado el trabajo de relatar todas las aventuras que lo llevaron desde el oficio más bajo—el de mozo de ventero—hasta el de paje del embajador. Cuando la necesidad se torna insoportable,



entró Guzmanillo a servir a un cocinero. No le importó hacer de criado y no recibir paga; el joven sevillano trabajaba para llevarse un pedazo de pan a la boca y de paso ser aceptado en la sociedad, incluso en aquella parcela ínfima de la sociedad donde se daban cita mesoneros, cocineros, viajeros y mercaderes, yendo y viniendo por las populosas calles de Madrid: “los de San Gil, Santo Domingo, Puerta del Sol, Plaza Mayor y calle de Toledo” (193). Pero el mismo bien le hizo mal al joven Guzmán. Cuando ya la necesidad de comida quedó cubierta, vendió lo que le sobraba para dedicarse al juego. Comienza Guzmanillo a desviarse de las reglas aceptadas de la sociedad: “el jugador, nunca hace bien y siempre piensa mal; no tiene amigos ni guarda ley a deudos, no teme a Dios ni estima su alma” (194). El jugador no solo se aleja de Dios, sino que se transforma en un criminal, no le importan los lazos que lo unen a la sociedad. Guzmán no tiene amigos, no le importa su familia, cada día se aleja más y más de las leyes, y de Dios.

El pícaro, conociendo que sus amos están ocupados en actividades poco honrosas, empieza a robar; el pícaro se aprovecha de su confianza para saquear la cocina. Ahí comienza su fama de ladrón. La palabra fama no tiene que ver con la notoriedad, sino con la lo habituados que están en el delito. Algunas veces son “hurtillos de invención”, otras veces los robos son de ocasión. Pero en su ambiente social se da cuenta de que: “dispensero, cocinero, botiller, veedor y los demás oficiales, todos hurtaban y decían venirles de derecho” (289). En España, a partir de 1552, los robos eran el delito que más se castigaba con la pena a galeras. Esta relación robo-galeras se puede malinterpretar como una medida de la corona contra la delincuencia (Heras128). Sin embargo, según demuestra la documentación de archivo, era una medida desesperada a la falta recursos económicos a los que se enfrentaba la corona, y consecuentemente, a la imposibilidad de pagar a los remeros. El hurto, por su popularidad, es el pretexto ideal para extender las sentencias al remo.

Rumbo a Florencia, deciden Guzmán y Sayavedra recuperar lo que Alejandro Bentivoglio les quitó. Mientras tanto, Alejandro se pasea campechanamente por las calles de Florencia luciendo las ricas ropas de Guzmán. Cuando el pícaro lo ve, su primer impulso es vengarse, pero inmediatamente cambia de opinión y decide ir con la justicia. El deseo de Guzmán es que el ladrón: “se convierta y viva” (604). En un intento desesperado por encontrar justicia, va Guzmán con el padre de Alejandro a reclamar el delito. Caro le costará el atrevimiento. Como conoce los entresijos de la justicia—y puede corromperla—el padre de Alejandro pone una querrela por difamación en contra de Guzmán. El pícaro queda desvalido e impotente ya que: “el hombre tenía poder, el juez buenas ganas de hacerle placer . . . y con el soborno y favor pierden las fuerzas razón y justicia” (806).

Los eventos que llevan a Guzmanillo a la cárcel encierran varias reflexiones teológicas, morales y civiles. Aun teniendo las evidencias para probar ante el juez que ha sido víctima de un crimen, el pícaro se ve atado de manos cuando se enfrenta al poderoso que soborna descaradamente a la justicia. Pero, las quejas de Guzmán en contra de los poderosos no deben confundirse con la lucha de clases. En el universo social del *Guzmán de Alfarache*, no se enfrentamiento pobres contra ricos. La queja es tiene su justificación en que el estamento privilegiado corrompe el funcionamiento de la república. El estado que debe de extender la justicia divina en la tierra se dedica a cobrar por sus favores. La acusación es de orden estamental; se está acusando tanto a los poderosos como a los empleados de la justicia de no cumplir con su compromiso estamental.

A la justicia no le importa que todo el pueblo sepa de los desmanes que acostumbra a perpetrar Alejandro Bentivoglio. El Juez alega que, por haberse cometido el crimen en Siena, la información no se puede comprobar (606). Consecuentemente, Guzmán es el que termina en la

cárcel. Al faltarle el dinero para sobornar, nadie le escucha y mucho menos le creen. Es ahí donde apela el pícaro a la única opción viable para el pobre: la justicia divina. No hay hombres ricos que sean suficientemente poderosos ante la autoridad divina; a Dios tampoco le hacen mella letrados que intercedan ni jueces que tuerzan la ley (608). Asegura Guzmán que la función de las justicias no es quedarse con la riqueza de los castigados. La distribución tanto de los bienes y los castigos está en poder de Dios únicamente. El pícaro se da cuenta que en el mundo, tal como está, la salvación está cada vez más lejos del alcance del hombre. Cada día es más y más difícil salvarse, mientras los ladrones sigan conservando lo que robaron (609).

Cuando Guzmán acusa a Alejandro Bentivoglio, el padre se vale de ciertas artimañas legales para revertir el castigo hacia el pícaro sevillano. Por ejemplo, en el libro de *Indicios* se califica la injuria como crimen atroz. Bentivoglio padre se aprovecha para acusar a Guzmán de estar difamando públicamente a su hijo; además, se sirve de vacíos legales, como aquel impide a un juez juzgar a un acusado si los indicios no están en su jurisdicción (f.1v). Aun tratándose de crímenes graves, como la traición o los delitos de lesa majestad el crimen no se puede perseguir, ni el tormento se puede ejecutar sin indicios. Torturar sin indicios es en sí mismo un delito grave y se castiga con la muerte. Este es un recordatorio sobre la obligación que tienen los jueces de cumplir con su oficio de manera honrada y transparente.

La cárcel, lo mismo que la galera, según la descripción del pícaro, es un infierno breve, un lugar donde se dan cita los ladrones sin alma y los locos sin razonamiento: Ella es un paradero de necios, escarmiento forzoso, arrepentimiento tardo, prueba de amigos, venganza de enemigos, república confusa, infierno breve, muerte larga, puerto de suspiros, valle de lágrimas, casa de locos donde cada uno grita y trata de sola su locura. (867)

Según Maravall, la cárcel se propaga rápidamente en el imaginario colectivo como algo negativo porque los súbditos están constantemente en peligro de ser encarcelados (*La literatura picaresca* 612). La galera sería, como institución penitenciaria por antonomasia, la máxima expresión de ese miedo al acecho. Por otro lado, la cárcel, dentro del *Guzmán de Alfarache*, es el escenario de la corrupción de alguaciles y alcaldes. Según el pícaro, acostumbraban las justicias, recién llegaban los presos, a golpearlos y a dejarlos sin sus pertenencias; solo se salvaba el preso que no habiendo cometido delito lo suficientemente grave como para ser azotado—hurto repetido, el asesinato y algún “pecado feo”—lo dejaban andar suelto por la cárcel (867). En Sevilla, Guzmán recibe el mismo maltrato, además de ser despojado de sus pertenencias. Esto nos recuerda lo dicho por Antonio Domínguez Ortiz sobre las carencias económicas de la justicia andaluza, que le impedían, la más de las veces, investigar y perseguir a los ladrones que infestaban las calles de Sevilla. De esa carencia surge la oportunidad para que la corrupción y el soborno florezcan y se inserten en el imaginario literario (“*Guzmán de Alfarache* y su circunstancia” 291).

El proceso de degradación moral que inicia Guzmán en Sevilla, le dará la oportunidad de arrepentirse, cambiar y salvarse. La descripción de la cárcel concuerda con la imagen que nos han dado los historiadores: lugares de tránsito, generalmente hacinados, insalubres y llenos de gente estigmatizada, malvivientes y malhechores que no eran un buen ejemplo para la república. Dentro de la prisión, el peligro de revueltas era real; por ejemplo, en la narración del galeote sevillano, mientras esperan salir hacia las galeras, se acumulan hasta veintiséis galeotes que comienzan a alborotar el presidio. Antes de que ocurra un desastre, ordenan los guardias su salida y encadenados marchan hacia la costa, donde abordarán los barcos de guerra (875).

A lo largo de su vida, Guzmán comete un gran número de delitos. Desde el robo al especiero en Toledo, Guzmán dedicó, con más o menos buenos resultados, a la estafa, al robo, al juego y a forzar a su mujer. En el *Guzmán de Alfarache*, los delitos están asociados estrechamente con el ocio y con el deshonor, más que con la riqueza. Desde que Guzmán llega a la primera posada, hambriento y dispuesto a aprender un oficio, se percató muy pronto de que una de las peores flaquezas que se hallan en el alma humana es la falta de oficio. Sus compañeros de camino no son la mejor compañía. Los ociosos han olvidado la misericordia. En su intento de encontrar un oficio en la venta, Guzmán solo es capaz de encontrar un atisbo de humanidad en un fraile que le ofrece algo de comida. Aunque se ha humillado y suplicado, nadie ayuda a Guzmanillo, nadie le ofrece un oficio honrado. La necesidad transforma al pícaro, que toma conciencia de su situación al escuchar los huéspedes: “¿No se le conoce? Amargo está de ver que va huyendo de casa de su padre o de su amo” (254).

La fortuna sigue mostrándose caprichosa con Guzmanico; se percató que la suerte no es siempre la misma para los que deciden seguir el camino de la picardía y el crimen: “Ladrones hay dichosos, que mueren de viejos; otros desdichados, que por el primer hurto los ahorcan”. Al pícaro, cuando roba y defrauda a la esposa del indiano, la justicia lo condena a seis años sirviendo en las galeras. Si bien se ha salvado de la horca, no se libró de un castigo aun peor. Guzmán va concientizándose gradualmente de la gravedad de sus pecados. Si alguna vez quiso ser bueno, en el camino terminó perdiéndose, principalmente por las malas compañías: “que son verdugos de la virtud, escalera de los vicios, vino que emborracha, humo que ahoga”. La ociosidad y las malas compañías son las causas de su constante retorno al crimen y el vicio; él mismo sabe que el hombre honrado y con oficio, no le faltará la virtud; mientras que “al ocioso no hay vicio que no le acompañe” (299). Imitando todo lo que ve a su alrededor, Guzmán

comienza a robar, abusando de la confianza de su amo el cocinero y su esposa. Pero no tardará en ser descubierto y ser despedido brutalmente de la venta (98). La falta de oficio orilla al joven pícaro a las conductas desviadas; el desequilibrio estamental equivale a criminalidad y marginación.

Ante el acecho de otros maleantes, el hombre del barroco no tiene otra alternativa que olvidarse de los buenos propósitos y sobrevivir. El mismo Guzmán, cuando abandona la casa del embajador tiene en mente enmendar su vida:

Salí de Roma con determinación de ser hombre de bien . . . deseaba sustentar este buen deseo: mas, como de aquestos están en los infiernos llenos, ¿de qué me importaba si no me acomodaba? Fe sin obra es fe muerta. (599)

Pero las buenas intenciones se ven truncadas más pronto de lo esperado. El pícaro conoce a Sayavedra, que utilizando los mismos embustes, le roba todas sus pertenencias, fruto de los años de trabajo en casa del Embajador. Más adelante, en Bolonia, y ya siendo Sayavedra su sirviente y cómplice, perpetran una de las mayores estafas de la novela, robándole a un prestamista más de tres mil coronas. Estas tropelías, no solo son solo actos moralmente condenables, además, cada uno de los delitos—según las leyes en vigor—bastaban por sí solo para mandar al acusado a las galeras. Aun queriendo enderezar su vida, el pícaro termina, una y otra vez, violando las leyes.

Hasta ahora, la fortuna se ha mostrado caprichosa. Aun habiendo el pícaro cometido fraudes, estafas y robos, no ha caído en la cárcel por estos motivos. Algo similar sucedió con el padre, que siendo estafador y levantisco, evitó la prisión. La estafa, era un delito que comúnmente pasaba desapercibido, especialmente si los jueces se dejaban sobornar. Solo Dios, dice Guzmán, será el único capaz de impartir justicia. Los jueces, magistrados, alguaciles y

alcaldes, han hecho de la corrupción y el soborno una costumbre. la justicia no funciona igual para todos; entre los mercaderes estafadores, Guzmán sabe que: “Muchos veo que lo traen por uso y a ninguno ahorcado por ello”. Sin embargo, cuando se es pobre, no hay mucha posibilidad de salvarse del castigo de la justicia: “Si fuera delito, mala cosa o hurto, claro está que se castigara, pues por menos de seis reales vemos azotar y echar cien pobretos a galeras” (115).

La costumbre es, a ojos del pícaro, un tirano príncipe que lo encamina nuevamente a robar. A lo largo de la novela hay un constante deseo de enmienda seguido de una caída en el pecado y el crimen. Aunque se sabe bueno, Guzmán termina echando todo a perder: “que mi natural bueno era . . . yo lo hice malo y lo dispuse mal, enseñármelo la necesidad y el vicio” (298). Lo que bien es cierto es que el crimen termina siendo, voluntaria o involuntariamente, la opción por la que opta con más frecuencia el pícaro. Esta ir y venir del arrepentimiento al pecado es una constante: “no sé qué puede ser, que deseando ser buenos nunca lo somos” (311). No es sino hasta que, ya en la galera, después de sufrir y presenciar el tormento a su alrededor, se da cuenta el pícaro que es mejor caminar por la senda de la virtud; ahí es donde se encuentra a sí mismo: “protestando con mucha firmeza de morir antes que hacer cosa baja ni fea” (889).

Poco antes dar cierre a su poética historia, a Guzmán lo captura la justicia cuando salen a la luz los robos a la mujer del indiano. De los términos de la sentencia nos enteramos por la carta que su amante le escribe: doscientos azotes y diez años en galeras (870). Guzmán se quedó completamente solo: su madre lo ha traicionado y el dinero no le alcanza para pagar la defensa ni para sobornar a escribanos y jueces; la sentencia se confirma: que los azotes sean en vergüenza pública. Guzmán se aísla definitivamente de la sociedad, y avanza, ya sentenciado: “por las calles de Sevilla, porque ni mi madre me acompañó ni quiso verme, y solo fue, solo entre todos” (876).

Antonio de Quevedo y Hoyos, abogado del supremo consejo de su majestad, en su libro de *Inicios y tormentos* (1632), elabora una lista de los delitos en los que es más común y aconsejable el uso de la tortura. En el *Guzmán de Alfarache* los tormentos físicos a los delincuentes se repiten frecuentemente. El libro de Quevedo y Hoyos justifica la existencia y el uso de la tortura en la autoridad de *las siete partidas*. Es el tormento la única herramienta útil para descubrir

a manera de prueba, que a falta de la verdadera hallaron los sabios antiguos, amadores de la justicia, para por medio del descubrir y saber la verdad de los delitos, y conocer los delinquentes, que no pueden ser descubiertos ni conocidos por otro medio ni genero de prueba que por este. (f. 3r)

El autor recuerda que el tormento es un método copiado de los procedimientos inquisitoriales (f. 4r), lo que ratifica la intersección de pensamiento teológico y legislación civil en los procesos judiciales y penitenciarios. Según de Hoyos, los criminales confesos además pueden ser sometidos a tortura cuando se trata de un crimen “atrocísimo” cometido por un ladrón famoso, revolvedor y saqueador de sus pueblos, forzadores o robadores de doncellas.<sup>24</sup> Guzmán, aunque no ha sido especialmente conocido por ser revolvedor de su pueblo, se inserta perfectamente en la clasificación de ladrón famosísimo, además de que ha obligado a su mujer a vender sus favores sexuales. El tormento también está autorizado para aquellos que hayan cometido traición, especialmente para averiguar la identidad de los cómplices (f. 6v). En el último capítulo del

---

<sup>24</sup> Según Antonio de Guevara, la galera no debe llevar más que tripulantes que sean: “falsarios, corsarios, ladrones, traidores, azotados. . . salteadores, adúlteros, homicianos y blasfemos “ (342). Según el *Tesoro de la lengua castellana*, las galeras están llenas de gente indeseable y peligrosa para sus comunidades.



*Guzmán de Alfarache*, la sublevación de Soto sería—de haber triunfado—una traición mayor para los intereses del rey y sus súbditos; entonces, el tormento y los brutales castigos corporales están perfectamente justificados ante el pensamiento legislativo de la época.

Las relaciones humanas no se le dan muy bien a nuestro pícaro. Amén de la mala educación que le proporcionaron sus progenitores y los pésimos resultados de sus intentos en el estado del matrimonio, todos los intentos que ha hecho Guzmán para entablar amistad han terminado en desastre. Sayavedra lo engaña y lo roba; delirante, en medio de una tormenta, Sayavedra se arrepiente de haber querido usurpar la identidad de Guzmán y se suicida. Ya en la cárcel de Sevilla, Guzmán reconoce como camarada a otro famoso ladrón. Soto está en la cárcel por méritos propios y la justicia, lo mismo que a Guzmán, lo ha torturado para que confesara: “en el ansia . . . cantó llanamente” (873).<sup>25</sup> Si bien comienzan siendo socios en el crimen, la traición, en ambas direcciones, no se hará esperar y las consecuencias serán funestas. En el mesón, durante el camino hacia el puerto donde los esperan las galeras, Guzmán roba dos bolsas de monedas y las da guardar a Soto, quién se aprovecha para no devolverle el botín al pícaro. Pero guzmanillo no se va a quedar con las manos cruzadas e inmediatamente se venga y denuncia a su a su antiguo colega. Los guardias azotan a Soto brutalmente hasta hacerlo confesar (879).

Cuando están en las galeras, ya navegando, Soto le roba el trecellín al rico caballero al que sirve Guzmán. Los guardias y alguaciles torturan a Guzmán brutalmente hasta hacerlo confesar. El tormento es tal, que Guzmán se cree punto de morir. Pero sabe, estando en ese trance, que Jesucristo también fue torturado y murió para salvar el alma de los pecadores (900).

---

<sup>25</sup> Según Francisco Rico, el ansia era un método de tortura que se basaba en cubrir la cabeza del criminal y vaciar agua encima para producirle el efecto de ahogamiento (873).

Pero el dolor físico no es lo peor a ojos del galeote atormentado, sino la falta de misericordia de quienes lo rodean y presencian con gusto su tormento, en lugar de dolerse: “juzgasen todos que de aquel castigo era merecedor y no se dolían de mí” (901). En esta escena se intersectan, ahora en mayor intensidad, los preceptos teológicos y los usos penitenciarios.

Si bien es cierto que se encuentra en este episodio una clara referencia a la pasión de Jesucristo, hay que destacar que Mateo Alemán no deja pasar la oportunidad de mostrar su familiaridad con los procedimientos judiciales al uso, mismos que legitimaban la tortura para obtener confesiones y descubrir criminales. Las reflexiones del galeote sevillano sobre la ineficacia y la brutalidad de la justicia se pueden remontar hasta aquel episodio del primer capítulo en el que el pícaro se queja de que a cualquier pobreto azotan y echan a galeras por robar seis reales (115). Pero, tanto en la realidad histórica como en la representada en el *Guzmán de Alfarache*, hay que resaltar el crimen del hurto como un delito castigado con la pena de galeras. La distinción entre delito grave y gravísimo resultaba esencial para determinar el castigo de los criminales. Ser un ladrón famoso, o famosísimo, como el caso de Guzmán, Sayavedra y Soto, se debe a la propensión de la gente a robar de manera repetida, de volver a caer, una y otra vez, en el delito.

Por miedo a estar encadenado al remo, Guzmán se esmera por agradar al caballero al que le han asignado servir. Por ser sirviente de un principal caballero, Guzmán recibe un trato bastante menos duro que el resto de los galeotes. El pícaro se esmera por dejar atrás su pasado pecaminoso, pero la traición no se hace esperar. La galera es el último escaño en el proceso de conversión del pícaro sevillano. Para cuando Guzmán llega al barco de guerra ya lleva sobre las espaldas la muy pesada carga de la culpa, la amargura y el arrepentimiento. El galeote se ha

colocado ya en la atalaya desde la que recuerda sus pecados y atrocidades, desde donde: “rematé la cuenta con mi mala vida” (905).

La figura de Soto resulta ser clave para entender la importancia de la denuncia del pícaro arrepentido. Soto resulta ser un personaje peculiar. Durante algún tiempo fue soldado y viajó por todo el mundo, hasta que, su mala inclinación lo convirtió en el mayor ladrón que hubo en Italia y España. De sus viajes por Berbería, aprendió a hacer tratos con los moros. Por esto mismo, dentro de la galera y para amotinarse, decide convencer a los esclavos moros y a algunos forzados rebeldes. A punto de finalizar la novela, Guzmán toma conciencia de la gravedad de la conjura y manda un mensaje al capitán. El galeote sevillano, como forzado del rey—y especialmente estando en guerra—debe absoluta lealtad a su majestad. Si Guzmán no delata a los rebeldes, estaría cometiendo un delito incluso peor. Además, parece su arrepentimiento sincero: “tuve propósito firme de no hacer cosa infame ni mala por ningún útil que della me pudiese resultar” (904). La razón ha iluminado las acciones del galeote, que ya no espera obtener un beneficio de un acto canalla.

De haber prosperado los planes de Soto y compañía, la nave hubiera caído irremediablemente en manos del enemigo. La traición y los actos de lesa majestad estaban considerados—como lo recuerda el *Libro de indicios y tormentos*—crímenes gravísimos (f. 6v), el manual de de Hoyos es tajante: el juez, ante crímenes de semejante envergadura, no requiere de pruebas para atormentar y condenar a los acusados. Sin embargo, Guzmán se aprovecha del conocimiento de los planes de la conjura, delata a los sediciosos e informa que ocultan las armas debajo de sus respectivos bancos. Al comprobarse la existencia de aquellas, el castigo, fulminante y ejemplar, no se hace esperar, así “Condenaron a Soto y a un compañero, que fueron las cabezas del alzamiento, a que fuesen despedazados de cuatro galeras” (905).

El arrepentimiento del pícaro en la galera, después de toda una carrera como ladrón famosísimo, ha creado un debate en la tradición crítica. Especialmente si se considera, al final del relato, el peso que adquiere la denuncia de Soto y los moros que intentaron hacerse violentamente con el control de la galera. Algunos críticos, como Arias, Brancaforte, Maravall y Márquez Villanueva, aseguran que la conversión del galeote es solamente una artimaña—digna de un hipócrita de la talla de Guzmán—para beneficiarse y reducir su condena; por otro lado, hay quienes, como Moreno Báez, Parker, Michaud, y Guerreiro, aseguran que la conversión de Guzmán, y la denuncia del motín, es un acto en sintonía al clima político-social (Cavillac, “La conversión política” 111).

A través del tiempo, la carga simbólica de la galera gana se va intensificando. En la narración del galeote sevillano, no es únicamente el símbolo de las vicisitudes de la vida de del hombre y de la república en su conjunto. La narración de las aventuras del pícaro solo se concreta en altamar, mientras navegan con rumbo indefinido. Para este estudio, el galeote, como personaje principal, adquiere un significado trascendental. La tripulación de remeros en la galera consistía en tres tipos de remeros: los buenas boyas, remeros a los que se les pagaba un sueldo; los forzados, aquellos criminales que habían cometido delitos graves y habían sido sentenciados a pagar remando en las naves de guerra; y finalmente, los esclavos propiamente dichos, generalmente musulmanes capturados después de una batalla. La importancia del galeote se extrae de la intersección semántica entre pícaro y galeote. El vocablo pícaro, en el *Tesoro de la lengua castellana*, designa a aquellos individuos que han sido vendidos como esclavos (y que están atados a una pica), a causa de la guerra, y que se emplean para oficios viles. Estos no son propiedad de nadie en particular, sino que sirven a la república (f. 587v).

La galera es el espacio donde se dan cita la tortura y la muerte; el sufrimiento físico y emocional, el hambre, el frío, la extenuación física. La galera adquiere, dentro de la narración alemaniana, los atributos propios del purgatorio. Es en aquella prisión flotante, encadenado al remo, donde y cuando el pícaro sevillano se purifica de sus pecados, al mismo tiempo que paga por sus crímenes en la sociedad. No por nada es la cumbre de todas las miserias. La tortura, el hambre, el frío y la extenuación física caracterizan la vida del galeote. En el *Viaje de Turquía*, el propósito que persigue Cristóbal de Villalón es informar a Felipe II de los sufrimientos de los súbditos cristianos cuando se encuentran cautivos del el enemigo. Al mismo tiempo, igual que el inmortal Odiseo, pretende describir las impresiones que le han causado los viajes a aquellas lejanas tierras; aludiendo a la gran tradición de los libros de viajes, el autor aprovecha para informar al monarca sobre las costumbres y vicios del Gran Turco, principal enemigo de la cristiandad (11).

En el *Viaje de Turquía* (1557) se coloca en un lugar preponderante al galeote, testigo de los sufrimientos de los prisioneros de guerra cristianos y además juez implacable de las flaquezas del enemigo infiel. En la galera, los galeotes son torturados casi muertos de hambre y, aun así, obligados a remar encadenados al banco. El narrador del *Viaje de Turquía*, Pedro de Urdemalas, está consciente de la proximidad de la muerte. Según él, cada veinticuatro horas estamos más cerca de morir; ante la inminencia del juicio final es esencial, para salvar el alma en el estado en el que se encuentre, abandonar la mala vida y el ocio (41). Durante buena parte de la narración, las palabras de Pedro de Urdemalas adquieren el tono de la confesión. Siendo cautivo, Pedro espera que alguien pague el rescate que le devuelva la libertad. Su pena tendrá fin, no es eterna, como el fuego del infierno, pero si será lo suficientemente dura y duradera como para hacer de la galera un purgatorio. Más aun, según el narrador, no importa si se trata de las galeras

musulmanas o cristianas, el trato inhumano que se les propensa a los galeotes contribuye a elevar la galera en su estatus simbólico.

En las galeras musulmanas, según el testimonio de Pedro de Urdemalas, las condiciones de los galeotes no son tan distintas a su contraparte cristiana. Las penurias son, sino iguales, bastante similares. De creer tanto a los historiadores como al narrador del *Viaje*, el bizcocho sería prácticamente el único alimento de los galeotes. Tampoco tenían aquellos ropa con la que protegerse de las inclemencias del clima. Sin importar la edad de los remeros, el único cobijo del que gozan es el que: “el cielo colocó sobres sus cabezas” (39). Pero el tormento de los galeotes no se limita a las inclemencias del tiempo. La tortura y la mutilación eran un escarmiento ejemplar; los cautivos, antes de ponerlos a remar, eran azotados y mutilados para que, en caso de ser rescatados, transmitieran el mensaje de sus captores. Pedro de Urdemalas atestigua el castigo al que son sometidos dos de sus compañeros. Al primero: “le cortan los brazos, orejas y narices y le pusieron un rótulo en la espalda que decía: “Quien tal hace tal halla” (48). A este desgraciado lo dejan ir para que los capitanes cristianos se percaten de los tormentos que les esperan a manos de los enemigos.

Alrededor de los años en los que Cristóbal de Villalón escribe la historia de Pedro de Urdemalas, San Ignacio de Loyola dicta su autobiografía en su lecho de muerte. En la narración del santo hay una serie de referencias a la galera que la elevan nuevamente como un símbolo de las vicisitudes del hombre en la sociedad. La galera se suma a los lugares de penitencia tan abundantemente referidos en el libro de San Ignacio. En Salamanca, preso por haber predicado, el santo es encarcelado y en la descripción de su condena se anticipa ya la aparición de la galera. Cual galeote sentenciado, que espera el momento para ir a cumplir su sentencia en las galeras, el santo se enfrenta a la mala administración de la justicia. La importancia que tienen las galeras en

la época se comienza a develar poco a poco dentro de la autobiografía del santo. Llega el momento en que le advierten, cuando quiere ir de Valencia a Génova, que el mar está infestado por las galeras de Barbarroja. La amenaza del imperio Otomano es real, sin embargo, y como parte de su penitencia, el santo se prepara para el viaje con la ración necesaria de bizcocho. Ya abordo de la galera, rumbo a Italia, se desarrolla una escena que tiene una similitud impresionante con la escena donde Guzmán y Sayavedra regresan huyendo a España. Aquél donde la única persona en la que ha confiado el pícaro sevillano, pierde la cabeza y se tira por la borda. El santo, en su viaje de Valencia a Italia, siendo perseguida su embarcación por las galeras de Andrea Doria (50), en medio de una terrible tormenta, en una galera sin timón, se enfrenta a la idea de la muerte inminente.

La galera se convierte, en los dos últimos capítulos del *Guzmán de Alfarache*, en un microcosmos social e ideológico, reflejo de la visión del mundo de Mateo Alemán. Es en este lugar—representación de la institución penitenciaria más grande en la España de los Austrias—donde cobran corporeidad las crisis socioeconómicas que se vienen sucediendo en España desde hace un siglo. La tripulación de esta gran cárcel flotante representa a los habitantes más indeseables de la sociedad: vagabundos, pobres, adúlteros y ladrones. Además, en un sentido más pragmático, la galera es el instrumento del poder expansionista imperial, aquella insana búsqueda del poder que tanto criticó Antonio de Guevara en su *Arte de marear*. Por si fuera poco, en la galera además tiene lugar el ancestral enfrentamiento contra el enemigo infiel, y de ahí la importancia del acto por el cual Guzmán salva la galera de caer en manos de Soto y los esclavos musulmanes. Ya hemos señalado que el escenario del *Guzmán de Alfarache* es la recreación de la metáfora náutica, que enlaza el destino incierto del hombre con el de la colectividad.

Cuando llega a Almagro, Guzmán gasta parte del dinero que le robo al trapero toledano para vestirse elegantemente y salir en busca del capitán de las galeras: “fui a visitar al capitán, diciéndole cómo venía en su busca para servirle”, el pícaro decide gastar el resto del botín para agradar al capitán y convencerlo de que lo acepte en su ejército. Una vez logrado su propósito, Guzmán corresponde: “y en remuneración de ello lo comencé a regalar y servir” (336), y lo hace a manos llenas, como si el dinero nunca fuera a terminarse. En esa ocasión, Guzmán parece seguir fielmente los consejos que Antonio de Guevara le da a todo aquel que pretenda viajar en una galera:

vaya a visitar y hablar al capitán de la galera, y le diga muy buenas palabras, y aun le haga algunos comedimientos . . . porque los capitanes de galera, como desean viento, andan con viento, viven con viento . . . y con esto quieren de los amigos ser honrados, de los enemigos ser temidos y de sus pasajeros servidos. (*Arte de marear* 362)

Cuando la remesa de galeotes llega a puerto, a Guzmán lo reciben los esclavos moros. En ese momento recibe su ración de veintiséis onzas de bizcocho, que el pícaro decide comer sin remojar. Hasta ese momento, todavía tiene el pícaro tiempo para reflexionar sobre su mala fortuna, ya que las galeras ancladas están esperando ordenes (370). Rodeado de malhechores, no es de extrañar que el pícaro se sienta constantemente acosado. Aquí se repite y confirma el emblemático miedo representado por la araña que, acechando a la serpiente, adorna los preliminares de la primera parte de la novela. Rodeado de criminales y malvivientes, no puede conciliar el sueño, temeroso de que alguien lo mate para robarle lo poco que le queda. Esta angustia constante, esa confirmación del tópico de *homo hominis lupus*,<sup>26</sup> coloca al galeote en un

---

<sup>26</sup> La ficción picaresca, para José Antonio Maravall, muestra el proceso de transformación de la visión del mundo desde la perspectiva humanista del Renacimiento, que exalta el



estado muy distinto del de su juventud, de aquél esperanzado viaje en el que Guzmán se embarcó por primera vez en una galera con la ilusión de encontrar a sus parientes paternos en Génova.

Una vez dentro de la galera, cuando ya los esclavos moros le han colocado las cadenas, Guzmán se tiene que conformar con ver pasar de lejos al capitán. Para Guzmán, los acontecimientos han tomado un rumbo totalmente distinto a cuando, hace años, en Génova se hizo íntimo amigo de Favelo, el capitán de la galera en la que huye a España después del robo al tío Beltrán. Como condenado, Guzmán solo tiene trato con los cómitres, los guardias de las galeras a los que intenta sobornar para que le hagan la estancia menos terrible.

Aunque el motivo principal que enfrentaba a cristianos y musulmanes era político, la fe religiosa es un componente esencial para definir quiénes van y quiénes se salvan de las galeras. La historiadora Karoline P. Cook ha estudiado un caso en que la religión cumple un papel vital para la salvación de un galeote musulmán. En 1660, Cristóbal de la Cruz, un esclavo musulmán clama por su libertad ante el tribunal del santo oficio en San Juan de Ulúa, en la Nueva España. Cristóbal ha pasado prácticamente toda su vida en las galeras cristianas como galeote,

---

valor del hombre y la visión placentera del vivir, hasta la inmersión en una cosmovisión que considera la condición del individuo en el mundo como desfavorable, tortuosa y desencantada a la consideración de la desfavorable condición del hombre en el mundo. Hay, según el historiador, en el hombre del Barroco una conciencia más nítida de sí mismo como ser natural y de estar al tanto de los tiempos que vive (593). Esta conciencia del hombre de pertenecer a la naturaleza, lo hace inmediatamente vulnerable, hay una perturbación de la percepción social tradicional que ha sido impulsada, entre otros muchos factores, por el descubrimiento científico y el desarrollo de la técnica militar (594). De esto que el hombre se sienta en constante acecho de sus semejantes.

encadenado al remo. También se ha fugado en varias ocasiones, pero ha sido recapturado. Cristóbal fue hecho esclavo en las galeras por su condición de musulmán. Recuérdese que los galeotes cristianos que remaban en las galeras no eran propiamente esclavos. Pero todos aquellos que no profesaran la religión católica eran sujetos de esclavitud; aunque para fines prácticos, todos los galeotes compartían el mismo trato inhumano, y el mismo aciago destino.

El proceso por el que Cristóbal evita ser sentenciado de nuevo a las galeras tiene que ver con un acto de fe religiosa. Cristóbal tiene que aceptar ante las autoridades inquisitoriales que ha cometido el pecado de la herejía y que está arrepentido de lo mismo. Su suerte entonces, dependerá de si las autoridades creen en él o no. Sin el arrepentimiento ni la confesión, Cristóbal sabe que no hay posibilidades de salvación. Durante el juicio inquisitorial, Cristóbal esgrime como prueba haber sido convertido por las palabras de un marinero que, citando a San Agustín, decía: el que te hizo sin ti, no te salvará sin ti. Una vez en el nuevo continente, Cristóbal de la Cruz utiliza la fórmula que le ha servido previamente en la península. Para salvarse de los remos, ante los tribunales en Sevilla en 1655 y en Barcelona en 1653 volvió a esgrimir el argumento del arrepentimiento y su deseo de convertirse a la fe católica (66). Pero los castigos y la dureza de la vida como galeote lo hacen dudar de cuál de las leyes divinas es mejor para aliviar los sufrimientos de la vida como galeote. Cristóbal es un impenitente que se debate entre la apostasía y la conversión. Esta constante duda no tiene un componente metafísico, sino práctico. Cristóbal está buscando acercarse a la fe que lo le permita tener una vida sin tortura y sufrimientos (75-76).

Hay un paralelismo entre las vicisitudes del Guzmán en la galera y lo que sucede a Cristóbal de la Cruz; ambos se encuentran en la galera en un escenario idóneo para la conversión espiritual, pero principalmente como el umbral a una nueva vida en la sociedad civil. De hecho, concluye Cook, el veredicto de las autoridades inquisitoriales es positivo para Cristóbal, quien

fue enviado durante una temporada a un convento para recibir las enseñanzas del catolicismo necesarias para su reinserción en la sociedad de la Nueva España (78-79). La auto-denuncia y el arrepentimiento del galeote morisco, lo instalan en la posición de penitencia ya establecida por la triaca agustiniana: no hay bueno, que no haya sido malo.

Para el análisis de la figura de los condenados a galera es necesario señalar el paralelo entra las preocupaciones expresadas en la ficción del galeote sevillano y la realidad histórica que conformó la visión del mundo de Mateo Alemán. Esta relación puede ser definida como la representación mimética de una parte de los numerosos conflictos estamentales que estaban tan presentes en la España de Felipe II. Partiendo de la premisa de que en el universo social representado en la novela existe un grave conflicto entre el individuo y su sociedad, no es casualidad que las galeras, especialmente desde la que el pícaro sevillano cumple su condena y cuenta su vida, navegue rumbo a Italia para reforzar la flota de galeras de Nápoles (879). El reino de Nápoles, lo mismo que el de Génova y Venecia, fueron aliados de la corona española contra los turcos durante años. En la falsa autobiografía del galeote sevillano se realizan numerosas reflexiones sobre el problema de la salvación, pero no únicamente la del alma, además, el pícaro entiende la salvación del individuo dentro de la vida civil.

Dentro del universo ficcional del *Guzmán de Alfarache*, la salvación alcanza el ámbito teológico, aquel de la relación conflictiva entre moros y cristianos. En determinado momento, el padre del protagonista reniega del cristianismo para salvar la vida. En su viaje de huida, el padre de Guzmán sale de Sevilla hacia Italia. Durante el trayecto, los moros atacan la nave y lo toman cautivo. Una vez en argel, el cautivo se siente: “medroso y desesperado, el de no saber cómo o con qué volver en libertad . . . como quien no dice nada, renegó” (113). El apostata contrae matrimonio con una mujer árabe, pero cuando le llegan noticias desde Sevilla y se entera de que

sus deudas han sido perdonadas, decide regresar a España. En secreto, vende todo lo que el matrimonio poseía y abandona a su mujer. Una vez de regreso a España reniega de nuevo, esta vez de la ley del islam: “reduciéndose a la fe de Jesucristo, arrepentido y lloroso, delato de sí mismo, pidiendo misericordiosa penitencia” (114)

El cautiverio, uno de los tópicos más recurrentes en la literatura de la época es, al mismo tiempo, un reflejo de los enfrentamientos entre cristianos y musulmanes en el Mediterráneo. El historiador I.A.A. Thompson asegura que, desde la época en que el reino de Aragón se consolidaba como potencia marítima, la paz entre el reino aragonés y los reinos turco-berberiscos del norte de África se mantenía frágil. El acoso de las costas y naves cristianas en el Mediterráneo, por parte de los piratas moros, representaba una amenaza real y en constante crecimiento. Esto, a mediano plazo, tuvo consecuencias bastante negativas, incluso para la corona de Castilla, que se puso en estado de alerta permanente (101).

La guerra contra el imperio Turco en el Mediterráneo, continúa Thompson, se asocia en la imaginación colectiva española a la historia de la reconquista. Las batallas en el mar resultaban una novedad para la población, pero el hecho es que las galeras eran esenciales para apoyar las ofensivas terrestres, tan importantes en los frentes granadinos, norteafricanos e italianos (Thompson 104). Como ya hemos mencionado, en el *Guzmán de Alfarache* aparecen representados los moros, casi siempre, como un elemento extranjero, dañino. Cuando no son una enfermedad que aqueja al cuerpo de la república, son también una amenaza, o el recuerdo ancestral de la amenaza bélica. A finales del siglo XVI, cuando la república se encuentra enfrascada en la defensa de las costas andaluzas y en las batallas en el mediterráneo, es lógico pensar que Guzmán, si bien quiere salvar su alma, colabora a los intereses del rey de España

cuando denuncia la conspiración de Soto y los esclavos moros que intentan hacerse con el control de la galera.

La relación entre los musulmanes y los cristianos permanece conflictiva aún años después de la reconquista. La amenaza que representaba el Imperio Otomano en el mediterráneo para los monarcas españoles ha forjado la leyenda que el emperador Carlos V destinó el rescate pagado en oro por el emperador Atahualpa para financiar la expedición militar a Tunes. Lo que resulta más fácil de comprobar para los historiadores es el hecho de que, aun estando la corona española en serios problemas financieros, los motines de soldados mal pagados, tan comunes en la campaña de Flandes, eran prácticamente inexistentes en las tropas que se dirigían al mediterráneo (Gilmartin 127).

Estos enfrentamientos bélicos se intensifican a finales del siglo XV. El ímpetu otomano había logrado que uno de los hermanos barbarroja tomara Argel alrededor de 1520. Sin embargo, el peñón se mantuvo a salvo hasta 1529, cuando con la ayuda de Federico I de Francia, los turcos logran el control de Gibraltar. Apenas un año antes, el gran militar naval genovés Andrea Doria traslado su lealtad al emperador Carlos V y se convirtió así en el capitán general de la mar. En 1530, bajo órdenes del emperador, Doria lanza una serie de ataques a los reinos musulmanes del norte de África y logra establecer la orden de los caballeros de San Juan en Malta (Gilmartin 129). Como respuesta, Solimán el Magnífico avanza sobre la ciudad de Constantinopla, acto al que responde el emperador con una expedición masiva a Tunes en 1535. La intención de los ejércitos de Solimán era acercarse a la ciudad de Corfu, considerada un punto estratégico para la invasión a Italia (aliado de España). Pero los italianos estaban bien pertrechados y resistieron heroicamente los ataques de Barbarroja. Los ejércitos de tierra de los turcos se repliegan y se decide concentrar los esfuerzos en los ejércitos de mar. Intentando reforzar a los italianos, Doria

se dirige a Corfu pero llega con varios días de retraso. Ante las inclemencias del tiempo, las naves españolas e italianas se desbalagan y son presa fácil para el ejército de Barbarroja.

Las pérdidas en naves y soldados fueron cuantiosas (130). La victoria en la batalla de Prevesa marcó el cenit de la dominación musulmana en el Mediterráneo. Comienzan ahí una serie de intercambios bélicos en los que ambos bandos se turnan las victorias y derrotas. En 1541, Carlos V contraataca e invade Argelia. Pero en 1550 los turcos expulsan a la orden de san Juan de Malta y Trípoli (133). Las derrotas españolas en el Mediterráneo se suceden durante más de una década, pero la más grave sucede en 1560. Al mando del sobrino de Andrea Doria, una flota de cincuenta y cuatro galeras, cinco galeotas, veintinueve naves a vela y un ejército de cinco mil hombres, son emboscados por la armada de Piali Pashá en la isla de Djerba. En esta batalla se pierde más de la mitad de las naves de guerra, y lo que es más importante, casi todos los oficiales, marineros y arcabuceros capacitados. La pérdida de hombres de guerra y oficiales con mucha experiencia va a forzar a la corona española hacer un reclutamiento desesperado de infantería común y corriente.

La consecuencia de esta desesperada decisión se refleja en numerosas derrotas consecuentes. El ambiente era de zozobra total y ya se hablaba de un ataque sobre Malta para 1535. Estas previsiones tenían fundamento, Malta era un punto estratégico para los ataques otomanos a Italia y a la misma España. Para 1571, después de años de derrotas y victorias, se llega a hacer tan concreta la amenaza del imperio Otomano que se decide crear una alianza entre Venecia, el Papado y España. Para detener los avances del enemigo infiel se decide preparar, en un plazo de tres años, doscientas galeras, cien embarcaciones a vela, una infantería de cincuenta mil hombres y una caballería de cuatro mil quinientos. El financiamiento se haría proporcionalmente, correspondiéndole a España la mayor parte de los gastos. A España le

correspondió también la función de nombrar al capitán en jefe de la flota. Felipe II eligió a su medio hermano, don Juan de Austria para el cargo. Poco tiempo después de los acuerdos, don Juan de Austria, tuvo que enfrentar los inesperados problemas domésticos que significaron los levantamientos de los moriscos en las Alpujarras (137-38).

Desde el punto de vista histórico-social, David Abulafia afirma que el enfrentamiento entre los imperios cristiano y musulmán afectó de manera directa la vida de la población. Como consecuencia de los enfrentamientos militares y las decisiones políticas, se creó un espacio donde se debatía fuertemente la cuestión espiritual. Mucha gente navegaba, literalmente, entre dos religiones. El caso de los moriscos es una clara muestra de esta inestabilidad. Los moriscos siempre se percibieron como una amenaza dentro del mismo territorio, como un aliado de los musulmanes turco-berberiscos. Algunos escritores de la época advierten del peligro que representaban para el resto de la república, como lo demuestran eventos como el de los famosos plomos del Sacromonte (471). Especialmente después de la revuelta de las Alpujarras, las autoridades empiezan a considerar inminente la expulsión masiva de los moriscos. Muchos de ellos se dispersaron en desbandada por Castilla y el reino de Valencia; si bien estos rumores sobre la expulsión circulan con fuerza desde 1580, no se materializan sino hasta 1609 (474).

En la imaginación de las autoridades cristianas estaba muy presente la idea de que los moriscos eran aliados de los reinos turco-berberiscos y que, en determinado momento, serían ellos quienes abrieran las puertas de España al enemigo. Cuando se realizó la expulsión, mucha gente se dirigió al norte de África. Pero la adaptación a tierras extrañas no fue fácil. Para hacer la vida cotidiana más llevadera tuvieron los moriscos que pactar con la población. Muchas veces estos pactos significaron asesorar y ayudar a los piratas musulmanes. De esa ayuda dependió en

gran medida el éxito que tuvieron los ataques lanzados a numerosos puertos cristianos a lo largo y ancho del Mediterráneo (476).

Un ambiente de inminente amenaza ante los ataques del Imperio Otomano se refleja constantemente en las páginas del *Guzmán de Alfarache*. Al comienzo de la primera novela intercalada, la de Ozmín y Daraja, el clima anímico dentro de la narración es también de angustia y zozobra ante el enemigo:

Estando los reyes católicos don Fernando y doña Isabel sobre el cerco de Baza, fue tan peleado, que en mucho tiempo dél no se conoció ventaja en alguna de las partes. Porque, aunque la de los reyes era favorecida con el grande número de gente, la de los moros, estaba fortalecida con la buena disposición del sitio. (194)

Solo la intervención divina les dará a los reyes católicos la victoria. Cuando los monarcas se hacen con el dominio de la ciudad, lo primero que hacen es tomar cautiva a Daraja, la bellísima hija del rey. Más adelante, en Almagro, poco después del episodio en el que la justicia confunde a Guzmán con un ladrón, un soldado cuenta una historia en la que el rey Fernando III, liderando el ejército, se ve rodeado irremediablemente por el enemigo, que los supera en número y poderío. También en esta ocasión, Dios es el responsable de la victoria del ejército cristiano. Este relato se le cuenta al pícaro precisamente cuando tiene intención de unirse al ejército: “cuando de un caminante supe que en Almagro estaba una compañía de soldados. Certificóme dello y alegréme grandemente, que solo eso buscaba para salir de congoja” (337).

La historia de los enfrentamientos entre musulmanes y cristianos viene de siglos atrás. Este conflicto ha mediado la percepción que tienen unos de otros. Según Manuel Barrios Aguilera, la frontera con los reinos musulmanes se redibuja en 1492, justo después de la toma de Granada y la caída del reino Nazarí. El problema comienza con el hecho de que la población



sigue siendo mayoritariamente musulmana, aunque obligada a renunciar a su religión. Años más tarde, cuando la amenaza del Imperio turco-berberisco se hace mayor, los moriscos se perciben como un aliado interno del enemigo (352)

Este clima de inseguridad era algo cotidiano entre la población vieja cristiana, que lejos de ser específico de ese momento marcado por la gran actividad bélica, sino que, asegura Barrios Aguilera, proviene de antes de la reconquista (382). Así, recuerda que fue el mismo rey don Fernando el que instituyó una guarda costera del Reino de Granada en 1514. El clima de inseguridad era parte esencial de las preocupaciones más acuciantes de la corona. A lo largo de los siglos, las costas andaluzas sufrieron de los ataques de los piratas franceses y portugueses, lo que obligó a los gobernantes a crear un sistema de torres de defensa que se ubicaban cerca de las ciudades más pobladas (383).

Ese estado de alerta y preocupación ante el enemigo que se representa al inicio de la novela de Ozmín y Daraja está arraigado en la población cristiana viene de muchísimo tiempo atrás. Unos años antes de la publicación del *Guzmán de Alfarache*, tuvo lugar una batalla en el Mediterráneo—dependiendo de la fuerza de los brazos de miles de galeotes—que transformaría la política y geografía mediterránea para siempre. Durante la batalla de Lepanto se enfrentaron más de doscientas galeras del lado cristiano y más de doscientas treinta del musulmán. La victoria de la Liga Santa fue avasallante. El ejército de los infieles perdió la totalidad de sus galeras y murieron treinta mil de sus hombres. Las tropas cristianas liberaron más de diez mil galeotes e hicieron esclavos a quince mil infieles (Gilmartin 149).

Las acuciosas necesidades que ocasionó la guerra en el Mediterráneo se ven referenciadas en uno de los conflictos estamentales del pícaro sevillano. Uno de los cambios de estado más significativos que pretende acometer Guzmán es convertirse en soldado. Con ciertos cargos de

conciencia por haberle robado al mercader de Toledo, el pícaro se dirige a Almagro para sumarse a la armada real. Pero en la ciudad costera el desesperanza y la expectación predominan en el ánimo del ejército, todos: “estuvimos esperando que viniesen las galeras. Tardaron más de tres meses” (340). Quizá esta molesta y larga espera tenga su origen en lo que los historiadores afirman sobre la deficiente administración de las naves de guerra. Para 1561, solo un treinta por ciento de las galeras de la armada pertenecían a la corona española, el resto lo administraban más de veintidós propietarios diferentes (Thompson 98).

La galera, como ya lo hemos afirmado, es uno de los escenarios más importantes dentro la poética historia del galeote sevillano. Sin ir más lejos, en una de ellas escribe el galeote la historia de su vida, en la galera que lo lleva de regreso a España muere Sayavedra, la única persona a la que podemos calificar de amigo; en una nave huye Gracia, la única mujer de la que ha estado enamorado el personaje. Las galeras lo llevan a Italia a conocer a sus parientes genoveses y en ellas retorna a España después de haber cobrado venganza en contra de su tío paterno. Con esto quiero decir que, para entender mejor la importancia de la galera durante el tiempo en que Mateo Alemán escribe su novela, hago un esbozo de la historia de la misma y de su papel en el surgimiento de España como potencia marítima en el Mediterráneo. Según John Guilmartin, desde la antigüedad cruzan el mar dos tipos de embarcación: una redonda para transporte; una alargada, tirada por remeros, para la guerra (106). El diseño de la galera permanece inalterable durante siglos. No es niño hasta el siglo XIII cuando la galera comienza transformarse para ganar eficacia. Se aumentó el número de remeros por banco—de dos a tres—y nace el tradicional *trirreme*, que se utilizó durante siglos en el Mediterráneo. Esta modificación trajo, asimismo, un inconveniente, fue necesario contratar más remeros para aumentar el poder y la velocidad de la embarcación (110).

Guilmartin asegura que, durante el siglo XVI, conforme avanza la creación de las naciones imperio, es necesario, además, aumentar drásticamente la capacidad para transportar armamento en las galeras. La armada veneciana es la que primera en innovar el diseño y la capacidad de los barcos de guerra. Muy pronto, Francia incorpora las mejoras y se sirve de ellas para llevar las naves del Mediterráneo hasta a sus costas del norte, y así, poder finiquitar la guerra de los cien años (117). Muy pronto, para no quedar atrás, las naves españolas tuvieron que adaptarse y llegaron a ser las más eficientes en surcar las aguas. La armada española logró transportar la mayor cantidad de armamento sin sacrificar velocidad. Para 1550, se había transformado en tal medida la galera que fue necesario modificar el sistema de abastecimiento de remeros. Hasta 1520, aproximadamente, cuando los bancos tenían solamente tres remos por banco, los remeros estaban bien entrenados y recibían un salario. A partir de 1550 la inflación hizo imposible seguir pagando a los remeros calificados, no solo en España, sino en todo el Mediterráneo occidental. Los imperios tuvieron entonces que valerse de esclavos y convictos, los cuales estaban mucho menos preparados e infinitamente menos motivados para remar (121).

En 1560, la tripulación de una galera española se componía de ciento sesenta remeros, entre treinta o cuarenta oficiales y unos cincuenta soldados. Sin embargo, varias naves dentro de la flota—como la galera Real de don Juan de Austria—requerían hasta cuatrocientos remeros (Heras 131). El marcado papel que juega la galera en el ascenso del imperio español en el Mediterráneo tomó lugar precisamente durante el reinado de Felipe II. Según I.A.A. Thompson, es notoria la transformación de la flota de galeras desde los tiempos del rey Fernando el Católico a la época de Felipe II. El número de sus barcos se multiplicó por diez desde 1499 a 1550; pero el incremento más significativo tuvo lugar entre 1551 y 1574, año en que la fuerza naval española llegó a su cénit (98). En Europa, el surgimiento y desarrollo de las naciones-imperio

impulsan el resurgimiento y la profusión de la pena a trabajos forzados dentro del sistema penal. De este sistema punitivo se obtenía un beneficio sin precedentes. Uno de aquellos era la obtención de brazos que sirvieran en los barcos de la armada, ya que la amenaza marítima, especialmente en el mediterráneo, se volvía alarmante. En el caso de España, la urgencia militar es determinante en la introducción de la pena de galeras en el sistema judicial de la época.

Los episodios del motín en la galera y la conversión del pícaro, con los que Alemán cierra su poética historia, pudieran parecer ambiguos, incluso apresurados. Pero, como bien ha señalado Michel Cavillac, resuena un fuerte eco de las preocupaciones socio-políticas de aristocracia militar durante gran parte del siglo XVI. Hay un claro paralelismo entre la situación legal de Guzmán y la tendencia de la corona por crear y modificar leyes penales para aliviar los problemas económicos y hacer frente a los compromisos bélicos contra el enemigo turco-berberisco. Desde la segunda mitad del siglo XVI, una larga serie de pragmáticas y decretos fueron emitidos en España con el único fin de satisfacer las acuciantes necesidades de hombres para propulsar los barcos de guerra.

Algunos historiadores afirman que la pena a trabajos forzados y la esclavitud conviven a lo largo de la historia y provienen, ambas, de la época clásica. En Roma, por ejemplo, los delincuentes eran castigados realizando obra pública. Los trabajos forzados, en el imperio romano, tenían como finalidad el contribuir al bienestar público; los condenados se ocupaban de reparar las carreteras, de limpiar los drenajes y los baños públicos. En cierta medida, la condena de Guzmán en las galeras, tiene como objetivo contribuir al bien público, al bien común.<sup>27</sup> Si por

---

<sup>27</sup> Los críticos han llamado la atención sobre la importancia que tiene el concepto de bien común en la narrativa de principios del siglo XVII, especialmente en algunos pasajes de don Quijote. María del Carmen Rivero Iglesias propone la filosofía de estado como una de las

un lado se trataba de obtener provecho para la república, por el otro lado hay que señalar que estos eran castigos que se prolongaban indefinidamente y se convirtieron en una vía lenta y dolorosa hacia la muerte. Durante la Edad Media, la impartición de la justicia y las penalidades cambiaron significativamente. A lo largo de los siglos, los delitos se castigaban físicamente y de forma ejemplar. De ahí que los ahorcamientos, las mutilaciones y los azotes, entre otros, se realizaran en la plaza pública frente a la multitud (Heras 127). Las penas a trabajos forzados, lo mismo que las cárceles, eran infrecuentes. Las penitenciarías necesitaban muchos recursos económicos para mantenerse en funcionamiento. El encarcelamiento era propio más bien de la

---

probables fuentes intelectuales de las que Cervantes toma algunos preceptos para hacer a sus personajes reflexionar sobre el bien común. Según ella el concepto viene de las interpretaciones de Platón y Aristóteles que, en resumen, afirman que la ley existe con un fin de justicia e igualdad. Consecuentemente, el bien común es lo que va a justificar la creación e implementación de las leyes. Unos siglos después, santo Tomás inserta el concepto de bien común en la legislación cristiana. Pero es, según la autora, Erasmo el que eleva la virtud individual como requisito indispensable para el que va a gobernar (120). Ya en una época más cercana a Cervantes y Alemán, fray Luis de León, en su *de legibus*, resalta entre las obligaciones del gobernante la de cuidar a todo su pueblo, de cuidar el bien común. Este mandato tiene un triple objetivo: la felicidad ultraterrena, la natural y la política. También Diego Pérez de Mesa, catedrático de la Universidad de Alcalá, resalta como principal propósito que todas las obras del hombre estén encaminadas a alcanzar lo bueno, pero lo anterior no puede lograrse sin que el gobierno ejerza la justicia efectivamente y se distribuyan los bienes de manera equitativa (123).

justicia religiosa, no de la civil. Como el castigo tenía un fin ejemplar, los delitos graves se castigaban con la muerte y los menores con penas corporales: azotes, mutilación, el ahorcamiento (Pike 4).

Las difíciles condiciones económico-políticas condicionaron el resurgimiento de la pena a trabajos forzados. La pena de galeras va a erigirse, a través de los años, en la más clara expresión del trabajo forzado en España. Durante más de dos siglos se conjuntan numerosos factores que convierten a la galera en la institución penitenciaria más importante en España. Es durante la última etapa de la Edad Media, durante el proceso de formación de los estados imperiales cuando se requiere hacer cambios en la legislación penitenciaria. La guerra contra el enemigo, fuera del territorio, obliga a echar mano de la fuerza física de los criminales; resurge entonces la pena a trabajos forzados y se populariza la galera (Pike 3-4).

Los historiadores concuerdan que la introducción la pena a galeras dentro de la legislación española inicia durante el reinado de Fernando de Aragón (Pike 4; Heras 128). La pena de galeras se convirtió muy rápido en el castigo más extendido en España. Aunado a las exigencias de los conflictos bélicos, se suman las dificultades económicas que tiene la corona para pagar un salario a los remeros calificados. Se tuvieron, entonces, que tomar medidas para aprovechar los criminales sentenciados y mandarlos a remar. Hay un momento en la novela en que Guzmán parece ponerse del lado de la corona y está de acuerdo en que la justicia es la mayoría de las veces demasiado laxa. El pícaro cuenta haber conocido un joven ladrón que robaba por hambre. Una vez apresado y juzgado, se negó a cumplir con el exilio como castigo. Como no pudieron las justicias echarlo de su tierra, decidieron colocarle un grillo de hierro y un virote unido a una campana. De esta manera, al acercarse el ladrón, la gente notaba que se

acercaba y se ponían alerta. A Guzmán le parece este un buen castigo, incluso clama más severidad para los ladrones:

No, no, que no es útil a la república ni buena policía hacer a los ladrones tanto regalo; antes por leves hurtos debieran dárseles graves penas. Échenlos, échenlos a las galeras, métanlos en presidios o denles otros castigos, por más o menos tiempo, conforme a los delitos. (576)

Este ímpetu que alienta a la justicia a castigar cualquier robo, por pequeño que sea, con la pena de galeras se intensifica a partir de 1530. A partir de este año, Carlos V emite una serie de pragmáticas donde se incrementa significativamente catálogo de crímenes castigados con el remo (Heras 128). Es fácil asumir que si los conflictos bélicos continuaban, la necesidad de galeotes también crecía. Este ambiente persecutorio es alarmante desde la perspectiva del pícaro. Guzmán expresa su indignación ante los excesos de la justicia, la cual ha llegado a extremos que: “por menos de seis reales vemos azotar y echar cien pobretos a las galeras” (115). Ya instalado en el espíritu crítico hacia la administración, recuerda con amargura y encono que la justicia siempre ha encontrado entre los nobles, ricos y poderosos, a sus favoritos:

Viven sustentados en su reputación, acreditados con su poder y favorecidos con su adulación, cuyas fuerzas rompen las horcas y para quien el esparto no nació ni galeras fueron fabricadas. (676)

Los historiadores confirman que este favoritismo estaba asentado en la misma legislación. Los nobles, incluso los hidalgos, estaban exentos de la pena de galeras. Aun habiendo cometiendo delitos graves, los nobles gozaban de ciertos privilegios; la nobleza no podía sufrir escarnio público y estaba prohibidos para ellos los castigos corporales, castigos que formaban parte del ritual punitivo que rodeaba la condena a galeras (Heras 127).

Este frenesí por las sentencias a galeras se debía en gran parte a la incapacidad de la corona para cubrir las necesidades de remeros. A estas alturas, era prácticamente imposible seguir pagando el sueldo a las buenas boyas, los remeros libres que trabajaban remando en las naves de guerra. Ante la galopante inflación, originada entre otras cosas por las constantes remesas de oro y plata del nuevo mundo, la corona no encontró más opción que seguir utilizando la fuerza de los condenados para mantener el flujo de hombres que impulsaran las naves de guerra (Heras 131). Podemos inferir, por el número de leyes que se habían emitido contra los vagabundos y gitanos, que el catálogo de crímenes castigados con el remo continuaba en aumento. La vagancia, la falsa mendicidad y el ocio en general, eran considerados crímenes graves, ya que constituían, según las autoridades, un mal ejemplo para el resto de la comunidad. Se sumaban también a esta lista a los apostadores, los adúlteros y los bígamos.

En 1543 el rey Carlos I cambia una ley previa, hecha por sus abuelos, los reyes católicos. En la ley original se condena a todo gitano que se encuentre vagando en los reinos—y no pueda comprobar que sirva a un amo o tenga un oficio—a cien azotes en público y al destierro definitivo. En la nueva ley, el emperador manda castigar a los gitanos vagabundos, de entre veinte a cuarenta años, a cumplir una pena no menor de seis años en galeras. En el imaginario social, impuesto por la autoridad y la iglesia, la falta de oficio representa un potencial peligro. Felipe II, veinte años después, agrega a los jugadores a la lista de condenados a galeras (Heras 129).

En este mismo espíritu persecutorio se reitera en la pragmática de Segovia del año 1548. Aquí se ordena a los alguaciles y demás justicias que se incremente la pena a aquellos casados dos veces, ya que esta falta se ha vuelto muy frecuente. La bigamia se considera delito grave y se ordena a las autoridades judiciales que investiguen y castiguen a todo aquel que aparezca como



culpable. Si anteriormente se castigaba con cinco años de destierro, ahora los bígamos deben servir en las galeras. También, en una ordenanza de Granada de 1601, el rey Felipe II ordena a los alcaldes del crimen de la audiencia y la cancillería que se modifiquen las leyes para conmutar la pena de mutilación y destierro por servicio en galeras de dos años mínimo. La justificación esgrimida es la creación y mantenimiento de una flota de galeras para la protección de la costa andaluza y africana de los ataques de los enemigos infieles.

Hemos visto que, tanto en el discurso historiográfico como en los mismos documentos de archivo, existe evidencia del proceso firme y progresivo por el que se adaptó la ley para agregar más y más sujetos susceptibles de ser condenados al remo. Gitanos, judíos conversos, bígamos, proxenetas, apostadores, falsos testigos, falsos mendigos y otros marginados se convierten en serios candidatos para el remo. Si bien es cierto que Guzmán fue sentenciado a las galeras: “donde queda forzado al remo, por delitos que cometió, habiendo sido ladrón famosísimo” (96), no deja de llamar la atención que de los delitos que hemos enumerado, no falte ninguno que el pícaro sevillano no haya cometido.

La necesidad de brazos se tornó tan urgente que la aristocracia militar comenzó a ejercer una fuerte presión sobre jueces y alguaciles locales para que aumentaran las sentencias al remo. Ni siquiera los religiosos se salvaban del remo si los crímenes cometidos se juzgaban lo suficientemente graves. Solo los muy jóvenes o demasiado viejos podían evitar estar encadenados al remo, pero nada los salvaba de realizar otros trabajos pesados en los barcos de guerra (Pike 6-8). A Guzmán, cuando no está encadenado al remo, le encargan realice todas las

tareas del corrullero,<sup>28</sup> que vigile el mantenimiento de las orzas de avante y novella y que vigile a aquellos que se encargan de mantener limpia la corrulla, que es la peor tarea que se puede realizar a bordo (379).

Las condiciones de vida en las galeras, especialmente para los galeotes, eran inhumanas, si hemos de creer a Gregorio Marañón (217). Cualquier ser humano haría hasta lo imposible, como Guzmán, para evitar estar encadenado noche y día al remo. Incluso en caso de que los galeotes se enfermaran—lo cual sucedía con mucha frecuencia—permanecían encadenados al banco y eran precariamente atendidos en el banco (Marañón 219; Pike 17). Si se encontraba navegando, la galera contaba con una especie de servicio médico. Dentro de la embarcación, servían varios sangradores, un cirujano y varios barberos ayudantes (Heras 133). Si estaban en puerto, existían hospitales especiales para los galeotes. En esos nosocomios las medidas de seguridad se mantenían tan férreas como en el mar; siempre se temía que los galeotes, aun enfermos, se escaparan de manera violenta. Además del personal médico había en los hospitales del puerto un numeroso grupo de soldados para vigilar (Pike 23).

La tripulación de la galera, aparte de soldados y oficiales, estaba compuesta por galeotes, que provenían de tres diferentes orígenes. Los galeotes voluntarios que recibían un salario, los forzados y los esclavos. Si bien es cierto que en la antigüedad la mayoría de los galeotes eran remeros capacitados que recibían una paga por su trabajo, las condiciones sociopolíticas cambiaron drásticamente las proporciones de la población de remeros en las galeras. Los esclavos, en su gran mayoría, eran musulmanes cautivos en batalla o moriscos renegados;

---

<sup>28</sup> La corrulla, según el *Diccionario marítimo español*, es aquella zona de la galera que se encuentra inmediatamente debajo de la cubierta. El corrullero sería aquel que rema en la corrulla (182).

también podían haberse comprado y algunos habían sido cedidos por sus dueños por ser conflictivos o rebeldes. Además, existía una categoría mixta de esclavos que habiendo cometido un delito fueron enviados a las galeras. Estos, cuando cumplían su condena, regresaban a ser esclavos. La categoría a la que pertenece el pícaro Guzmán es a la de los forzados. Individuos oriundos de los reinos españoles que habían sido capturados por la justicia y sentenciados a remar en las galeras (Pike 9-10).

A la hora de comer, no había distinción entre forzados y esclavos. Todos los galeotes comían bizcocho y un caldo de legumbres secas, generalmente habas; aunque las lentejas, los garbanzos y las alubias también eran frecuentes. Eventualmente, la dieta de los galeotes podría incluir carne y vino, quizá en celebraciones religiosas especiales (Pike 21). Como una muestra de la dureza de la vida en las galeras, Gregorio Marañón ha destacado la extrema dureza del bizcocho. Guzmán, por ejemplo, para demostrar que todavía era joven, decide comerse su ración completamente seca. Dice el médico que los galeotes veteranos se burlaban de los novatos cuando, sin percatarse de la dureza del pan, le daban un mordisco en seco, lo que ocasionaba muchas veces que se les cayeran los dientes (220-21).

También cuando se trataba de la disciplina y el maltrato, esclavos y forzados eran completamente iguales. El desacato a las reglas traía como consecuencia brutales castigos. Los azotes y la mutilación eran los más comunes. La mutilación tenía una doble función: el escarmiento y la ejemplaridad. Con este terrible acto se quería dejar bien claro al resto de los galeotes que las autoridades se tomaban en serio la disciplina. El peor crimen que podían cometer los galeotes era el del amotinamiento; la sedición se castigaba con la muerte (Pike 21). Si el ahorcamiento funcionaba como escarmiento, se incrementaba el efecto del horror porque muchas veces los capitanes mandaban descuartizar los cuerpos de los galeotes rebeldes. Pero la

brutalidad no era exclusiva de los castigos. Como parte habitual de la vida del galeote este era azotado por los cómitres para alcanzar la velocidad deseada (Heras 138).

El episodio del motín en la galera y la denuncia que de ese evento hace Guzmán tiene un referente en la realidad histórica. Los historiadores afirman que los motines a bordo de las galeras eran infrecuentes, pero cuando ocurrían tenían que ser aplastados sin compasión. La asociación entre forzados y esclavos moros era indispensable para los hacerse con el control de las galeras de manera violenta. Los esclavos moros eran en su mayoría soldados, piratas o delincuentes que estaban bien familiarizados con las rutas marítimas del norte de África (Pike 25).

Las leyes fueron manipuladas de manera que muchos forzados, después de cumplir su condena, quedarán imposibilitados de regresar a la vida civil. Si el rey los necesitaba, los forzados liberados estaban obligados a permanecer en las galeras. Tal parece que esta práctica se volvió habitual y perduró a lo largo de tres siglos. Esto se traduce en un sentimiento generalizado de que la sentencia a galeras correspondía a una sentencia a muerte. Las leyes siempre se mostraron ambiguas y muy elásticas en lo que se refiere a la duración de la condena y las condiciones para la libertad de los galeotes. Incluso durante la espera de la absolución, o de ser finalmente liberados en tierra, los galeotes seguían sufriendo de malos tratos, hambre y enfermedades que muchas veces terminaban por matarlos (Pike 14). Amén de los padecimientos propios de la vida en el mar de la vida insalubre y brutal, parece que lo que más temían los condenados era el hecho de perder permanentemente la libertad. A los maltratos físicos se sumaba el hecho de estar encadenados al banco incluso cuando descansaban durante la noche o estaban enfermos. En caso de ataque, las cadenas hacían imposible su fuga, sobreviniendo una muerte segura (Pike 17).

Desde cualquier perspectiva—de ahí que el pícaro asegure que de la condición de galeote no puede el hombre descender más bajo—la vida del remero era aciaga y desesperanzada. La administración de la justicia, con tal de proveerse de galeotes, se saltó la legalidad y los derechos de los condenados; aquellos carecían totalmente de garantías jurídicas. Aunque la sentencia no hubiese sido emitida, los acusados serían enviados mientras se emitía la resolución, esta disposición privaba a los condenados de la posibilidad de obtener la rectificación de una sentencia errónea (Heras 135). Las justicias estaban especialmente preocupadas por evitar que los galeotes evadieran la condena. Una vez en galeras era importantísimo que no se les ofreciera la posibilidad de recuperar la libertad. Estaba muy extendida la práctica de retener a los galeotes que estaban sanos aun después de haber cumplido con su sentencia. Solo en el caso que, enfermos, representaran un gasto inútil para el rey, se les dejaba sueltos. Algunos galeotes desesperados, se mutilaban con tal de escapar a los trabajos de la galera. Con el inconveniente de que, si se descubría el engaño, se les mandaba azotar para después ahorcarlos (Heras 139).

## CONCLUSIONES

A lo largo de esta disertación, hemos señalado que en el *Guzmán de Alfarache* se representa un grave conflicto en el que se enfrentan el individuo y su sociedad. Para ilustrar con mayor claridad la naturaleza de este enfrentamiento, hicimos un recorrido por algunas obras de la tradición hispánica donde encontramos, en diferentes etapas de desarrollo, la construcción del entramado estamental. Desde las *Siete partidas* de Alfonso el Sabio, la obra del genial Antonio de Guevara, hasta los tratados sobre crímenes y tormentos del siglo XVII, se han desarrollado las líneas de conducta que tienen que acatar fielmente el individuo para pertenecer a su sociedad y contribuir a la preservación de la misma. La tradición crítica se ha acercado a la novela de Mateo Alemán desde distintas perspectivas. Todas las propuestas metodológicas han contribuido a iluminar en ciertas parcelas ese genial rompecabezas que es el *Guzmán de Alfarache*. Desde la propuesta erudita de Enrique Moreno Báez hasta las reflexiones teóricas de Felipe Ruan, se ha seguido un largo y arduo camino, que si bien no sigue una dirección única, sí que establece un destino claro y encomiable: la contribución al estudio de la más grande novela picaresca española.

De especial utilidad me resultaron los trabajos que ha dedicado a lo largo de los años Michel Cavillac al estudio del *Guzmán de Alfarache*. Especialmente su *Pícaros y mercaderes* ha significado una marcada inspiración en los objetivos de esta disertación. De ese libro se ha querido imitar—sin lograrlo, por supuesto—el afán historicista con el que se intenta recrear la mentalidad que imperaba en la época de Mateo Alemán. Otro aspecto importante que quise emular del estudio de Cavillac es la colocación, en un nivel preponderante, de cierto colectivo marginal de la sociedad española de los Siglos de Oro. Si el estudio del crítico francés se ocupa del desarrollo de la mentalidad de una incipiente clase burguesa durante el reinado de Felipe II, este estudio se centra en un personaje aún más estigmatizado socialmente: el galeote.

La crítica literaria no se había ocupado, hasta ahora, de la figura del condenado a galeras como personaje principal. Si, como dice Américo Castro cuando se refiere a la aparición del *Lazarillo de*

*Tormes*, el público lector del siglo XVI quedó pasmado al leer un pequeño libro donde un personaje de ínfima condición social se daba el tremendo atrevimiento de contar su vida, no puedo dejar de imaginar lo que significó la aparición de la autobiografía ficticia de un ladrón, que aunque arrepentido y encadenado al banco de una galera, se ha tomado la molestia de aprender a escribir y estudiar teología en la legendaria Universidad de Alcalá de Henares, para mostrar, al final de su vida, con autoridad y decoro, el camino que no tiene que seguir el hombre si tiene la intención de salvar su alma, cualquiera que sea su estado.

El desarrollo de esta disertación me ha dado la oportunidad de analizar algunos de los hechos histórico-políticos que dieron lugar al auge de las galeras como embarcaciones bélicas y como institución penitenciaria. El forzado a remar en las galeras está presente desde el ancestral enfrentamiento entre españoles y musulmanes hasta la emisión de pragmáticas y decretos penitenciarios. La figura del galeote se erige como representativa de los intereses imperiales de la corona española y al mismo tiempo es la voz del pueblo que clama ante una burocracia en crecimiento, caótica y corrupta. El *Guzmán de Alfarache* encierra un vasto número de elementos literarios, filosóficos, religiosos y legislativos. La confesión de un galeote encadenado a un banco de las naves de guerra de la armada española sirve de genial contenedor para todos ellos.

La figura del condenado a galeras encierra, como símbolo, a un nutrido número de colectivos marginales de la España de Felipe II. En las galeras se encuentran los ladrones, los vagabundos, adúlteros, gitanos, jugadores y asesinos. También están dentro de las galeras los inmortales enemigos de la cristiandad: los moros. Varios musulmanes, en el último capítulo de la novela, se conjuran para hacerse violentamente con el control de la nave, poniendo así en riesgo los intereses más altos de la corona Española.

Más allá de la reflexión sobre el origen del catálogo de marginados que se dan cita en la galera, el alcance de la propuesta reformista de la falsa autobiografía del galeote sevillano se encuentra en el minucioso y agudo análisis sobre la falta de virtud en los estamentos de la España del siglo XVI. La crítica social del *Guzmán de Alfarache* rebaza por mucho la folclórica crítica a los religiosos que inunda el libro anónimo de 1554. En el libro de Mateo Alemán se cuestionan todos los estamentos, incluso el

embajador de Francia, con toda su generosidad de espíritu, por su liviandad en el terreno amoroso, se aleja irremediabilmente de los modelos de virtud. Mención especial merecen, por su corrupción y favoritismo, los jueces y notarios, pero incluso los menesterosos son indignos de confianza en esta poética historia. Por las calles de Roma circula un ejército de mendigos falsos que, por no cumplir con las condiciones de su estado, dejan de ser merecedores de la misericordia humana.

El éxito del *Guzmán de Alfarache* fue indiscutible en su época. El recorrido histórico-literario que ha seguido esta disertación intenta resaltar que la conexión entre la fábula y los lectores obedece, como bien notó Cavillac, a un interés más ético que estético. La historia nos ha dejado claro que las épocas convulsas requieren voces fuertes, denuncias claras y mentes ingeniosas. El personaje de Mateo Alemán viene a resumir creatividad literaria, profundidad filosófica y una aguda crítica social. Sin embargo, resulta prudente preguntarse si podemos, como lectores, fiarnos de las confesiones de un ladrón, si es el mismo Guzmán el que nos ha advertido innumerables veces que en este mundo, todos mienten.



## OBRAS CITADAS

- Abulafia, David. *The Great Sea: a Human History of the Mediterranean*. Oxford: Oxford U P, 2011.
- Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache*. Ed. Francisco Rico. Barcelona: Planeta, 1987.
- Alcázar, Baltasar del. *Obra poética*. Ed. Valentín Núñez Rivera. Madrid: Cátedra, 2001.
- Alvar Ezquerro, Alfredo. "Cervantes and the Political Turn of History". *Cervantes* 34.2 (2014): 15-36.
- Arellano, Ignacio. "Reflexiones generales sobre la autoridad y poder en el Siglo de Oro". *Del poder y sus críticos en el mundo ibérico del Siglo de Oro*. Ed. Ignacio Arellano. Madrid: Iberoamericana, 2013.7-24.
- Arco y Garay, Ricardo del. *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*. Madrid: Escelicer, 1941.
- Barrios Aguilera, Manuel. *Granada morisca: la convivencia negada*. Granada: Comares, 2002.
- Bennassar, Bartolomé. *La España del Siglo de Oro*. Barcelona: Crítica, 1983.
- . *La monarquía española de los Austria: conceptos, poderes y expresiones sociales*. Salamanca: U de Salamanca, 2006.
- Bleiberg, Germán. *El informe secreto de Mateo Alemán sobre el trabajo forzoso en las minas de Almadén*. London: Tamesis, 1985.
- Brancaforte, Benito. *Guzmán de Alfarache: ¿conversión o proceso de degradación?* Madison; WI: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1980.
- Brancalasso, Guilio Antonio. *Labirinto de corte*. Nápoles, 1609.

- Castro, Américo. “Antonio de Guevara, un hombre y un estilo del Siglo XVI”. *Thesaurus: Boletín del Instituto Caro y Cuervo* 48.3 (1993):17-38.
- . *La realidad histórica de España*. Ciudad de México: Porrúa, 1962.
- Cascales, Francisco de. *Tablas poéticas del Licenciado Francisco Cascales*. Murcia, 1617
- Cascardi, Anthony J. “The Rhetoric of Defense in the *Guzmán de Alfarache*”. *Neophilologus* 63 (1979): 380-88.
- Castro, Pedro de. *Consuelo de la vejez, aviso de bien vivir*. Salamanca, 1539
- Cavillac, Michel. “La conversión política del galeote reformado”. *Guzmán de Alfarache y la novela moderna*. Madrid: Casa de Velázquez, 2010. 111-25.
- , “Para una relectura del “Guzmán de Alfarache” y de su entorno sociopolítico”. *Homenaje a José Antonio Maravall* Vol. 1. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1985. 397-412.
- . *Pícaros y mercaderes en el Guzmán de Alfarache*. Trad. Juan M. Azpitarte. Granada: U de Granada, 1994.
- Cerda, Juan de la. *Libro intitulado vida política de todos los estados de las mujeres*. Alcalá de Henares, 1599.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote*. Ed. Juan Ignacio Ferreras. Madrid: Akal, 1997.
- Cook, Karoline. “Navigating Identities: the Case of a Morisco Slave in Seventeenth-Century New Spain”. *The Americas* 65.1 (2008): 63-79.
- Covarrubias Horozco, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid: 1611.
- Cros, Edmond. *Literatura, ideología y sociedad*. trad. Soledad García Mouton. Madrid: Gredos, 1986.
- . *Mateo Alemán, Introducción a su vida y su obra*. Salamanca: Anaya, 1971punto

- Cruz, Anne. *Discourses of Poverty*. Toronto: U of Toronto P, 1999.
- Diccionario enciclopédico de derecho canónico*. Barcelona: Herder, 2008
- Domínguez Ortiz, Antonio. *Las clases privilegiadas en el antiguo régimen*. Madrid: Itsmo, 1979.
- . *La esclavitud en Castilla en la Edad Moderna y otros estudios de marginados*. Granada: Comares, 2003.
- , “Guzmán de Alfarache y su circunstancia”. *Atalayas del Guzmán de Alfarache*. Ed. Pedro Piñero Martínez. Sevilla: U de Sevilla. 289-304.
- Dunn, Peter N. *Spanish Picaresque Fictions: A New Literary History*. Ithaca, NY: Cornell UP, 1993.
- Elliott, John H. “Poder y propaganda en la España de Felipe IV”. *Homenaje a José Antonio Maravall* Vol. 2. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1985. 15-42.
- Fernández de Navarrete, Martín. *Diccionario marítimo español*. Madrid: 1831.
- Friedman, Edward H. “Insincere Flattery: Imitation and the Growth of the Novel” *Cervantes*. 20.1 (2000): 99-114.
- . “The Picaresque as Autobiography: Story and History”. *Autobiography in Early Modern Spain*. Ed. Nicholas Spadaccini y Jenaro Talens. Minneapolis: Prisma Institute, 1988. 119-27.
- Guerreiro, Henri. “Honra, jerarquía social y pesimismo en la obra de Mateo Alemán”. *Criticón* 25 (1984): 41-79.
- Heras Santos, José Luis de las. “Los galeotes de los Austria”. *Historia Social* 6 (1990): 127-40.
- Hermosilla, Diego de. *Diálogo de los pajes*. Madrid: Revista Española, 1901.
- García Gual, Carlos. *La antigüedad novelada y la ficción histórica*. Ciudad de México: FCE, 2013.

- Gómez Canseco, Luis. Presentación. *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, Madrid: Real Academia Española, 2012, ix-xii.
- Guevara, Antonio de. *Libro llamado aviso de privados y doctrina de cortesanos*. Valladolid, 1545.
- . *Menosprecio de corte y alabanza de aldea; Arte de marear*. Ed. Asunción Rallo Gruss. Madrid: Cátedra, 1984.
- Guillén, Claudio. “Del Guzmán y los Guzmanes”. *Atalayas del Guzmán de Alfarache*. Ed. Pedro Piñero Martínez. Sevilla: U de Sevilla. 65-80.
- Guilmartin, John. *Galleons and Galleys*. Londres: Cassell, 2002.
- Hermosilla, Diego de. *Diálogo de los pajes*. Madrid: Miraguano, 1989.
- Johnson, Carroll. *Inside Guzmán de Alfarache*. Berkeley: U of California P, 1978.
- , “Mateo Alemán y sus fuentes literarias”. *Nueva Revista de Filología Hispánica* 28 (1979): 360-74.
- Juan Manuel. *El libro de los estados*. Madrid: Castalia, 1991.
- Kagan, Richard L. *Lawsuits and Litigants in Castile, 1500-1700*. U of North Carolina P, 1981.
- Lazarillo de Tormes*. Ed. Francisco Rico. Madrid: Cátedra, 1987.
- León, Luis de. *La perfecta casada*. Salamanca, 1586.
- Loyola, Ignacio de. *Autobiografía*. Ciudad de México: UNAM, 2004.
- Malón de Chaide, Pedro. *La conversión de la Magdalena*, ed. Félix García. Madrid: Ediciones de la Lectura, 1930.
- Marañón, Gregorio. “La vida en las galeras en tiempos de Felipe II”, *Ars Medica. Revista de Humanidades* 4 (2005): 217-37.

- Maravall, José Antonio. *Estado moderno y mentalidad social: Siglos XV a XVII*. Vol 1. Madrid: Revista de Occidente, 1972.
- . *La literatura picaresca desde la historia social*. Madrid: Taurus, 1986.
- . *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Madrid: Siglo XXI, 1979.
- Márquez Villanueva, Francisco. “La interacción Alemán Cervantes”. *Trabajos y días cervantinos*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1995. 241-97.
- . *Menosprecio de corte y alabanza de aldea (Valladolid, 1539) y el tema áulico en la obra de Fray Antonio de Guevara*. Santander: U de Cantabria, 1999.
- , “Sobre el lanzamiento y recepción del *Guzmán de Alfarache*”. *Bulletin Hispanique* 92.1 (1990): 549-77.
- Martínez de Toledo, Alfonso. *Arcipreste de Talavera, o Corbacho*. Ed. J. González Muela. Madrid: Castalia 1985.
- MacKay, Ruth. “The Maravall Problem: A Historical Inquiry”. *Bulletin of the Comediantes* 65.1 (2013): 45-56.
- Mena, Juan de. *Laberinto de fortuna*. Ed. John G. Cummins. Madrid: Cátedra, 1979.
- Mesa, Claudia. “Emblematic Imagery, Free Will, and Grace in Mateo Alemán’s *Guzmán de Alfarache*” *Emblematica* 18 (2010): 207-38
- Mexía, Pedro. *Silva de varia lección*. Ed. Antonio Castro. 2 Vol. Madrid: Cátedra, 1990.
- Moreno Baéz, Enrique, *Lección y sentido del Guzmán de Alfarache* *Revista de Filología Española* (Anejo, 40), 1948.
- Monzón, Francisco de. *Libro segundo del espejo del perfecto príncipe cristiano*. A Coruña: Seminario Interdisciplinario para el Estudio de la Literatura Áurea Española, 2012.
- Molho, Maurice. *Introducción al pensamiento picaresco*. Madrid: Anaya, 1972.

- Niemeyer, Katharina. "El ser de un pícaro el sujeto deste libro" La primera parte de *Guzmán de Alfarache*". *La novela picaresca: Concepto genérico y evolución del género: Siglos XVI y XVII*. Ed. Klaus Meyer-Minnemann y Sabine Schlickers. Pamplona: Iberoamericana, 2008. 77-116.
- Pérez, Joseph. "El tiempo del *Guzmán de Alfarache*". *Atalayas del Guzmán de Alfarache*. Ed. Pedro Piñero Martínez. Sevilla: U de Sevilla. 29-44.
- Peyrebonne, Nathalie. "La crítica del poder como respaldo del poder". *La autoridad política y el poder de las letras en el Siglo de Oro*. Ed. Jesús María Usnáriz y Edwin Williamson. Madrid: Iberoamericana, 2013. 15-24.
- Pike, Ruth. *Penal Servitude in Early Modern Spain*. Madison, WI: U of Wisconsin P, 1983.
- Quevedo y Hoyos, Antonio de. *Libro de indicios y tormentos*. Madrid, 1632.
- Rabaté, Philippe. "El discurso agustiniano de Mateo Alemán: de la herencia adánica a la "reformación" individual en el *Guzmán de Alfarache*". *Criticón* 107 (2009): 105-35.
- Ribadeneira, Pedro de. *Obras escogidas del Padre Pedro de Ribadeneira*. Biblioteca de Autores Españoles T. 60. Madrid: Hernando, 1910.
- Rico, Francisco. *La novela picaresca y el punto de vista*. Barcelona: Seix Barral, 1982.
- Rivero Iglesias, María del Carmen. "El bien común en el Quijote y el gobierno de Sancho en la ínsula Barataria". *Autoridad y poder en el Siglo de Oro*. Ed. Ignacio Arellano. Madrid: Iberoamericana, 2009. 117-36.
- Ruan, Felipe E., *Pícaro and cortesano. Identity and the Forms of Capital in Early Modern Spanish Picaresque Narrative and Courtesy Literature*, Lewisburg, Bucknell U P, 2011.
- Las Siete partidas del sabio rey don Alonso el nono, nuevemente Glosadas por el Licenciado Gregorio López del Consejo Real de Indias de su Magestad*. Salamanca, 1545.

- Stefano, Luciana de. "La sociedad estamental en las obras de don Juan Manuel". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 16 (1962): 329-54.
- Suárez de Figueroa, Cristóbal. *El Pasajero: advertencias utilísimas a la vida humana*. Madrid: Renacimiento, 1913.
- Thompson, I.A.A. "Las galeras en la política militar española en el Mediterráneo durante el siglo XVI". *Manuscripts: Revista d'Història Moderna* 24 (2006): 95-124.
- ter Horst, Robert. *The Fortunes of the Novel*. New York: Peter Lang, 2003.
- Torquemada, Antonio de. *Jardín de flores curiosas*. Ed. Giovanni Allegra. Madrid: Castalia, 1982.
- Vega, Lope de. "El arenal de Sevilla". *Obras escogidas*. París: Garnier, 1886.
- . *El peregrino en su patria*. Sevilla, 1604.
- Villalón, Cristóbal de. *Viaje de Turquía*. Barcelona: Linkgua, 2008.
- Whitenack, Judith A. "The *alma diferente* of Mateo Alemán's *Ozmín y Daraja*". *Romance Quarterly* 38.1 (1991): 59-73.